Anne Lovelace



Tentar a una Dama

Hermanos de la infamia 1

© ANNE LOVELACE

Tentar a una dama

Sello: Independently published

Primera edición, junio de 2026.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Inscrito en Safe Creative: 2603295113707.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Tentar a una Dama

Hermanos de la Infamia 1

Anne Lovelace

«Mi valor siempre crece ante cada intento de intimidarme.»

Jane Austen, Orgullo y prejuicio.

Sinopsis

Un duque que lo exige todo.

Una dama que no piensa hacer concesiones.

Un matrimonio destinado al fracaso.

Londres, 1820.

Oliver Hartwell, duque de Statony, se enfrenta a una catástrofe de proporciones bíblicas cuando un escándalo lo salpica de lleno. Como hombre sensato y práctico que es, y tan acostumbrado como está a triunfar siempre ante cualquier adversidad, encuentra una solución infalible.

¡Esa misma temporada se casará!

Pero su futura duquesa no puede ser cualquiera.

Necesita una esposa irreprochable, de firme temperamento, respetada por la sociedad y extremadamente capaz. No tarda en elegir a la candidata perfecta. Y esa no es otra que **lady Alice Fairfax**, una solterona sencilla de voluntad férrea.

Statony está tan convencido de que la dama aceptará el inmenso privilegio de convertirse en la madre de su heredero que comete un pequeño error. O quizá no sea tan minúsculo.

Envía el anuncio de su compromiso a los principales periódicos de la ciudad antes de recibir su respuesta.

¿Qué sucederá cuando el duque reciba una negativa a su propuesta?

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Segundo epílogo
La **bilogía** completa
«Tentar a una Dama»
«Cautivar a una Dama»
Sobre la autora y la historia

Capítulo 1
Un auténtico desastre

Londres, 1820.

El duque de Statony no solía leer los periódicos antes de despachar su correspondencia, revisar las cuentas de sus administradores y decidir qué asuntos merecían su presencia en la Cámara de los Lores. El orden de prioridades le parecía una obligación crucial para imponerse a la ociosidad, y Oliver Hartwell, que había heredado el ducado a los veintiséis años junto con una montaña de importantes obligaciones, no toleraba bien los imprevistos. A los treinta, había convertido la disciplina en su forma de vida y la frialdad en un escudo impenetrable, tan eficaz que pocos se molestaban en sociabilizar con él.

Pero, como todo gran duque, tenía un punto débil del que era imposible desentenderse. La que parecía ser su némesis se llamaba Eveline y tenía dieciocho años.

Aquella mañana, Statony había cambiado su estricta rutina y el periódico descansaba abierto sobre la mesa de caoba de su despacho, extendido entre una carta de su agente en Yorkshire y

un informe que daba cuenta de los asuntos de los arrendamientos de Devonshire. La luz gris de Londres entraba por los cristales empañados, dulcificaba el perfil severo de los muebles, aunque no hacía nada por suavizar el rostro del hombre que permanecía inmóvil tras el escritorio.

Oliver era alto, de hombros anchos y con un porte demasiado sobrio para despertar cualquier simpatía. Tenía el cabello castaño oscuro, siempre apartado de la frente con una exactitud casi militar, y unos ojos grises que rara vez reflejaban calidez. No era un hombre apuesto en el sentido amable que tanto complacía a las madres con hijas casaderas, pero poseía cierta clase de atractivo peligroso que lo hacía interesante. Su mandíbula estaba muy marcada y su boca, incluso en reposo, tenía la expresión de un juez carente de emociones.

En esos instantes, no obstante, más que un duque severo o un hombre de ley, parecía un verdugo a punto de ejecutar una sentencia de muerte.

El periódico crujió bajo sus dedos cuando lo apretó con fuerza.

UN ESCÁNDALO ESCARLATA EN VAUXHALL

Cierta joven dama de ilustre apellido, hermana de un duque cuya severidad honra más a Westminster que a los salones, decidió anoche demostrar que la sangre azul no siempre discurre por cauces tranquilos. Tras abandonar el baile de lady Chesselton con una máscara escarlata, la dama fue vista en los jardines de Vauxhall sin más protección que su imprudencia y acompañada por un caballero cuya reputación es escandalosa hasta decir basta.

Se asegura que la joven aceptó una apuesta para medir su valentía, sostuvo las riendas de un faetón a la salida de Vauxhall y lo condujo por Kennington Lane ante el asombro de varias personas distinguidas. Y no contenta con semejante hazaña, terminó la velada arrojando una copa de ponche sobre el chaleco del canalla que pretendía reclamar de ella un premio en forma de beso. Esta columnista, que por caridad omitirá otros datos más sustanciales, solo dirá que la hermosa aludida responde a una E. muy musical y a un apellido que empieza donde acaban muchas ambiciones y responde a H.

¿Se ha llegado ya al extremo en el que un duque serio no puede controlar a una jovencita recién salida del cascarón? ¿Qué será del reino si los pares que pretenden dirigirlo no pueden poner orden ni en su propia casa?

Oliver leyó por tercera vez la columna social, aunque la había entendido desde la primera. Tal vez su empeño en la repetición de la lectura residiese en la esperanza absurda de que las palabras se transformasen en otras menos desastrosas. No ocurrió así.

El daño estaba hecho.

Lady Eveline Hartwell, su hermana de dieciocho años, que acababa de debutar en sociedad, había conseguido en una sola noche lo que ciertas familias arruinadas tardaban toda una temporada en lograr. Y eso era atraer la atención del público, inquietar a la sociedad al completo, divertir a los hombres necios y poner el título de Statony en boca de personas que no tenían derecho a pronunciarlo.

La muy tonta no solo había arrastrado por el fango su reputación, sino que había puesto en entredicho la del propio Oliver.

El duque dejó el periódico sobre la mesa. Después se levantó, caminó hasta la ventana y contempló la calle con las manos enlazadas a la espalda. Un carruaje pasó frente a la verja de Statony House. La ciudad respiraba normalidad aunque la paciencia de Oliver acababa de extinguirse por completo.

Toda la vida dedicada a ser un modelo recto de moralidad y una hermana traviesa terminaba por dilapidar todo lo que él llevaba años cultivando.

—Lord Arden ha llegado —anunció el mayordomo desde la puerta.

Oliver no se volvió.

—Hágalo pasar de inmediato.

El sirviente desapareció sin hacer ruido, agradecido por no haber tenido que permanecer más tiempo en una estancia donde la temperatura parecía haber descendido varios grados con respecto al resto de la casa.

Nathaniel Greystoke, conde de Arden, entró poco después. Era el mejor amigo de Oliver y ambos eran bastante parecidos en cuanto a creencias y obligaciones. Tenían la misma edad. Lord Arden contaba con una figura sobria, tenía el cabello rubio ceniza y una mirada que en muchas ocasiones resultaba molesta. Si Oliver era conocido por su frialdad, Arden había logrado algo más difícil, pues estaba considerado extremadamente austero incluso por quienes habían hecho de la severidad su credo más firme.

Ninguno de los dos bebía en exceso, apostaba demasiado, ni cortejaba a viudas por aburrimiento y jamás se reía

de las desgracias de los demás, lo cual, en ciertos círculos, bastaba para tomarlos por misántropos.

El conde observó primero el perfil de Oliver, después se centró en el periódico abierto sobre la mesa.

—Lo he leído —dijo directamente el recién llegado.

—Todo Londres lo habrá leído antes del mediodía. Incluso los miembros del servicio de cada casa que sepan leer lo comentarán.

—Lo siento, Statony.

Oliver se giró al fin. Seguía teniendo su expresión bajo control, aunque había algo duro en su mirada.

—Mi hermana fue vista en Vauxhall, de noche, con un hombre al que no le habría confiado ni la custodia de mi mejor paraguas, seguro.

—¿Le has preguntado de quién se trata?

—No he hablado con ella aún.

—El desgraciado es Cedric Lancaster, vizconde Tentwall.

—¿Un canalla?

—De la peor clase —corroboró Arden.

—Así que la reparación de su reputación con alguien de tal calaña no está sobre la mesa. No podré casarla con él.

—No te lo aconsejo, amigo mío. Sería mucho peor el remedio que la enfermedad.

—¿Has hecho algo al respecto?

—No. Consideré que te gustaría a ti ocuparte de darle un par de razones por las que no debió haberse involucrado con tu hermana.

—No sé si quiero ni verlo. Confieso que tengo instintos asesinos.

—¿Hacia tu hermana o hacia el sinvergüenza?

—Ambos, Arden. Ambos. Tengo la capacidad de elaborar soluciones para los mayores problemas que atañen a la sociedad, pero no soy capaz de manejarla. Eveline ha sido presentada hace apenas unos meses y ya ha logrado que un periódico la reduzca a cenizas. Un beso y una apuesta estúpida —musitó—. ¿Qué haré con ella?

—En Escocia hay buenos conventos, Statony —sugirió como medida.

—La quemarían en la hoguera después de la primera hora. ¿Qué digo una hora? Dos segundos exactos. Siempre ha sido impulsiva, pero reconozco que no mejora con la edad. No la comprendo en absoluto. ¿Qué gana con destruirse a sí misma y dilapidar mis esfuerzos por ser respetable?

Arden aceptó la confesión sin mostrar sorpresa.

El duque caminó hasta la chimenea apagada, apoyó una mano sobre la repisa de mármol y miró el retrato de su difunto

padre, cuya severidad pintada parecía haber encontrado por fin un motivo legítimo para sentirse ofendida.

—¿Dónde está lady Eveline?

—En su habitación. O debería estarlo. He ordenado que no salga sin mi permiso, pero a estas horas ya podría estar cabalgando desnuda por Hyde Park.

—¿La comparas con lady Godiva? Yo no mencionaría esa idea si ella estuviese delante; corres el riesgo de que se inspire.

—No tiene ninguna gracia.

—No pretendía tenerla. Doy gracias por no tener hermanas, Statony.

Oliver le sostuvo la mirada durante unos segundos. Se sentía irritado. Arden no estaba resultándole de ninguna ayuda, pese a que poseía el talento desagradable de decir las verdades manteniendo cierto humor.

—Despedí a su dama de compañía esta misma mañana —dijo Oliver—. La señorita Morris me fue recomendada por tres personas que juraban haber encontrado al mejor de los dragones para proteger a Eveline. Un dragón, Arden. Eso me prometieron. Me aseguraron que era implacable, que había vigilado a dos herederas con inclinación a la fuga y a una viuda demasiado dada a las partidas de cartas. La mujer no ha durado ni seis semanas bajo mi techo.

—¿Qué explicación dio?

—Que Eveline la engañó.

—Eso no es una explicación. Es una confesión de inutilidad.

—Por eso se ha marchado sin referencias.

Arden inclinó apenas la cabeza. Un claro gesto de que acababa de dar su aprobación.

—Fue negligente. Es lo justo.

—Fue incompetente. Peor aún, fue sentimental. Me ha dicho que Eveline solo necesita comprensión porque lo único que desea es captar mi atención. ¿Puedes creerte que me ha echado a mí la culpa de sus acciones?

—Osada, sin duda.

—La osadía es la excusa de la incompetencia, Arden.

Oliver volvió a la mesa, apartó el periódico y abrió una pequeña caja de plata que contenía rapé. La volvió a cerrar. Tenía que haber empezado la mañana con una audiencia prevista con su secretario político, para luego atender dos cartas que exigirían una respuesta urgente y preparar, más tarde, una sesión parlamentaria en la que pensaba intervenir sobre una cuestión que afectaba a sus tierras del norte. En lugar de eso, se veía obligado a hablar de máscaras escarlatas, jardines públicos y faetones conducidos por una muchacha que no parecía comprender la diferencia entre la valentía y la ruina.

—¿Tienes alguna solución en mente?

—No puedo estar vigilándola a todas horas —dijo, más para sí que para Arden—. Tengo una hacienda que dirigir,

arrendatarios que dependen de decisiones importantes y una posición en la Cámara que no puedo abandonar cada vez que Eveline se aburre. Mi padre la educó con demasiada indulgencia, mi madre murió antes de poder corregir el daño, y yo heredé un pesado título y a una hermana que sonríe cuando se le prohíbe algo porque considera que la prohibición es solo una sugerencia.

Eveline tenía catorce años cuando su padre murió. En realidad, el anterior duque no se había preocupado mucho por ella. La niña había llorado en silencio durante el funeral, con los ojos demasiado grandes para un rostro infantil, y esa misma noche se había metido en el despacho de Oliver para preguntarle si él también desaparecería por culpa de ser duque. Él le había prometido que no, que siempre estaría para ella. Tal vez en ese momento había empezado el desastre. La había protegido de la única manera que sabía; ocupándose de su ducado y contratando a institutrices competentes para que se ocupasen de ella. Luego la había enviado a un centro especializado para damas. Sus generosas donaciones habían evitado varias expulsiones. Había hecho todo lo necesario, salvo estar. Y Eveline, que ya no era una niña, se lo estaba cobrando con intereses.

—¿Y si le buscas un buen esposo?

—Lo volverá loco antes de que el ministro de Dios termine de oficiar la boda. O peor todavía, se quedará su dote y la encerrará en Bedlam. Yo mismo me siento tentado a dejarla allí un par de días para ver si así recupera la sensatez. ¿No te casarías con ella, Arden? Seguro que podrías enderezarla.

—No quiero ofenderte, Statony, porque es tu hermana, pero ella… —No se atrevió a terminar la frase.

—Lo siento, ha sido una idea descabellada —se apresuró a decir el duque.

—Creo que sí. Porque la dama no me tolera lo más mínimo.

El duque miró con atención a su mejor amigo.

—¿Tu reticencia a mi planteamiento se basa solo en que a ella no le eres simpático?

—¿Simpático? Tu hermana usaría esa lengua ágil que Lucifer le ha concedido para azotarme sin descanso cada día. No te ofendas, amigo mío.

—¿Y si te tomases el reto personal de domesticarla? Dios sabe que no fallas en nada que te propones.

—¡No puedes estar pensando en serio que podría casarme con tu hermana! —se quejó el otro.

—¿Por qué no? Necesitas una esposa para perpetuar tu linaje. Con un poco de mano dura, Eveline podría ser una buena esposa para ti.

—Tú necesitas una mujer más que yo. Eres un duque y eres varios meses mayor que yo.

Durante un momento, la tensión se quedó suspendida entre ambos. Oliver arrojó el periódico al fuego, cosa que resultó satisfactoria, aunque muy poco útil. Las llamas no deshacían el enredo.

—Maldita sea…

—¿Estás blasfemando, Statony?

—No se me ocurre una ocasión mejor para hacerlo.

—El asunto es desagradable, pero todavía puede manejarse.

—Explícame cómo. Y procura no decirme que la envíe al campo. Ya lo había pensado, pero se escaparía antes de que el carruaje llegase a Hounslow. —Así se llamaba su principal casa ducal.

—No iba a sugerir el campo después de haber hablado de un convento.

—¿Una nueva dama de compañía?

—Tampoco.

Oliver entrecerró los ojos.

—¿Me lo dices de una vez o sigo adivinando lo que se te ha ocurrido?

Arden se situó frente al escritorio. No se sentó. Había en su postura una gravedad que el duque reconoció de inmediato, pues era la misma que su mejor amigo empleaba en los clubes cuando un hombre iba a recibir una advertencia antes de que las consecuencias de su necedad se volvieran irreparables.

—En realidad la solución la has tenido tú.

—¿Qué solución es esa?

—Debes casarte, Statony.

El silencio que siguió habría satisfecho al más dramático de los dramaturgos, aunque Oliver no era un hombre dado a apreciar los efectos teatrales cuando él figuraba en el centro de la escena.

—No seas ridículo.

—No lo soy. Piénsalo detenidamente.

—He dicho que necesito resolver el problema de mi hermana, no crear otro de carácter permanente.

—Tu matrimonio resolvería más de un problema.

Oliver lo miró con una incredulidad tan helada que el conde pensó que acabaría congelándolo.

—Esa frase ha arruinado a más hombres de los que ha salvado.

—Solo a los que eligieron mal. Tú no eres como el resto.

—Todos creen haber elegido bien hasta que comprenden la fatalidad de su acción. Quiero deshacerme de mi hermana, Arden, no añadir otra mujer a mi colección privada de desgracias.

—Necesitas una duquesa y si abrieses un poco esa mente tan cerrada que tienes, lo verías.

—¿Y tú me hablas de mentes cerradas a mí? Te ofendiste porque aquella viuda pechugona quiso invitarte a su cama.

—Me invitó a su cama mientras tenía el pensamiento de retozar también con su lacayo.

—¿Ah, sí?

—Sí, Statony.

—No lo recordaba así —se defendió.

—Escúchame. Necesitas una duquesa —repitió—. Y tienes que elegirla bien. La noticia de tu compromiso ocuparía espacio en los mismos periódicos que hoy se han divertido relatando las excentricidades de tu hermana. Una boda ducal tiene el mérito de lavar muchas manchas, incluso aquellas que el agua común no se atreve a tocar. Tendrías a una esposa adecuada para presidir tu casa, una mujer con autoridad social suficiente para vigilar a lady Eveline y, ya que tanto te gusta hablar de tus obligaciones, debo recordarte que has ignorado con admirable constancia una muy importante.

—¿Cuál? —preguntó con interés.

—Traer al mundo a tu heredero. ¿Quieres que ese tonto primo herede todo lo que te pertenece?

Oliver sintió que las entrañas se le removían. No era la primera vez que él mismo pensaba en ese asunto. Su hermana le quitaba el sueño y no había tenido tiempo para planear su propia vida más allá de sus deberes como duque. Un heredero era un asunto serio.

—Mi título no está en peligro inmediato, pero sería agradable compartir la carga que supone Eveline.

—¿Compartir, Statony? No eres un hombre al que le guste compartir ni sus obligaciones. Deja que tu duquesa obre su magia con la chica. Se quedó sin una figura materna al año siguiente de que vuestro padre muriese. Tú no precisabas tanto a una mujer a la que cuidar, pero tu hermana sí debió haber crecido al amparo de una dama que la instruyese.

—Pagué muy generosamente por su educación. Te aseguro que Eveline habría arruinado a Midas. ¿Y de qué me ha servido?

—No veo otra salida, amigo mío. Ella tendrá a una amiga que contará con tus bendiciones y tu esposa se ocupará bien de tu hermana para no provocar tu ira. Todo son ventajas, te lo aseguro.

Oliver apoyó ambas manos sobre el escritorio. La madera era sólida. Casi todo lo que poseía podía ordenarse, comprarse, venderse, reformarse o protegerse con suficiente vigilancia. Las personas, por desgracia, tenían la fastidiosa costumbre de no comportarse como propiedades bien administradas. Eveline era la prueba más evidente.

—No tengo tiempo para cortejar a nadie. Tampoco tengo intención de perseguir sonrisas en los bailes, enviar flores a muchachas sin conversación ni fingir interés por acuarelas mediocres.

—No he sugerido ningún cortejo. Es más, ya preveía que no querrías perder tiempo en tonterías de esa índole. Tienes que buscar a una mujer, no a una jovencita. Alguien que requiera respeto y ofrezca utilidad a cambio.

Oliver se quedó pensando en la sugerencia con gran detenimiento. Una mujer útil. No una belleza caprichosa ni una

criatura moldeada por madres ambiciosas para suspirar ante un título, sino una dama de reputación sólida, educación severa y carácter suficiente para enfrentarse a Eveline sin retroceder. Una futura duquesa que comprendiera el valor de su tiempo. Alguien capaz de entrar en Statony House y hacer con su hermana lo que ni los dragones profesionales habían logrado: manejarla correctamente.

—Hablas del matrimonio como si fuera la contratación de una institutriz con mejores joyas.

—En tu caso, sería un progreso respecto a la alternativa romántica.

—No soy romántico.

—Por eso aún hay esperanza para ti. Si aplicas la lógica te irá bien.

Oliver se enderezó despacio. Su cólera no había desaparecido, pero empezaba a adquirir una forma más manejable. Él siempre había sido partidario de enfrentarse con valentía a los problemas que podían solucionarse con una buena estrategia.

—Una duquesa no aceptaría convertirse en la carcelera de mi hermana.

—No si se lo planteas así.

—¿Y cómo propones que lo plantee?

—Con honestidad selectiva, una renta generosa y el atractivo nada desdeñable de convertirse en la duquesa de Statony.

Oliver le dedicó una mirada helada.

—Me conmueve tu fe en la vanidad femenina.

—No es cuestión de fe. Es una observación. Además, no necesitas una muchacha enamoradiza, sino una dama adecuada. Alguien que quiera lo que tú puedes ofrecerle a cambio de lo que ella está dispuesta a darte.

La idea no era desagradable por lo mucho que se parecía a la lógica.

—Una mujer adecuada —murmuró.

—Muy adecuada.

—De buena familia.

—Naturalmente.

—Con una reputación impecable.

—Eso es imprescindible.

Oliver apartó la vista hacia la ventana, donde la mañana había terminado de asentarse sobre Londres con su mezcla de hollín y niebla. En el piso superior de su casa, Eveline ya estaría tramando su próxima travesura.

—No quiero una esposa que me obligue a dedicarle una atención constante —dijo.

—Entonces evita a las tontas, a las hermosas sin ocupación y a las jóvenes que consideran el matrimonio como una novela encuadernada en satén.

Oliver volvió hacia él la cabeza.

—Necesito una dama capaz de doblegar a Eveline. Eso no es tarea fácil.

—A una mujer que no pueda ser manipulada por una sonrisa ni intimidada por un portazo.

—Eveline ha reducido a lágrimas a institutrices formadas en internados franceses.

—Lo recuerdo —apuntó Arden.

Oliver permaneció callado unos instantes. Un compromiso anunciado con rapidez desviaría la atención del periódico. Una duquesa respetable le ofrecería a Eveline una vigilancia más difícil de burlar que cualquier dama de compañía contratada. Un heredero cerraría la boca de su primo y de todos los parientes que contemplaban su muerte como una esperanza prematura. Y, sobre todo, el matrimonio trasladaría el caos doméstico a unas manos más preparadas para gestionarlo que las suyas.

No era una idea agradable, pero sí práctica. Útil.

—Supongamos —dijo al fin— que aceptase considerar esa posibilidad.

—Por supuesto. Solo será un asunto académico. Dios nos libre de que reconozcas la sensatez en una propuesta de tu

mejor amigo.

—Necesitaría una lista. —Estaba pensando si hacerle caso a Arden. ¿Podría casarse?

—Ya me lo esperaba.

Arden metió la mano en el interior de su levita y sacó un papel doblado.

Oliver alzó una ceja.

—¿Lo tenías todo preparado?

—Te conozco desde hace demasiado tiempo como para no saber cómo funciona tu mente. De haber llegado a tu casa y haberte dado la lista de inmediato, la habrías quemado, tal y como has hecho con el periódico. Hechos desesperados necesitan medidas poco ortodoxas. Tu hermana apareció en Vauxhall con un libertino y una máscara escarlata. Cualquier hombre responsable habría previsto que necesitarías la solución que tenemos sobre la mesa.

Oliver le quitó el papel de las manos sin agradecérselo. Sus ojos leyeron los nombres escritos con la letra impecable de Arden. Hijas de condes, viudas jóvenes, una sobrina de un marqués conocida por su carácter piadoso, dos muchachas con fortunas dignas y conversaciones probablemente insoportables…

Entonces se detuvo en un nombre que no esperaba encontrar allí.

Lady Alice Fairfax.

La hija del conde de Fairfax.

Durante unos segundos no dijo nada. Aquel nombre no le era desconocido, aunque tampoco pertenecía a esa clase de damas que llenaban conversaciones por su belleza, sus caprichos o la habilidad de sus madres para empujarlas bajo la lámpara adecuada en un baile a fin de explotar su gracia etérea. Lady Alice había ocupado las columnas de sociedad siete años atrás, si la memoria no le fallaba, cuando acababa de debutar con dieciocho años y un compromiso ya anunciado que debía haberle asegurado una temporada tranquila, respetable y coronada por una boda sin sobresaltos.

El caballero elegido, un joven de buena familia y muy poca sesera, heredero de un vizconde, había resuelto de pronto que el honor era negociable cuando se mezclaba con el entusiasmo. Rompió el compromiso con la hija de lord Fairfax y huyó con la hija de un comerciante, una muchacha sin fortuna suficiente para justificar la locura y sin un título capaz de volverla aceptable. Londres, que rara vez le perdonaba a una mujer una desgracia a pesar de no haberla causado, se había preparado para contemplar la caída de lady Alice.

Pero ella se negó a convertirse en una víctima de las circunstancias.

Oliver recordaba aquello mejor de lo que habría admitido ante nadie. Había esperado, como todos, que la muchacha desapareciera de la faz de la tierra, que se refugiara en el campo y regresara años después convertida en una sombra discreta que las familias conservaban en los márgenes, siempre cerca de una tía viuda o de la labor de aguja. En cambio, lady Alice Fairfax había seguido asistiendo a los lugares donde se esperaba verla, con una compostura que no mendigaba lástima y una educación tan impecable que obligaba a los demás a comportarse. En honor a la verdad, admiró su aplomo y tenacidad. No había perseguido al hombre que la humilló, ni había permitido que la menospreciaran y,

con el tiempo, logró algo bastante más difícil que un buen matrimonio, dado que había hecho que la sociedad volviera a respetarla.

Oliver había reparado en ella entonces, debido a la fuerza de su espíritu. Una joven que sobreviviese a semejante afrenta sin volverse amarga en público ni aceptase la humillación… Interesante. Y él no consideraba interesantes más que las libras y sus intervenciones en el Parlamento. Si sus cuentas eran correctas, la dama debía de tener veinticinco años. Edad suficiente para no confundirse con una debutante asustada, y no tan avanzada como para que el mundo la hubiera retirado del tablero. Una mujer así sabría lo que costaba conservar una reputación, porque la suya había sido puesta a prueba cuando todavía no tenía edad para defenderse con armas verdaderamente eficaces.

Arden, que no se había perdido detalle de las reacciones del duque, estaba seguro de la candidata que le había causado tal silencio.

—¿La hija de Fairfax? —se aventuró a preguntar el conde.

—Admito que eres un diablo más inteligente de lo que siempre he pensado, amigo mío.

—Lo tomaré como un cumplido, pues bien podrías haberme comparado con Eva ofreciéndote la manzana, Statony.

—Jamás hago cumplidos —le recordó—. Y distas mucho de ser una tentadora Eva, Arden. No lo serías ni aunque tuvieses el fruto prohibido en la mano.

—Olvídate de eso. Recuerdas a la dama, ¿cierto?

—Estoy al tanto del escándalo que causó su compromiso roto.

—Todo Londres la puso a prueba. La diferencia entre tú y el resto es que, como eres un hombre inteligente, recordarás mucho al canalla que la dejó y lo que hizo ella después.

Oliver no apartó los ojos del nombre.

—La dama no se escondió en absoluto. Por cierto, no me adules, resultas demasiado evidente.

—¿Evidente en qué?

—No digas que soy inteligente para luego tratarme como si fuese un niño de pecho, Arden. Leíste la noticia sobre el escándalo de mi hermana nada más te levantaste y me elegiste una duquesa. Esta duquesa en concreto.

—¿Tan evidente resulto?

—Como siempre dices, me conoces bien, pero a veces olvidas que yo también a ti.

—¿Apruebas la elección de la dama?

—Lo estoy meditando. Sería una elección curiosa. Ella no suplicó compasión, ni permitió que la convirtieran en una desgraciada. Siguió adelante, y lo hizo con tanta firmeza que, al cabo de unos años, la misma gente que esperaba verla destruida empezó a llamarla respetable. Un dechado de virtudes.

—¿Un dechado de virtudes? —cuestionó algo asombrado su amigo.

—Creo que lo leí en algún sitio.

—¿Has estado siguiendo todo este tiempo la trayectoria de tu futura duquesa, Statony?

—No seas ridículo, Arden. No tengo tiempo de centrarme en tonterías semejantes. Solo he hecho un comentario inocente.

—Nada en ti es inocente —murmuró su mejor amigo—. Es interesante que no hayas negado mi pronóstico de convertirla en tu duquesa.

—Sigo pensando. No me molestes —le ordenó.

Arden suspiró. Decían que él era más intransigente que el mismo duque. Eso era porque no conocían en verdad a Statony.

El duque tenía que admitir que la sugerencia de Arden, por incómoda que le resultara, era bastante lógica. Lady Alice tenía exactamente la clase de temple que él necesitaba bajo su techo. Una muchacha dócil no duraría una semana junto a Eveline. Una belleza vanidosa se dejaría manipular por una lágrima o una insolencia bien armada por parte de su hermana. Una dama demasiado joven confundiría la rebeldía con el encanto, y unida a Eveline podría organizar un motín en casa.

Lady Alice Fairfax, en cambio, conocía el precio del ridículo público y había aprendido a enfrentarse a quienes disfrutaban administrándolo.

—Una mujer así no aceptará ser utilizada —dijo finalmente.

—No —respondió Arden—. Por eso tendrás que ofrecerle algo que necesite.

Oliver levantó la mirada.

—Bueno. Pensándolo mejor, ella tiene veinticinco años y no creo que tenga perspectivas de convertirse en esposa. Ofrecerle mi mano en matrimonio haría que ella saltase y comenzase a aplaudir.

—Si hiciese algo como lo que dices, echarías a correr.

—Tienes razón. Lo que trato de decirte es que no se negará.

—¿Tan seguro estás de que te aceptará de inmediato?

—¿Lo dudas tú? ¿Quién podría negarse a convertirse en mi duquesa? Tendrá mi título, mi protección, pondré mi fortuna a sus pies y será la madre del próximo duque de Statony. Voy a convertir todos sus sueños en una realidad.

—¿No estás suponiendo demasiado, amigo mío?

—No lo creo. ¿Sigue siendo tan sencilla como la recuerdo?

—¿A qué te refieres?

—No era una muchacha bonita —le aclaró.

—¿Quieres decir que si no es una beldad no te casarás con ella?

—Al contrario. Si es algo como lo que dices, echaré a correr también. Quiero una duquesa…

—Que no te dé problemas —terminó su amigo.

—Sí. Redactaré el anuncio de mi compromiso de inmediato. Tal vez pueda salir en la próxima edición del periódico.

Arden se alarmó.

—¿Vas a lanzar la noticia sin hablar con la dama?

—Tengo que comenzar a barrer el estropicio que ha creado mi hermana lo antes posible.

—¿Y si ella no te acepta, Statony? —le preguntó con suavidad.

—Improbable. No la recuerdo como una mujer estúpida, y se convertiría en una si no aceptase el gran privilegio de ser mi esposa.

—Espero que tengas razón.

—Siempre la tengo. No olvidaré este favor que me has hecho, amigo mío. Cuando necesites algo solo tienes que pedírmelo, ¿lo sabes?

—¿Podría usar el comodín que me ofreces para que no anunciases tu compromiso sin haber hablado con la mujer, Statony?

—¿Dudas de mi capacidad de persuasión, Arden?

—Lo que me preocupa es que…

—Tengo que redactar una nota para el periódico, una lista de las obligaciones que espero de mi inminente duquesa, hablar con mi hermana y…

—¿Vas a echarme? —preguntó con los ojos bien abiertos.

—Veo que lo entiendes. Ten un buen día.

—Espero que la mayor cualidad de la mujer que se convertirá en tu esposa sea la paciencia, Statony —le dijo, pero el duque ya no le estaba prestando atención.

Arden volvió a suspirar. Había actuado por el bien de su amigo, pero si su idea llegaba a salir mal, el gran duque de Statony lo haría responsable de cada acción.

¿Y si él secuestrase a lady Eveline y la enclaustrase en un convento escocés para terminar con el problema de su mejor amigo?

Desechó la idea de inmediato. La sola posibilidad de estar en presencia de la muchacha le causaba urticaria. No había arpía igual en toda la ciudad. ¿Cómo solo en todo Londres? ¡No podía haber semejante bruja en ningún lugar del mundo!

Capítulo 2
Una propuesta inquietante

Lady Alice Fairfax se había dado cuenta muy pronto que la desgracia no siempre llegaba para aniquilarlo todo. A veces entraba en una sala de baile con una preciosa sonrisa, le prometía a una un futuro ante media sociedad londinense y, unas semanas después, huía con la hija de un comerciante. De acuerdo. Sí. La desgracia siempre lo destruía todo.

Ella llamaba a aquel suceso «el desastre», porque cualquier nombre más simple le parecía una burla.

Lo bueno de ser inteligente fue que pudo hacer su camino y convertir la necesidad en una virtud.

Alice tenía casi veintiséis años, el cabello pelirrojo de un tono suave, más cercano al cobre apagado que a las llamaradas con las que los poetas podrían aburrir a las damas al compararlo con el fuego, y unos rasgos sencillos que rara vez provocaban exclamaciones al contemplarla. A Alice no le importaba ser poco agraciada. Había comprendido hacía tiempo que la belleza podía abrir muchas puertas, por descontado; sin embargo, la voluntad

servía para atravesarlas cuando alguien intentaba cerrarlas desde el otro lado.

Y voluntad tenía de sobra.

Tras la muerte de su padre, varios años atrás, había llevado las riendas de su propia vida y de la de su madre con una entereza que algunos llamaban dignidad y otros, cuando creían que ella no escuchaba, suerte. A Alice le traían sin cuidado las opiniones. Había cuentas que revisar, criados que conservar, una casa que no debía venirse abajo y una madre que merecía su preocupación incansable.

Cuando ocurrió *el desastre*, Londres había esperado verla marchitarse en silencio. No lo hizo. En parte porque Margot Marwood, condesa viuda de Ashbury, bendita fuese, la había tomado bajo su protección con la autoridad de una mujer que conocía demasiado bien la crueldad social como para no saber frenarla. La condesa no le enseñó a gustar ni a esperar compasión. Sus lecciones fueron muchísimo más útiles. Le repitió una y otra vez que el valor no consistía en echarse a temblar, sino en alzar la cabeza y seguir hacia delante con dignidad. Le aconsejó no detenerse ni a lamerse las heridas, porque la dama consideraba que la valentía no entendía de géneros, aunque una mujer debía demostrarla mucho más ferozmente que un hombre.

Alice se irguió y trató de desafiar a la sociedad entera con su aplomo cuando su prometido la abandonó.

Y no se rompió por más que desearon verla caer.

Por eso, en esos momentos, mientras permanecía sentada en la modesta salita de recibir visitas de la casa Fairfax, frente a un hombre muy serio que aseguraba ser el secretario

personal del duque de Statony, Alice tenía la extraña sensación de que alguien, en algún lugar de Londres, había decidido gastarle una broma bastante cruel e imperdonable.

Por fin, Alice se permitió mirar de nuevo al hombre sentado frente a ella con mucha atención.

No parecía un bromista. Ningún tonto habría elegido una levita tan discreta, unos guantes tan impecables ni estaría manteniendo la espalda tan recta como lo hacía él. En realidad, sí que se veía como el hombre de confianza de un noble de elevado rango. Tenía aspecto de saber recibir órdenes y llevarlas a buen puerto.

—Perdone —habló Alice, después de que se produjese un silencio que ya empezaba a dejar de ser cortés—. Ha dicho usted que viene de parte del duque de Statony, ¿es correcto?

—Así es, milady.

—¿Y que Su Gracia desea hacerme una proposición?

—Una proposición matrimonial, para ser exactos. Sí.

La dama apoyó las manos sobre el regazo. No las cerró. Habría sido una lástima arrugar la muselina de su vestido por culpa de un duque que, al parecer, ni siquiera sabía insultar a una dama en persona. ¿Quién era Statony y por qué querría casarse con ella?

—Comprendo —mintió.

El secretario pareció aliviado.

—Me complace que lo vea con serenidad. Su Gracia consideraba que una dama de su buen juicio sabría apreciar la magnitud del honor.

—Qué considerado por parte de Su Gracia otorgarme la oportunidad de apreciarlo sin haber tenido la molestia de presentarse para preguntarme en persona. —No era que las proposiciones de matrimonio no se ofrecieran entre personas que ni tan solo se conocían, lo que le resultaba alarmante era que él ni tan siquiera se hubiese presentado ante ella para preguntarle. ¿Quién diantres sería Statony? No lograba ubicar al duque.

El hombre parpadeó varias veces sorprendido tras su observación. No era tonto porque la comprendió de inmediato; Alice se lo concedió. Sencillamente, trabajaba para un tirano al que debía obedecer ciegamente. Ella no conocía a un solo duque que fuese un hombre amable. De acuerdo. No había conocido jamás a ningún duque, pero con tal nivel de poder, seguro que se creía al mismo nivel que un rey.

—Su Gracia es un hombre extremadamente ocupado.

—¿Está fuera de Londres acaso? —se interesó.

—No. Ahora mismo se encontrará repasando el discurso que dará en breve en la Cámara de los Lores. Es un hombre extremadamente organizado. Su Gracia es un caballero de enormes responsabilidades —insistió—. Sus obligaciones parlamentarias, la administración de sus propiedades y ciertos asuntos familiares de carácter urgente le impiden dedicar tiempo a ceremonias preliminares que, con todo respeto, no modificarían la sustancia del ofrecimiento.

Ella se abstuvo de poner los ojos en blanco. Seguro que Statony le habría dicho algo en ese sentido antes de mandarlo a su casa para pedirle matrimonio.

¿Por qué le pediría un duque que parecía ser un dechado de virtudes, según su empleado, matrimonio a ella?

—¿La sustancia?

—Un matrimonio con el duque de Statony.

—Ah. Esa sustancia. Ya veo…

—Una de peso considerable. Un gran honor, si me permite el atrevimiento de opinar, milady.

Alice inclinó un poco la cabeza, con una dulzura tan perfecta que habría alarmado a su madre de haber estado presente.

—¿Debo entender que Su Gracia me ha elegido por mi encanto personal, por una admiración secreta cultivada durante años o por algún otro motivo igual de conmovedor? —No estaba bien burlarse tan abiertamente de un hombre que había sido, sencillamente, enviado a hacer su trabajo. No pudo resistirse.

El secretario bajó la vista hacia el maletín que había dejado a un lado del lugar donde se encontraba sentado, y luego dejó la taza de té en la mesita que tenía a la derecha.

—Su Gracia admira su reputación.

—Naturalmente. Nada enamora tanto a un duque como una reputación sobria, irrompible y sin manchas recientes —consideró.

—Yo… Disculpe, no sé qué debería decir ante su observación, milady.

—Eso es porque no le compete a usted pedir mi mano, señor Jackson. Si el duque está interesado en casarse conmigo y está en la ciudad, ¿por qué no se ha tomado la molestia de venir en persona? Tal vez me hubiese visto y con una simple mirada hubiese decretado que yo no era lo que estaba buscando. —No era que ella estuviese tomando en consideración el ofrecimiento, pero le parecía curioso que el interesado no hubiese acudido, al menos, a evaluarla. Todo resultaba muy extraño.

—Pero es la misión que Su Gracia me ha encomendado, milady. Estoy aquí porque es mi cometido —le aseguró—. Y sí… Esto, me ordenó entregarle una relación de las condiciones que considera necesarias para la armonía del acuerdo.

El hombre abrió el maletín con evidente cuidado y extrajo un papel doblado.

Alice miró la hoja que él le tendía.

Durante un instante muy breve, pensó en olvidar toda la educación recibida, señalarle la puerta y enviar al duque de Statony, por medio de su infortunado emisario, a un lugar donde ninguna dama debería tener siquiera vocabulario para ubicarlo. La tentación fue intensa. También impropia. Y, por desgracia, injusta.

Aquel hombre no había concebido la ofensa. Solo la transportaba.

Alice cogió el documento.

La letra era firme, masculina y exacta.

Entonces leyó el texto.

Expectativas relativas a la futura duquesa de Statony que exige Oliver Hartwell, duque de Statony:

Primero. La dama aceptará la posición con pleno conocimiento de que el matrimonio servirá al orden de la casa, la reparación de ciertos daños sociales recientes que se desvelarán en el momento oportuno y la continuidad del linaje.

Segundo. La dama asumirá la supervisión moral, social y doméstica de la que será su hermana por matrimonio, lady Eveline Hartwell, con especial atención a bailes, paseos, amistades —femeninas y masculinas— dudosas.

Tercero. La dama no exigirá del duque de Statony manifestaciones sentimentales, galanterías innecesarias, obsequios frecuentes, paseos sin propósito o conversaciones destinadas únicamente al entretenimiento.

Cuarto. La dama presidirá la casa con dignidad, economía y puntualidad, sin alterar los horarios de Su Gracia salvo en caso de incendio, muerte, enfermedad grave o escándalo capaz de llegar a causar el caos.

Quinto. La dama facilitará, dentro de los límites de la decencia matrimonial, el nacimiento de un heredero en un plazo razonable.

Llegados a ese punto, ella gimió. ¡Por amor de Dios! Se tragó una maldición que no sería apropiada emitir y continuó. La cosa no podría empeorar después del último punto que acababa de leer.

Sexto. La dama se abstendrá de interferir en los asuntos parlamentarios, económicos o políticos de Su Gracia, salvo que su silencio ponga en peligro la reputación de la familia.

Séptimo. La dama recibirá una asignación generosa, residencia, protección, rango, joyas adecuadas a su posición y el tratamiento debido a la duquesa de Statony.

Octavo. La dama aceptará no contradecir a Su Gracia en público, ni cuestionar sus decisiones ante criados, familiares, invitados o cualquier persona cuya opinión pueda afectar al prestigio de su título. Toda discrepancia deberá comunicarse en privado, con la debida moderación y siempre que el asunto merezca verdaderamente interrumpir las obligaciones del duque.

Noveno. La dama comprenderá que, una vez convertida en duquesa, sus opiniones serán bien recibidas siempre que contribuyan al orden de la casa, a la educación de lady Eveline o al bienestar del heredero, y no cuando respondan a caprichos, susceptibilidades personales o inclinaciones improductivas.

Alice llegó al final sin cambiar de postura. Después de todo, sí que podía ser más humillante. Esas dos últimas consideraciones eran bastante desagradables. Dobló el papel con cuidado, porque no deseaba arrugarlo, dado que el duque tendría que mostrarle la lista a otra candidata.

—Podría haber exigido también una determinada condición física, color de ojos o cabello —murmuró para sí.

—¿Cómo dice, milady?

Ella carraspeó.

—Es un documento muy… completo —dijo en cambio.

—Su Gracia valora la claridad —apuntó el otro lleno de orgullo.

—No me cabe la menor duda. ¿Está seguro de que su patrón no busca una perfecta figura decorativa en vez de una esposa, señor Jackson?

El secretario tosió una vez, con discreción heroica.

—Milady, estoy seguro de que Su Gracia no pretendía ofenderla.

Ah. Interesante. El secretario personal de Statony la había entendido a la perfección.

—Entonces posee un talento natural. Lograr semejante resultado sin proponérselo demuestra una eficiencia admirable.

El hombre se sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. Estaba sudando.

—Esto… Yo… Es decir… —carraspeó para aclarar sus ideas—. El duque de Statony ofrece una posición que muchas damas considerarían extraordinaria —acabó diciendo muy seguro de sí mismo.

—No lo dudo. Muchas damas poseen más ambición que amor propio. Algunas incluso logran vivir felices en el infierno.

—¡Milady! —se sobresaltó por el exabrupto.

—Oh, disculpe. ¿Lo ha ofendido mi interpretación de la realidad?

—Su Gracia pensó que usted apreciaría la estabilidad, la protección y el rango que se le ofrece —defendió al duque.

—Su Gracia ha pensado demasiado en sí mismo y muy poco en mí al ofrecerme tal acuerdo.

El hombre apretó los labios. Alice vio entonces el cansancio bajo su corrección, una sombra leve junto a los ojos.

—Milady —dijo él con voz más baja—, ¿debo entender que su respuesta es negativa?

—Debe entender que mi respuesta no es solo negativa, sino rotunda. Tan negativa que la proposición de Su Gracia casi merece un réquiem.

El secretario palideció.

—Comprendo.

No parecía entender nada, salvo el desastre que lo aguardaba al regresar a Statony House, supuso Alice. Entonces volvió a pasarse el pañuelo por la frente, el rostro y el cuello. Estaba transpirando a mares.

—¿Se encuentra usted bien, señor Jackson?

—Yo… yo…

Ella se asustó; parecía que al hombre iba a darle un ataque de apoplejía.

—Respire poco a poco.

—Le agradezco su benevolencia. Pero usted no lo entiende…

—No es benevolencia. Y entiendo muy bien lo que le ha causado semejante estado de desasosiego. Usted no ha decidido pedir la mano de una dama mediante un empleado y una lista de instrucciones muy ofensivas. Esa hazaña le pertenece entera a Su Gracia. Y, por lo tanto, no podrá culparlo a usted cuando le transmita mi rotunda negativa a su desastrosa proposición —le aseguró con firmeza.

El señor Jackson miró hacia la puerta. A buen seguro, el buen hombre estaría calculando la distancia entre aquella salita humilde y la ira ducal que lo esperaba en alguna mansión mucho más imponente.

—Me temo que no lo verá de ese modo. Me dio una misión y yo he fracasado —se lamentó.

Alice sintió que la irritación, aunque no menguaba, encontraba un cauce más útil. Un sirviente tan fiel no merecía ser colocado frente a un cañón por culpa de la soberbia de su amo.

—Haremos una cosa, señor Jackson. Como soy una dama, le escribiré mi respuesta en una carta y usted se la entregará. Usted no sabrá mi decisión porque yo no debo comentarla con nadie. Así que cuando le transmita el veredicto a Su Gracia, no podrá acusarlo de nada.

—Pero…

—Le doy mi palabra de que el duque no lo hará responsable de mi decisión —lo interrumpió.

Los ojos del aludido brillaron llenos de esperanza.

—Milady, no es necesario que se moleste por mí.

—Insisto. En esta casa conservamos algunas costumbres importantes. Entre ellas, responder por escrito a los caballeros que olvidan presentarse cuando pretenden ofrecer su mano en matrimonio insultando sin disimulo a la dama —apuntó tajante.

Se levantó y fue hasta el pequeño escritorio situado junto a la ventana. La madera tenía una marca vieja en una esquina y el tintero no era de plata, pero todo estaba limpio, ordenado y dispuesto con una dignidad que ningún ducado podía comprar. Alice cogió una hoja, mojó la pluma y escribió sin titubear:

A Su Gracia el duque de Statony:

He recibido, por medio del amable y encantador señor Jackson, la proposición matrimonial que ha tenido usted la bondad de hacerme llegar, junto con una relación de expectativas tan precisa que casi he lamentado no poder recomendarle un ama de llaves para que la considere su futura duquesa.

Me veo obligada a declinar el honor de su petición.

No dudo de que su título, su fortuna y su protección puedan tentar a muchas damas. Yo, sin embargo, no me considero digna de cumplir ni uno solo de sus criterios.

Carezco, por desgracia, de la obediencia necesaria para no contradecir a un caballero cuando se equivoca, de la mansedumbre suficiente para recibir órdenes con gratitud y de la admirable capacidad de confundir una proposición matrimonial con una oferta de empleo ducal.

Tampoco poseo la delicadeza de aceptar que mi futuro esposo me enumere mis futuras obligaciones por escrito y delegue en otro hombre el placer de insultarme en mi propia casa. Y, por descontado, no está en mi mano poder controlar mi fertilidad. Me atrevo a sugerirle, para su próxima candidata, que dedique al menos unos minutos a ofrecer su mano en persona, siempre que Su Gracia no se encuentre enfermo, de viaje, retenido por asuntos de Estado o impedido por alguna otra calamidad de fuerza mayor, como una repentina falta de cortesía.

Sin otro particular, le deseo mis mejores deseos en la búsqueda de esposa.

Lady Alice Fairfax.

Leyó la nota una última vez. Con eso bastaría para ahuyentarlo a toda prisa. Nunca más volvería a saber del denominado Statony. Después la dobló, la introdujo en un sobre y vertió cera sobre el cierre. Cuando presionó el sello de los Fairfax, se sintió muy satisfecha consigo misma.

Al volverse, el señor Jackson, que se había puesto en pie en cuanto ella se levantó, seguía de pie junto a la silla.

Alice le entregó el sobre.

—Aquí tiene mi respuesta. Está lacrada, de modo que no podrá usted suavizarla, empeorarla ni morir por el camino

intentando interpretarla. Piense que tal vez, mientras la escribía, yo haya podido cambiar de idea sobre el matrimonio.

—Es usted muy considerada, milady.

—Su Gracia tiene muchísima suerte de tener a un hombre tan eficiente y leal como usted. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Por primera vez desde que había entrado en la casa, el secretario mostró algo parecido a una sonrisa.

El señor Jackson inclinó la cabeza.

—Le haré llegar su carta de inmediato.

—Hágalo. Y, señor Jackson…

—¿Sí, milady?

Alice miró el sobre lacrado, luego al hombre que tendría que ponerlo en manos del duque de Statony y suspiró.

—Si las cosas se complican mucho por mi causa, por favor, búsqueme. No tengo tantos contactos como Su Gracia, pero le aseguro que lo ayudaré.

—No tema, el duque es duro pero justo. Se molestará… en caso de que usted haya declinado su propuesta, pero estoy seguro de que no me despedirá. —Hubiese resultado más convincente si él no hubiese tragado saliva con dificultad tras su reflexión.

—Le deseo buenos días, señor Jackson. Ha sido un placer tomar el té con usted.

—Lo mismo le digo, milady. Tenga buen día usted también.

Capítulo 3
Una conversación necesaria

Lady Eveline Hartwell consideraba que el peor lugar del mundo no era una prisión, ni un convento escocés —recinto al que se imaginaba que estaría valorando su hermano enviarla—, ni siquiera la sala de visitas de una dama anciana empeñada en hablar de hígados enfermos durante el té. El infierno en la tierra era el despacho de su hermano, y el momento más nefasto, cuando Oliver guardaba silencio.

Y aquella mañana había sido convocada a la guarida de Lucifer.

Eveline entró con la barbilla en alto y las manos enlazadas por delante para no cometer el error de retorcer los dedos. Llevaba un vestido de mañana con pequeñas flores bordadas sobre un fondo blanco, y su gesto se asemejaba al arrepentimiento. Esperaba ser convincente en su defensa. Por desgracia, en cuanto vio a su hermano de pie junto al escritorio, tan recto, tan frío y tan condenadamente severo, comprendió que solo le quedaba confesar su pecado y aceptar el castigo.

Lo cual era injusto. Ella se había portado muy mal. Bueno, quizá no tan mal. ¿Quién no había hecho alguna temeridad por amor?

—Has mandado llamarme —dijo.

—Siéntate.

—Preferiría permanecer de pie —le comentó ella.

—Y yo hubiese preferido haberme despertado en una casa donde mi hermana no hubiera proporcionado entretenimiento a todo Londres antes del desayuno. Ninguno de los dos tendrá lo que prefiere.

Eveline apretó los labios y se sentó.

No era ninguna consentida, por mucho que su hermano lo creyera en sus peores momentos. Una mujer mimada habría entrado llorando, le habría echado la culpa de su desgracia al mundo entero y se habría refugiado en la excusa de sentirse incomprendida. Eveline no se hubiese perdonado hacer algo tan sencillo. Sabía que habría consecuencias y las aceptaría. Lo había sabido desde la noche anterior, cuando Cedric Lancaster, vizconde Tentwall, un hombre al que consideraba irresistible, empezó a mostrar la vulgaridad de un canalla con las manos demasiado largas. ¿Por qué se tenía que haber enamorado de un hombre así?

Estaba loca por él. Ese canalla la había visto de verdad, a ella, una muchacha de dieciocho años, sola entre los salones donde todos la miraban más por ser hermana de un duque que por lo que era en verdad. Era una mujer que quería brillar sin estar a la sombra de su hermano. Cedric le había sonreído, le había ofrecido cumplidos, y ella se enamoró. Así de simple. Eveline, que llevaba

años sintiéndose una obligación más en la agenda de Oliver, se había aferrado a aquella atención como si fuese un madero en mitad del océano.

La apuesta, la máscara escarlata, las riendas del faetón, la copa de ponche arrojada sobre su chaleco… todo había sido un disparate, sí, pero también la única manera que se le ocurrió para que Cedric la mirara con algo parecido a la admiración. Y cuando él intentó cobrarse el premio con un beso delante de toda aquella gente, ella hizo lo que debía.

Aquello no pensaba contárselo a Oliver. Ni lo del beso ni lo referente a que estaba loca por un hombre al que no sabía cómo conquistar. ¿Y si le confesase a su hermano que todo aquel disparate de la noche anterior lo hizo para que el vizconde se fijase en ella y se quedase asombrado por su audacia? No. Eso irritaría muchísimo más al gran duque de Statony.

Su hermano no entendería el amor ni aunque Cupido se plantase ante él con un arco, una flecha y un certificado firmado por el arzobispo de Canterbury.

—Espero —empezó Oliver— que seas consciente del alcance de tus acciones más recientes, Eveline.

—Soy consciente de que Vauxhall tiene más ojos que árboles y de que la prensa social carece de cualquier sentido de la proporción. Estoy segura de que no es tan grave como…

—La prensa de sociedad no te obligó a abandonar un baile con una máscara escarlata —la interrumpió.

—Era una máscara preciosa.

—Eveline —la reprendió de modo formidable. Solo un duque como él podía emplear un sencillo nombre con tal autoridad sin levantar la voz.

—Lo siento. —Disculparse era lo más acertado.

Oliver cerró los ojos durante un segundo. Solo uno. Ella conocía ese gesto. Era la silenciosa petición de auxilio a Dios para no terminar asesinándola.

—Fuiste vista en los jardines con Cedric Lancaster, quien de honorable tiene bien poco. ¿Entiendes quién es él, hermana?

—No estuve a solas con él en una alcoba, Oliver.

—Por amor de Dios… —masculló—. No me obligues a sentir alivio por un matiz tan pobre. Eres una dama correcta; ni tan siquiera deberías decir esas locuras en alto y en mi presencia.

—No sé qué más puedo alegar, Oliver. Es obvio que tú ya me has condenado.

—¿Condenado? Esa palabra está muy lejos de lo que debería hacer contigo. ¡Ese hombre es un canalla de la peor clase! —exclamó furioso.

—Ya lo sé. Supongo que por eso me resulta tan… —Se silenció de inmediato.

—¿Tan qué? —la presionó él.

—Es un canalla de lo más interesante —murmuró.

La respuesta salió demasiado rápido.

Oliver la miró con mayor atención, y Eveline se arrepintió de inmediato por su sinceridad. Había cosas que una no debía dejar asomar ante un hermano inteligente, y menos todavía cuando ese hermano poseía la desagradable habilidad de convertir cualquier emoción en una sentencia irrevocable y era un duque.

—¿Canalla interesante? ¿Te das cuenta de que estás diciendo que ese hombre no merece ni que le ofrezcas un vaso de ratafía y tú…? —Se detuvo y tomó una larga bocanada de aire—. ¿Qué voy a hacer contigo, Eveline?

—Lo admiro —volvió a murmurar.

—No puedes admirarlo.

—Es fácil de decir, pero no de hacer, Oliver.

El duque rodeó el escritorio y apoyó una mano sobre el respaldo de la silla que tenía delante. Eveline deseó que se sentara. Cuando Oliver permanecía de pie, la estancia se volvía más pequeña y ella, por pura contradicción, sentía ganas de ponerse también en pie, subirse a una mesa y declararle la guerra.

No lo haría. Él podría acabar enclaustrándola en un convento. ¿Cuántas veces la había amenazado con hacer algo así? Seguro que la idea había surgido del bobo conde de Arden.

—El escudo que te proporciona mi título no es tan impenetrable como te crees. Hay cosas que no soy capaz de deshacer. Podrías estar irremediablemente arruinada por un canalla al que dices admirar —dijo él—. Ese hombre te reclamó un beso tras

una apuesta, diste un paseo en faetón… ¿Tienes idea de cuántas familias han repudiado a sus hijas por menos?

Eveline tragó saliva con fuerza.

—¿Vas a repudiarme? ¿Eso es lo que estás diciéndome?

—¿Por qué siento que todas las locuras que haces buscan castigarme, Eveline?

—No lo besé. No estoy tan demente como para besar a un hombre al que admiro, pero que sé que no se siente tentado por mí, por más que yo sea la hermana del gran duque de Statony y mi dote incluya una fortuna.

—¿Entonces por qué has causado todo este gran estropicio? Un hombre que no está interesado en el matrimonio no merece tu atención.

—No lo entenderías.

—Lo que entiendo es que le arrojaste ponche encima. No. Eso tampoco lo entiendo. Lo cierto es que no comprendo absolutamente nada, hermana. Te pidió un beso ante los ojos de media sociedad…

—¿Quieres que me disculpe por no haber permitido que me besara?

—Quiero que te disculpes por colocarte en una situación en la que un hombre creyó que podía intentarlo. Está en tu mano alejar a canallas que solo te causarán un gran dolor.

Aquello sí que dolió más de lo que Eveline esperaba. Era cierto que se había comportado como una tonta. El amor la tenía así de cegada. Su hermano no podía comprenderla. Amaba a ese canalla sin escrúpulos hasta tal punto que no lograba sacárselo de la cabeza.

—Lo siento —repitió una vez más—. No por la columna de sociedad, ni por tu orgullo, ni por la mancha que recae en tu título. Lo siento porque fui una necia al pensar que podría manejar una situación que no logro comprender del todo. Se llama amor, hermano —se atrevió a confesarle al fin.

El rostro de Oliver no se ablandó, aunque algo cambió en sus ojos. Algo minúsculo, tan breve que otra persona que no lo conociese como ella o Arden habría pasado por alto. Era preocupación auténtica.

—No eres una necia, Eveline. Eso es lo que vuelve el asunto más intolerable. Es tu juventud lo que nos ha traído aquí. También mi ineptitud para comprenderte.

—¿Te estás echando la culpa de mis acciones, Oliver? —le preguntó con gran asombro.

Él suspiró.

—Eres impulsiva, imprudente y posees una habilidad desoladora para detectar un incendio peligroso y lanzarte a las llamas con entusiasmo cuando en realidad deberías huir de inmediato.

—Un talento extraño —ironizó por lo bajo.

—A eso se le llama buscar la ruina. Nada de talento.

Eveline soltó un suspiro y bajó la vista. Luego volvió a observar con atención a su hermano. Había esperado una entrevista plagada de gritos, un castigo ejemplar, amenazas con encierros en el campo o la contratación de un regimiento de damas de compañía a las que no lograse evadir. Oliver era capaz de todo eso y mucho más. Lo que no esperaba era aquel cansancio algo comprensivo, o esa manera de hablarle que no destilaba solo ira. ¿Estaría usando una nueva táctica con ella?

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó con cautela.

—Nada.

Eveline parpadeó intranquila.

—¿Nada? —Eso sí que no se lo esperaba.

—He decidido resolver el problema desde otro ángulo.

—¿Vas a volcar tu ira sobre el vizconde Tentwall? —preguntó inquieta. Esa posibilidad no se le había ocurrido.

—Crees que no te conozco, Eveline, pero lo hago más de lo que sospechas. Si hiciese eso que sugieres, tu admiración por ese canalla se dispararía todavía más. No quiero tener que perseguirte hasta Gretna Green para evitar que te cases con él sin mi autorización.

—Oliver…

—Voy a casarme.

Eveline se quedó muy quieta.

Después, sin poder evitarlo, soltó una risa breve, incrédula y bastante poco prudente dadas las circunstancias. Al ver que su hermano no movía ni un solo músculo, ella dejó de reírse.

—Perdona. ¿Has dicho que vas a casarte, y lo has dicho de verdad?

—Sí.

—¿Tú?

—Eso es.

—¿Casarte?

—¿Quieres dejar de repetir eso, Eveline?

—Pero es que… ¿Casarte? —insistió por cuarta vez.

—Sí. ¿Cuántas veces quieres que te lo confirme? El duque de Statony piensa casarse.

—Yo… No me lo puedo creer aunque lo hayas dicho varias veces —alegó con sinceridad.

—Eveline —la amonestó.

—Es solo que… —Lo miró de arriba abajo, no con crueldad. Estaba perpleja—. ¿Con quién? ¿Con una estatua griega? ¿Con una columna dórica? ¿Con una mujer que haya sido criada en una biblioteca y no sepa que los maridos deberían hablar alguna vez de algo que no sean cuentas, discursos y obligaciones?

—Eres tan insufrible e insolente… —farfulló.

—¿Yo soy insufrible e insolente, Statony? —Usaba el titulo cuando quería fastidiarlo.

—Lo eres, Eveline.

—De acuerdo, te lo concederé, pero si lo soy es porque he aprendido del mejor. Ahora dime quién es la gran dama que te ha hecho plantearte la idea del matrimonio. Dios la debe haber sacado de tu costilla para que quieras casarte con ella.

—Mi futura duquesa es perfectamente adecuada aunque no sea la mismísima Eva.

—Claro que no sería Eva. La hubieses reprendido por ofrecerte una manzana e inducirte a pecar —musitó ella.

—Te he oído, hermana.

—¿Estás enamorado? —preguntó con los ojos como platos.

—El matrimonio es un asunto serio donde no cabe el enamoramiento ni la admiración. Fíjate en lo que te ha hecho a ti centrar tus atenciones en un canalla.

—El matrimonio es un asunto humano donde están implicados los sentimientos.

—El matrimonio es una institución.

—Ahí está el problema. Tú no quieres una esposa, quieres una institución con faldas.

—No sabes de lo que hablas.

—No confundas mi juventud y necedad con la falta de inteligencia, Oliver. Soy tu hermana; no eres el único inteligente de la familia.

—¿Te consideras inteligente? —preguntó asombrado.

—No me has repudiado todavía, ¿cierto? Si eso, después de todas las faltas que he cometido, no es admirable, no sé qué lo sería.

—Dios santo…

—No te veo cortejando a ninguna dama —continuó—. No tienes tiempo para preocuparte por mí, siempre estás ocupado con tus obligaciones ducales, así que no sé de dónde sacarás tiempo para hacer que una mujer se enamore de ti.

—No necesito que se enamore de mí.

Eveline lo miró con lástima, y aquello pareció irritarlo más que cualquier insolencia anterior.

—Claro que lo necesitas.

—¿No me has estado escuchando? Nada de amor.

—Todo el mundo necesita ser amado. Y tú más que nadie, Oliver.

—Una afirmación propia de una joven que anoche estuvo a punto de arruinarse porque confundió la atención con el afecto de un canalla.

Ella palideció. Se recompuso de inmediato. Eso también lo había aprendido de él.

—No te lo tendré en cuenta porque sé que cuando te sientes atacado respondes con un ataque más salvaje. Necesitas amor en tu matrimonio, Oliver —regresó al punto importante.

—No. Entiendo que el amor, cuando se usa como excusa, resulta extraordinariamente peligroso. Todo es mejor cuando se sustenta en la lógica y en un acuerdo aceptable.

—Eso es porque tú crees que el amor es una enfermedad contagiosa.

Oliver apretó la mandíbula.

—El amor no mantiene una casa, no te da de comer, no protege un título, no paga las deudas, no preserva una reputación ni garantiza que una esposa sepa ocupar su lugar… ¿Quieres que siga?

—No, claro que no. Conozco demasiado bien tu procedimiento lógico. Para eso tienes listas, secretarios y esa maravillosa capacidad tuya para convertir cualquier sentimiento en una infracción intolerable.

—Mi lógica es la razón por la que esta familia conserva todo lo que posee.

—¿Y qué conserva de verdad, Oliver? —preguntó ella con menos rabia de la que pretendía mostrar—. Tienes casas,

tierras, criados, carruajes, votos en la Cámara y una reputación tan intachable que hasta los periódicos se burlan de ella. Pero no sabes qué hacer cuando alguien te quiere con todo su ser y solo se mete en problemas para mendigar un poco de tu atención.

Eveline deseó no haber sido tan sincera.

Él no respondió de inmediato.

—No creo que sea momento de hablar de… eso —dijo él al fin.

—Nunca lo es.

—Estamos hablando de tu seguridad, tu reputación y tu futuro.

—Mi futuro parece estar siempre en manos de personas que aseguran saber más que yo. Esos sois Arden y tú.

—Anoche demostraste que, en ocasiones, así es. Nosotros dos somos los únicos que siempre velaremos por tus intereses sin esperar nada a cambio.

Eveline apartó la mirada hacia la ventana. Londres seguía ahí fuera, con sus calles húmedas, sus carruajes, sus voces y todas esas mujeres que sabían que debían dejar su bienestar en manos de los hombres, porque ellas eran criaturas débiles que debían ser protegidas incluso de sí mismas. Ella no era una de esas mujeres. Nunca lo había sido. Sentía demasiado, hablaba con sinceridad y se lanzaba rápidamente hacia cualquier cosa que prometiera romper la jaula invisible en la que Oliver la mantenía encerrada.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Lady Alice Fairfax.

Eveline volvió a mirarlo, sorprendida.

—La hija del conde de Fairfax.

—La misma.

—La recuerdo. Una vez me la pusiste como ejemplo de admiración.

—Te equivocas, Eveline —negó de inmediato.

—No. Lo recuerdo muy bien, porque me sorprendió muchísimo que hablases de una forma tan apasionada sobre una mujer que había caído en desgracia.

—Lo que dices no es algo que yo haría.

—¿Es la dama del compromiso roto? ¿Su prometido no huyó con la hija de un mozo de cuadras o algo así?

—La hija de un comerciante —la corrigió el duque.

—¿Lo ves? Es la misma de la que me hablaste.

—Eso no es relevante ahora mismo. Lo que sí lo es, es que su reputación es intachable.

—Porque sobrevivió a una humillación que habría aplastado a muchas. Tal vez haya esperanza para ti, hermano,

aunque dudo que la haya para la dama si acepta ser tu esposa— musitó la última parte en voz muy baja.

Él la oyó.

—Será la duquesa de Statony. No la estoy condenando a una tragedia. Ella comprende muy bien que tiene un trabajo muy importante que hacer. —Esta última reflexión esperaba que así fuese. Su secretario no debería tardar en llegar para darle buenas noticias.

—¿Amarte? —se aventuró la joven a preguntar.

—No seas más insolente de lo que ya eres. Ella se ocupará de ti.

—¿La estás eligiendo para que se ocupe de mí?

—Entre otras cosas.

—Qué romántico —ironizó—. ¿Se lo has dicho antes o después de informarle de que su principal cometido es salvarme de mí misma? ¿Me llevará con una bonita correa de paseo cuando salgamos? Debes tener mucha fe en ella, pues esperas que allá donde tú has fracasado, tu duquesa triunfe.

—Arden tiene razón. Tu lengua está cargada de veneno.

Eveline se encogió de hombros.

—No me molestaré por tu observación. Podrías haberme dicho algo mucho peor y lo que opine Arden de mí no me afecta en absoluto. ¿Cómo has logrado que te acepte, Oliver?

El duque frunció el ceño ante tal pregunta.

—¿Por qué se negaría? Le ofrezco un rango elevado, protección, seguridad y una casa más digna que la que le proporcionó su nacimiento.

—Por Dios santo, Oliver. No mencionaré de nuevo el amor para no irritarte más, pero ¿y el cariño?

—No seas infantil.

—¿Respeto? —probó de nuevo.

—Por supuesto.

—¿Y qué harás cuando ella no piense de igual modo que tú? —Oliver tardó demasiado en responder. Eveline sonrió sin alegría —. Eso pensaba. La respetarás hasta que consideres que se equivoca porque tú no podrías estar equivocado jamás.

—No voy a convertir esta conversación en un debate sentimental. Lady Alice Fairfax es una mujer sensata. Comprenderá el valor de mi ofrecimiento.

—¿Comprenderá? ¿Cómo que comprenderá? ¿No has dicho que ibas a casarte con ella?

—Mi secretario debe estar ocupándose del asunto en estos instantes.

Eveline abrió mucho los ojos.

—Has enviado a tu secretario —apuntó como si eso fuese un pecado mortal.

—Jackson es un hombre muy competente —se defendió, aunque no entendía a qué venía la acusación que escondía la afirmación de Eveline.

—Oliver, has enviado a un hombre de negocios a pedirle matrimonio a una dama.

—No es un hombre de negocios. Es mi secretario personal —apuntó como si esa diferencia fuese de vital importancia.

—¡Eso no mejora nada! —exclamó derrotada.

—Exageras.

—No. Por primera vez desde anoche, creo que estoy viéndolo todo con absoluta claridad. —Eveline se inclinó hacia delante e incapaz de contenerse añadió—: ¿Te das cuenta de lo insultante que es lo que has hecho? Una mujer no es una finca que se adquiere con intermediarios. No puedes mandar a Jackson con una oferta, una reverencia y, Dios nos ampare, quizá una lista bajo el brazo. —Oliver apartó la mirada de su hermana de inmediato. Ella se tensó—. Por favor, dime que no hay una lista… —El silencio de él la alarmó—. ¿Hermano?

—La claridad evita malentendidos —se volvió a defender. Él había actuado perfectamente. Su hermana era demasiado joven para entender cómo actuaban los duques.

Eveline se llevó una mano a la frente.

—Has enviado una lista.

—Una relación de expectativas.

—Oh, cielos… Es peor de lo que me imaginaba.

—Una futura duquesa debe conocer sus obligaciones. Nos ahorrará a ambos muchos dolores de cabeza.

—Una futura duquesa debería conocer primero al hombre que pretende casarse con ella. ¿O acaso te conoce? Si sabe quién eres, podría sentirse menos humillada por tu proceder —conjeturó—. Dime que ella te conoce y podrá perdonarte tu falta de cortesía.

—Me conocerá —dijo sencillamente.

—Oh, Oliver… Te conocerá después de que tu secretario le haya explicado cómo debe comportarse, respirar y Dios sabe qué más habrás puesto en esas expectativas. ¿No lo entiendes?

—No dramatices.

—No puedo dramatizar a la altura de esta situación, créeme. La realidad nos ha dejado atrás tal circunstancia hace eones.

Oliver se irguió.

—Harías bien en agradecer mi sacrificio en lugar de ridiculizarlo. Podría haber tomado la decisión más obvia, y buscarte un esposo de inmediato para cerrar el escándalo que has creado y que me ha salpicado de lleno. Esa habría sido la opción razonable. Un marido adecuado, elegido con rapidez, habría apartado a Tentwall y silenciado a quienes ya especulan sobre ti.

Eveline sintió que la sangre se le helaba.

—¿Pensaste en casarme?

—Pensé en todas las soluciones posibles…

—Qué tranquilizador —ironizó una vez más por lo bajo.

—… Y elegí trastocar mi propia vida antes que entregar la tuya a un hombre solo para reparar una imprudencia que es obra tuya. De modo que no vuelvas a acusarme de no protegerte, Eveline. Tal vez no lo haga como deseas, pero llevo años haciéndolo de la única manera que sé.

La joven quiso responder con algo brillante, cruel quizá, una de esas frases que la salvaban cuando sentía que estaba a punto de echarse a llorar. No encontró ninguna. Su hermano era intransigente, desesperante y tenía la sensibilidad de un pescado frío, pero también era el hombre que había elegido cargar con el escándalo en lugar de venderla al primer caballero conveniente. Dios sabía lo que le habría costado a Statony tomar la decisión de meter a otra mujer en su vida.

Eso no lo hacía menos insoportable. Solo lo volvía más difícil de irritar.

—No quiero que arruines tu vida por mí —dijo.

—No la arruinaré. Además, he pospuesto demasiado el asunto de… de…

—¿De? —lo azuzó ella.

—Mi heredero. El título tiene que perdurar.

—Oh. Esa pobre mujer no sabe lo que se le viene encima —dijo en voz muy baja.

Él la escuchó.

—Lady Alice será tratada con todo el respeto debido a su rango.

—Que Dios la proteja de tus respetos. Suenan agotadores.

—¡Basta! —rugió al fin.

Eveline se recostó en la silla. Había llegado a ese punto de la conversación donde había terminado por completo con la paciencia del duque. Podría seguir hablando hasta quedarse sin voz, y él continuaría allí, convencido de que la razón era una propiedad vinculada al ducado y solo él la poseía.

—Muy bien —dijo al fin—. Cásate con tu dama sensata, entrégale tus reglas y espera que se sienta honrada por la oportunidad de vivir bajo el mismo techo que tu reloj de bolsillo y tus horarios parlamentarios.

—Me alegra que hayamos llegado a un entendimiento. —Él sabía que eso sería lo mejor que conseguiría de su testaruda hermana.

—No hemos llegado a un entendimiento. He decidido conservar mis fuerzas para una batalla donde exista alguna posibilidad de victoria.

—Una decisión prudente. La apruebo.

—No te acostumbres. Sigo sintiendo admiración por cierto vizconde… —Statony gruñó y antes de que pudiese soltar su ira, ella añadió, al tiempo que se levantaba—: ¿Puedo retirarme ya, Su Gracia?

—No uses ese tono conmigo. No me queda paciencia —la avisó.

—Entonces no me hables como si yo fuese un problema que debe resolverse antes de la sesión parlamentaria.

—Eveline…

—Lo siento por lo de anoche —lo interrumpió, y esta vez la sinceridad le salió más natural—: Lo siento de verdad. No me importa que Londres hable, pero sí sé que me equivoqué con él, fui estúpida y pensé que alguien me veía al fin. Resultó que solo quería divertirse a mi costa. Lo admiro, pero creo que es hora de olvidarme de él. ¿Te basta con eso? —Oliver guardó silencio. Ella asintió despacio y luego dijo—: No, claro que no es suficiente. A ti nunca te basta nada.

—Me basta con que estés a salvo —apuntó con firmeza.

Eveline sintió un nudo en la garganta, inoportuno y molesto.

—Entonces quizá deberías empezar a olvidar tus obligaciones ducales y centrarte en atender las que tienes como hermano, y, ya puestos, las que piensas adquirir como esposo. Cuando te miro, no eres Statony, eres solo Oliver.

No esperó respuesta. Hizo una reverencia breve, más por costumbre que por obediencia, y salió del despacho con la

dignidad que pudo reunir.

En el corredor, lejos de la mirada de su hermano, apoyó un instante la espalda contra la pared y cerró los ojos. Cedric Lancaster era un canalla, Oliver era un tirano y ella, por mucho que intentara negarlo, había contribuido con admirable eficacia a su propio desastre.

Era una calamidad con patas, pero no una consentida. Y la diferencia, aunque su hermano tardara una eternidad en comprenderla, importaba muchísimo.

Capítulo 4
Una decepción a medias

El señor Jackson regresó a Statony House con la carta lacrada en el bolsillo interior de la levita y la firme convicción de que, si alguna vez abandonaba el servicio de Su Gracia, abriría una mercería en Bath, porque las cintas no daban órdenes y los carretes de hilo rara vez arruinaban la paz espiritual de un hombre.

Estaba aterrado.

Oliver Hartwell, duque de Statony, lo recibió en su despacho sin levantarse del escritorio.

Eso ya era mala señal.

—Jackson.

—Su Gracia.

—Ha tardado. Ya sabe que no me agrada que me hagan esperar.

—La dama me ofreció té.

El duque alzó la vista de inmediato.

—¿Aceptó usted té durante una misión urgente?

—Consideré que rechazarlo habría resultado descortés.

—Le envié a obtener una respuesta matrimonial, no a cultivar amistades, aunque supongo que no haber aceptado la invitación de la dama hubiese sido lamentable.

—Sí, Su Gracia, eso pensé yo también.

Jackson no añadió que la amistad había sido bastante más agradable que la misión matrimonial. No tenía ningún deseo de morir joven.

—¿Y bien? —preguntó Statony, al tiempo que dejaba la pluma sobre el escritorio—. ¿Prefiere fijar la fecha ella o que lo haga yo?

El secretario tragó saliva con gran dificultad. Statony se dio cuenta, pero se negó a ponerse nervioso.

—Lady Alice Fairfax me ha dado una carta para usted.

—No le he preguntado si escribe con soltura. Le he preguntado sobre fechas para la boda.

—La carta contiene su respuesta, Su Gracia.

Algo en la quietud del duque cambió. No mucho. En Statony, los cambios de humor solían ser casi inapreciables, aunque para quienes lo conocían bien podían percibirse con la intensidad de un seísmo.

—Entréguemela y siéntese.

Jackson obedeció de inmediato.

El duque cogió el sobre, rompió el lacre y lo abrió sin mayor demora. Leyó la primera línea sin alterarse. Luego la segunda. Después avanzó por el resto de la carta con una lentitud que hizo que Jackson empezara a preguntarse si el despacho tenía suficiente aire para sobrevivir en caso de catástrofe.

Cuando terminó, Statony no habló. Volvió al principio y leyó de nuevo. Oliver dobló la carta una vez. Luego la desdobló. Después la dejó sobre la mesa.

—Esto no ha salido como me imaginaba. Ella parece que no está satisfecha.

Jackson asintió.

—No lo está, Su Gracia.

—¿Por qué no está satisfecha?

El secretario se quedó muy quieto.

—¿Por qué, Su Gracia?

—Ha afirmado con gran seguridad que ella no estaba satisfecha, así que intuyo que sabe más de lo que le gustaría. Hable —lo urgió.

Jackson miró la carta, luego al duque, y comprendió que había llegado a uno de esos momentos donde la verdad podía costarle el puesto y la mentira, la vida. La verdad tenía, al menos, cierta dignidad.

—¿Puedo hablar con sinceridad?

—Hágalo —lo volvió a urgir.

—Creo que lady Alice se sintió disgustada después de leer la relación de expectativas.

—¿Disgustada?

—Profundamente.

—La relación era clara.

—Lo era, Su Gracia.

—Razonable.

Jackson estaba tardando más de lo aconsejado en responder. El duque esperó su observación.

—Desde cierto punto de vista.

Statony entrecerró los ojos.

—¿Desde cuál no lo era?

—¿Puedo hablar con sinceridad?

—¿Puede no volver a preguntar eso y hacerlo de una maldita vez, Jackson?

El otro afirmó con la cabeza.

—Desde el punto de vista de una dama que acaba de recibir una proposición matrimonial a través de un secretario y descubre, antes incluso de conocer al caballero interesado, que se espera de ella obediencia, vigilancia, fertilidad puntual y una notable ausencia de exigencias sentimentales.

Statony apoyó los dedos sobre la carta. Uno a uno. Sin prisa.

—Está exagerando. Además, mientras lo redacté, usted no mostró su desacuerdo en absoluto —masculló. Y evitó decirle que era igual de exagerado que su hermana Eveline.

—¿Puedo hablar con…? —La mirada helada del duque detuvo la pregunta. Así que el secretario procedió a hablar con franqueza—: No me competía a mí desaconsejar a Su Gracia sobre su relación de exigencias para su nueva esposa.

—No le envié en busca de mi duquesa con una ofensa bajo el brazo, Jackson. Los puntos eran para que no hubiese confusión posible. La lógica impera para que un matrimonio sea… —se detuvo para buscar la palabra. Cuando la encontró dijo—: cordial. Sí, eso es. Cordial.

—No, Su Gracia. No me mandó para ofenderla, pero eso no ha evitado que ella se sintiese ofendida.

—¿Ha leído la carta que ella me ha mandado? —preguntó con suspicacia.

—No, Su Gracia. Ella dijo que eso era solo para usted.

—¿Entonces cómo sabe que estaba tan ofendida?

—Porque lo veía en sus gestos —razonó con sencillez.

Oliver se puso en pie.

Jackson lamentaba no haber aceptado una segunda taza de té en casa de la dama. O no haberse alistado en la Marina a los doce años.

—Lady Alice Fairfax es una mujer de buen juicio —dijo el duque—. Arden me aseguró que lo era.

—Me ha dado esa impresión, Su Gracia.

—¿A pesar de haberse negado a convertirse en mi duquesa?

—Yo… No sé qué debería responder a eso.

—Diga que ella debería haber entendido el valor de mi ofrecimiento.

—Lo entendió.

—¿Y aun así me rechaza?

—Me temo que así ha sido.

—Inaceptable.

—Sí, Su Gracia.

—Es inaceptable que una dama me venga con exigencias antes siquiera de haberse casado.

Jackson se permitió levantar un dedo, un gesto temerario que habría hecho palidecer a cualquier empleado con un auténtico instinto de conservación.

—Con el mayor respeto, Su Gracia, lady Alice no hizo ninguna exigencia en mi presencia.

—¿Ah, no?

—No. Ha declinado su proposición. Las exigencias, según parece, iban en el documento que usted me hizo entregarle.

El silencio que siguió tenía una claridad peligrosa.

—Jackson, está al límite de mi paciencia. Ese honor solo le corresponde a lady Eveline, y usted dista mucho de ponerse unas enaguas. ¿Me comprende?

—Sí, Su Gracia.

—No estoy de humor para su ingenio —recalcó.

—Por supuesto, Su Gracia. Solo me limitaba a constatar los hechos.

Oliver lo miró durante un largo segundo. Tan largo que parecieron cinco. El secretario le sostenía la mirada con una valentía que en realidad no estaba sintiendo.

—Ella no puede rechazarme —dijo el duque.

—Lo ha hecho.

—¿Quiere dejar de decir obviedades?

—Por supuesto, Su Gracia. ¿Qué quiere que diga?

—Lo que ocurrió en la entrevista para que haya salido tan condenadamente mal. Ella no quiere ser mi duquesa. —No lo entendía, y decirlo en alto resultaba humillante.

—Lady Alice pareció especialmente molesta por el hecho de que Su Gracia no hubiese acudido en persona. Eso fue lo primero que noté.

Oliver arqueó una ceja al más puro estilo ducal.

—¿Cree que ese puede ser su gran reparo?

—Entre otros.

—¿Otros?

—Eso creo, Su Gracia.

—¿Pretendía que abandonara mis obligaciones parlamentarias para sentarme en una salita rosa, con cojines bordados, y le recitase poesía para luego arrodillarme y pedirle matrimonio, cuando me bastaba con enviarle la proposición con perfecta eficacia y por escrito?

—Creo que le hubiese gustado ser tratada como una dama a la que se desea convertir en esposa, no como una propiedad que se valora mediante un informe.

—Por Dios, está sonando como mi hermana —se quejó el duque—. Yo no valoro propiedades mediante ningún informe. Las inspecciono.

Jackson asintió.

—Tal vez debió haberla inspeccionado, Su Gracia.

—¿Inspeccionarla? ¿Acaso tiene alguna tara? —preguntó alarmado.

—Salvo la de no haber valorado su propuesta de matrimonio, creo que no la tiene. Se ve valiente y segura de sí misma. Es una mujer muy agradable, con una preciosa sonrisa y unos ojos vivaces, de un color extraño. Entre verdes y azules, y cuando sonríe… ¿Le he dicho que tiene una sonrisa de lo más increíble y que…? —Cuando vio que el duque lo miraba con cara de pocos amigos se detuvo.

—Veo que aprueba a mi duquesa.

—Completamente.

—No me diga… —ironizó.

—Lo hago completamente —repitió el secretario—. Sí. Es una mujer fascinante y… —volvió a callarse en cuanto Statony alzó su ducal ceja.

—¿A pesar de que se niega a ser mi esposa la encuentra fascinante?

—Creo que eso es precisamente por lo que la estoy admirando completamente.

—¡Jackson! —tronó para llamarlo al orden.

—Su Gracia me ha dicho que podía hablar con sinceridad —se excusó, al tiempo que se sacaba el mismo pañuelo que había empleado en casa de la dama y se limpiaba el sudor de la frente.

—Tal vez debería pedirle que se casase con usted.

—Si supiese que me aceptaría, lo haría.

—¡Jackson! —lo reprendió con intensidad.

—¿Quiere Su Gracia que hable con honestidad o no? —preguntó envalentonado. Si la dama se había negado a casarse con él y Statony no había llamado al magistrado para que la apresaran, tal vez su patrón no era tan temible como siempre había pensado.

—Diga algo coherente que remedie esta terrible situación.

—¿Desea casarse con ella a pesar de que le haya dado una negativa?

—¿Cuánto hace que es usted mi secretario?

—Yo… Unos cinco años; cuando falleció el secretario de su padre ocupé su lugar.

—¿Y en todo ese tiempo me ha visto rendirme alguna vez?

—No, Su Gracia.

—Entonces diga cómo puedo arreglar todo este inconveniente de modo rápido.

El hombre se quedó pensativo.

—Creo que toda dama merece ser cortejada, Su Gracia.

—¿Cortejarla? —preguntó con aversión.

—Eso he dicho, Su Gracia. —Jackson comprobó que seguía vivo y decidió no desperdiciar aquel milagro—: Si me permite hablar con franqueza…

—¿Otra vez con eso?

—Lady Alice no parecía una mujer impresionada por su título. Tampoco creo que sea una mujer que piense demasiado en las joyas, la protección o la promesa de convertirse en duquesa. Creo que le molestó su falta de consideración. Y, aunque no soy un experto en damas, me atrevería a sugerir que quizá un gesto más… amable podría resultarle útil.

—¿Qué mujer en su sano juicio no querría ser mi duquesa, tener las joyas de la familia a su disposición y contar con mi protección? Tal vez ella no sea la mujer adecuada… —masculló.

—¿Está pensando en buscar otra dama, Su Gracia?

—¿No hemos decretado que nunca me rindo?

—Pero usted acaba de decir que…

—Déjese de pamplinas y deme soluciones factibles y rápidas.

—Dije amables, no factibles y rápidas.

—Defina amable.

—Flores.

—¿Flores?

El duque pronunció la palabra con el mismo tono que habría usado para calificar a Napoleón en sus mejores tiempos.

—Sí, Su Gracia. Flores.

—¿Para qué?

—Por regla general se les ofrecen a las damas.

—¿Con qué propósito?

—Agradarles.

—¿Y eso funciona?

Jackson tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para no preguntar si Su Gracia había nacido ya adulto, vestido siempre en tonos oscuros y con un libro de cuentas bajo el brazo.

—En ocasiones, sí.

—¿Qué más?

—Dulces, quizá.

—¿Dulces?

—Bombones. Fruta confitada. Pastelillos. Algo de esa naturaleza.

—¿Pretende que compre azúcar para reparar una negativa matrimonial?

—Dicho así, suena menos efectivo —le concedió.

—Porque lo es.

—Puede que no baste por sí solo, Su Gracia, pero contribuiría a suavizar el terreno.

Oliver paseó la mirada por el despacho, con una rigidez creciente. Él era un hombre capaz de enfrentarse a una sesión parlamentaria hostil sin que se le alterase el pulso, pero la idea de presentarse ante una dama con flores parecía haberlo colocado al borde de una crisis legislativa.

—Inconcebible —murmuró—. Si le doy lo que cree que debe esperar de mí, corro el riesgo de que siempre me demande todas esas tonterías.

—No necesariamente. Podría actuar de ese modo hasta que ella esté casada con usted.

El duque volvió a centrar la mirada en el secretario.

—Explíquese.

Jackson, que había empezado a transpirar todavía más, se aferró a esa pequeña bandera blanca con la desesperación de un rival que todavía seguía respirando.

—Quiero decir que, si Su Gracia desea obtener su consentimiento, tal vez deba recurrir a ciertos gestos de galantería durante un breve periodo. Solo hasta la boda. Después, naturalmente, la duquesa de Statony comprenderá las directrices de su esposo y ocupará su lugar con la decencia propia de las mujeres respetables de Londres.

—Dicho en otras palabras: ella no tendrá más remedio que acatar mis órdenes porque yo ya seré su marido y me deberá sumisión y obediencia. Me gusta su manera de pensar, Jackson.

La idea, formulada de aquel modo, adquirió una lógica mucho menos ofensiva. No se trataba de rendirse a los caprichos sentimentales de una mujer, sino de aplicar una estrategia temporal. Un esfuerzo muy calculado. Una maniobra de aproximación impecable.

Flores. Dulces. Una visita personal. Y el anillo, por supuesto.

Nada de eso implicaba debilidad si servía a un propósito mayor. En un par de días podría tenerlo todo bien dispuesto.

—¿Me ha escuchado, Su Gracia? —interrumpió el secretario sus pensamientos.

—¿Qué decía usted?

—Yo, haciendo gala de la honestidad que me ha permitido, debo comentarle que la dama me ha parecido bastante… enérgica.

—¿Cómo enérgica?

—No creo que sea una mujer extremadamente dócil.

—¡Por Dios, Jackson!, ninguna lo es.

—Lo que trato de decirle es que…

—Déjese de monsergas. Sé cómo tratar a una mujer difícil. Mi hermana Eveline se lo podría asegurar. Haré lo que dice. Se ha ganado usted sus honorarios con creces.

—Me alegra serle de utilidad, Su Gracia. —El secretario había tratado de advertirle de que la mujer estaba acostumbrada a ser resolutiva; si su patrón no había querido escucharlo, ya no estaba en sus manos hacer nada más.

—Una vez casada, comprenderá que el matrimonio no puede funcionar guiado por sobresaltos románticos ni otras estupideces similares. Ahí verá la eficacia de cada punto que le puse como exigencia.

—Estoy seguro de que Su Gracia sabrá explicárselo con la debida firmeza. —¿Qué más podría decirle a un hombre tan obstinado?

Oliver cogió de nuevo la carta de Alice. Leyó solo un fragmento. El que le recomendaba dedicar unos minutos a pedir la mano de una dama en persona, salvo impedimento grave o repentina falta de cortesía.

Repentina falta de cortesía.

La frase era ofensiva.

También era admirablemente precisa.

Aunque no había que olvidar que le recomendaba también un ama de llaves como duquesa.

—Es mordaz —dijo.

Jackson no sabía si aquello era una acusación, un hecho o el principio de una desgracia mayor.

—Sí, Su Gracia. A mí también me lo pareció —se atrevió a opinar.

—Demasiado segura de sí misma.

—También, Su Gracia.

—Orgullosa.

—Sin duda.

Oliver volvió a dejar la carta sobre el escritorio.

Por algún extraño motivo, la negativa de lady Alice Fairfax no lo había enfurecido. Al contrario. Había encendido en él una expectación que le tensaba el pecho de una manera desconocida hasta el momento. Por supuesto que lo había rechazado. ¿Qué podía esperar de una mujer que había sobrevivido con gran éxito a una escandalosa ruptura con un estúpido que seguramente no la habría merecido?

Debería sentirse ofendido.

Irritado, más bien.

Colérico, en el mejor de los casos.

La dama lo había rechazado por escrito, había ridiculizado su ofrecimiento y había tenido la audacia de hacerlo con una réplica tan fina que hacerle cualquier reproche a ella parecería vulgar.

Y, sin embargo, lo que sentía era ansia.

La sensación de convertirse en un depredador que iba a darle caza a su presa le hacía palpitar el corazón con una intensidad que jamás había habitado en él. Una dama capaz de negarse a ser conquistada por su rango, fortuna y conveniencia exigía su esfuerzo.

Para su sorpresa, Oliver descubrió que aquello no le disgustaba en absoluto. La expectación lo tenía maravillado.

—Muy bien —dijo.

—¿Muy bien, Su Gracia?

—Flores.

—Sí, Su Gracia.

—Dulces.

—Por supuesto.

—Y una visita.

—Excelente decisión.

—No exagere.

—No lo hago, Su Gracia.

—Averigüe qué flores prefiere.

Jackson abrió la boca.

—¿Cómo?

—Si voy a enviarle flores, no serán unas inadecuadas.

—Comprendo.

—Y dulces. Algo decente. No quiero que parezca un soborno barato.

—Naturalmente.

—Tampoco caro en exceso. No deseo transmitir desesperación.

—No, Su Gracia. Nada de desesperación. Solo… consideración.

Oliver frunció el ceño ante la palabra, pero no la corrigió.

—Pronto le haré una visita. Tal vez sea esta tarde.

—¿Pretende ir hoy mismo?

—El anuncio del compromiso ya habrá llegado a la imprenta. Es posible que salga en breve publicado en The Times. ¿O lo ha olvidado?

Jackson palideció. Sí que se le había olvidado.

—Su Gracia…

—No me mire así. Es una complicación, no una derrota. Lo sé bien.

—Lady Alice tal vez no lo interprete de ese modo. Si ella se entera de que…

—La persuadiré antes de que se entere de que está comprometida conmigo por el periódico —lo interrumpió.

—¿Solo con flores?

—Con flores, dulces y una petición de matrimonio en persona, tal como la dama me ha exigido.

—No estoy seguro de que lo exigiera.

—Lo insinuó con bastante insolencia en su carta, créame. De todos modos, no puede usted dudar ahora de sus ideas. ¿No ha sido todo eso parte del mejor consejo que ha podido usted darme, Jackson?

—Sí. Eso sí que es verdad. ¿Por qué no le envía algunas chucherías para ablandarla y luego se presenta debidamente? ¿Después de un par de días tal vez? No es bueno precipitarse.

Oliver cogió la carta, la dobló con cuidado y la guardó en el cajón central del escritorio. No la arrojó al fuego. El secretario reparó en ese detalle y, por pura supervivencia, decidió no mencionar nada al respecto.

—¿Cree que sería sensato ir tan poco a poco?

—No se lo hubiese propuesto si no lo pensase.

El duque valoró la sugerencia.

—Sí. Lo haré como dice. Ella no podrá negarse de nuevo después de todo el despliegue —apuntó el duque con satisfacción.

—Las damas pueden sorprendernos, Su Gracia.

—No si uno emplea bien sus argumentos y acciones.

—Por el bien de todos, espero que los bombones sean excelentes —murmuró más para sí mismo que para el otro.

Oliver le dirigió una mirada fría.

—Jackson.

—¿Sí, Su Gracia?

—Si vuelve a convertir mi futuro matrimonio en una cuestión de confitería, reconsideraré su salario.

—No volverá a ocurrir —prometió.

—Bien. Continúe con sus obligaciones en otra parte.

—Por supuesto.

El secretario se levantó, hizo una reverencia con la cabeza y se dirigió hacia la puerta con una rapidez nada decorosa. ¡Había salido con vida!

—¿Jackson?

El hombre se detuvo y lo miró.

—¿Sí, Su Gracia?

—Asegúrese de que las flores no sean… excesivamente sentimentales, pero sí hermosas. Que vayan acordes con esa sonrisa que lo ha dejado tremendamente impresionado.

El secretario sonrió.

—Haré cuanto esté en mi mano, y lo que no —precisó—, para encontrar unas flores igual de bonitas que la sonrisa de su futura duquesa, Su Gracia.

—No sea impertinente.

—Jamás, Su Gracia —le aseguró sin borrar su sonrisa, pero lleno de solemnidad.

Cuando la puerta se cerró, Oliver se sintió satisfecho con su decisión de no rendirse. Sobre la mesa seguían aguardándolo informes, cartas, cuentas y deberes mucho más importantes que una dama ofendida. Aun así, ninguno reclamó su atención con la misma fuerza que la imagen de lady Alice Fairfax inclinada sobre un escritorio, escribiendo una negativa destinada a herir su orgullo sin disimulo.

¿Seguiría siendo ella tal y como la recordaba? No era sencilla del todo, a pesar de que eso le había dicho a Arden. Tampoco una beldad, pero siempre había considerado que la dama tenía algo que…

—Deja de pensar en ella, tonto —se dijo a sí mismo.

Si lady Alice Fairfax quería ser tentada, el duque de Statony la tentaría de un modo que no pudiese rechazarlo. Y sabía bien qué táctica utilizaría si el resto fallase.

Y después, cuando aceptara, ambos podrían volver a un mundo lleno de obligaciones importantes, sensato y razonable.

¡Por supuesto que ella lo aceptaría!

La alternativa era impensable.

Capítulo 5
Un paseo agradable

Margot Marwood, condesa viuda de Ashbury, tenía la rara habilidad de conseguir que incluso un paseo por Hyde Park pareciese una audiencia privada concedida ante toda la buena sociedad. Sí. Así de extraña era lady Ashbury. No necesitaba alzar la voz, ni vestir colores estridentes o mirar por encima del hombro a nadie para que todo el mundo recordase quién era. Bastaba con divisarla sentada en su carruaje, impecable bajo la luz suave de la tarde, con el sombrero colocado en un ángulo favorecedor y una mano enguantada descansando sobre el mango de marfil de su sombrilla para que todos los ojos se posasen sobre ella.

A sus cincuenta años, lady Ashbury seguía siendo el epítome del buen gusto y la elegancia innata. La muerte del conde le había permitido ser una viuda que gozaba de una independencia envidiable. También le había creado un enemigo familiar en la persona del nuevo lord Ashbury, un primo lejano de su marido que había heredado el título y ninguna de las sumas que de verdad importaban, dado que su difunto esposo le legó la fortuna que no estaba ligada al título a ella. Margot lo consideraba un muchacho insulso con demasiadas pretensiones. Él, por su parte, la detestaba con una constancia increíble.

Alice la encontraba admirable, un ejemplo a seguir. En Margot veía una amiga constante y formidable.

—Ayer me topé con mi némesis. Lo vi en Bond Street. Me saludó por compromiso, por supuesto —dijo Margot mientras el carruaje avanzaba con elegancia entre otros vehículos, jinetes y paseantes—. Llevaba un chaleco de color albaricoque enfermo. Me temo que alguien debería hablar con él antes de que desprestigie todavía más el título de Ashbury por una prenda de vestir.

Alice sonrió. Era consciente de a quién se estaba refiriendo la dama.

—No sabía que los colores pudiesen considerarse enfermos. Cada día me instruyes, más y mejor, amiga mía. Quizá deberías hablar con él y orientarlo mejor —sugirió.

—¿Y privarme del placer de verlo cometer atrocidades textiles en público? No, querida. Una mujer como yo tiene pocos entretenimientos sinceros. Me gusta verlo ridiculizado por la mano de su propio ayuda de cámara.

—Las dos sabemos que tienes múltiples entretenimientos, y deliciosos además.

—No me contradigas. Tengo cincuenta años, fortuna propia, ningún hijo y un heredero político al que le salen canas verdes cada vez que recuerda que mi difunto esposo tuvo la prudencia de dejarme su dinero. Créeme, he alcanzado una edad espléndida en la que nadie debería contradecirme, incluida tú. Y si vas a recordarme que una dama nunca alude a su edad ni en público ni en privado, te diré que me siento bastante orgullosa de no haber fallecido todavía, y eso es motivo de celebración y orgullo.

Alice se rio, aunque su risa no duró demasiado. Tenía muchas cosas en la cabeza. Una de ellas relacionada con cierto duque que…

Había aceptado dar un paseo con su amiga porque la nota de Margot había llegado esa misma mañana, breve, imperiosa y afectuosa como todo lo que ella hacía; y no tuvo corazón para negarse. Alice había obedecido, en parte porque le apetecía ver a la condesa, y también necesitaba salir de su casa para no seguir pensando en la carta tan aberrante que le había enviado al duque de Statony a través de su pobre secretario. Cierto que mientras la redactaba le había parecido que hacía lo correcto, en cambio, después…

¡No había nada que lamentar!

Lo había rechazado.

Con toda claridad.

Y con una excelente caligrafía, además.

Y, aun así, el asunto le seguía pesando en la cabeza como si hubiera dejado una vela encendida junto a las cortinas.

Margot la observó de reojo durante un tramo del paseo. No lo hizo de manera abierta. Lady Ashbury jamás se veía obligada a ser indiscreta; había perfeccionado el arte de descubrirlo todo sin parecer interesada en nada.

—¿Alice?

—¿Sí?

—Están lloviendo ranas.

La aludida asintió por inercia.

—Sí —respondió, tras un instante—. Creo que sí.

Margot inclinó la cabeza, satisfecha de haber acertado.

—Entonces algo grave ha ocurrido. La última vez que aceptaste una frase absurda sin discutir su construcción, lord Pelham había confundido mi mesa de whist con una mesa de juego para hombres borrachos y tú llevabas tres días sin dormir por culpa de las cuentas de tu madre.

Alice suspiró efusivamente. Recordaba aquel momento, pero no fueron las cuentas de su madre lo que le preocuparon entonces. Fueron otras.

—Me temo que no estoy siendo una buena compañía hoy. Lo lamento.

—No lo hagas. ¿Qué te ocurre? ¿Es la economía la que te…?

—No. Creo que es algo más grave —reconoció a su pesar. La carta que le mandó a Su Gracia atacaba su conciencia.

—Querida, cuando dices eso con esa cara, una debe suponer que hay cadáveres ocultos bajo la alfombra.

Alice miró hacia el sendero. Varias amazonas pasaban al trote, acompañadas por caballeros que fingían no admirarlas demasiado. En otro momento, habría hecho algún comentario sobre

la necesidad masculina de no ser tan evidente. En esos momentos no encontraba fuerzas para hablar de trivialidades.

—He recibido una proposición de matrimonio.

Margot no se sobresaltó.

Ni siquiera fingió hacerlo.

—Qué interesante —dijo.

Alice la miró con atención.

—Esa no era la reacción que esperaba.

—Mi querida Alice, a mi edad solo se espera la muerte, se teme por una mala digestión o por las visitas de parientes interesados. Lo demás se recibe con curiosidad. ¿Puedo saber quién es el caballero que ha tenido la osadía de aspirar a tu mano?

—La proposición venía del duque de Statony.

La mano de Margot se cerró un poco más sobre la sombrilla. Fue un gesto mínimo, pero Alice la conocía demasiado bien para no advertir que algo la había perturbado.

—Ah.

—¿Ah?

—Eso es.

—¿Solo vas a decir «ah»?

—Un «ah» puede contener un mundo entero.

—Margot —la reprendió con suavidad.

La condesa viuda volvió el rostro hacia el parque, donde una dama con un sombrero lleno de plumas acababa de saludarla desde otro carruaje. Margot respondió con una firme inclinación, ni cálida ni fría, una clase de saludo que mantenía viva una relación conocida y muerta cualquier esperanza de intimidad.

—Statony no es un hombre que actúe a la ligera —dijo al fin.

—Por lo visto, tampoco es un hombre que acuda en persona cuando desea casarse —murmuró. No se comprendía a sí misma. Lo que más tenía que disgustarla era la proposición en sí misma, no el hecho de que él hubiese delegado la gestión en otro caballero.

Entonces sí, Margot parpadeó con algo parecido al interés.

—Explícate.

Alice le contó lo sucedido sin adornar en absoluto la humillación que sintió, puesto que era imposible narrar la visita del señor Jackson, la lista de expectativas y la ausencia del duque sin que el relato adquiriera por sí solo un aire ofensivo. Margot la escuchó sin *casi* interrumpirla, salvo para preguntar una vez si el secretario había tenido buen aspecto, otra para averiguar si había temblado mucho y una tercera para interesarse sobre si la lista mencionó al heredero antes o después de las galanterías necesarias.

—¿Galanterías? —inquirió Alice—. Ese hombre debe tenerlo todo atado y más que bien atado en su vida. Te digo que incluso comencé a sentirme preparada para descubrir que también había establecido el día y la hora exacta a la que tendría que partir de este mundo.

Margot soltó una risa fresca, elegante y muy poco compasiva con el ausente.

—Eso suena a él. Es un hombre muy disciplinado, tremendamente metódico.

Alice se giró hacia ella.

—¿Lo conoces?

—Todo el mundo conoce a Statony.

—No me refiero a saber quién es. De hecho, yo no había escuchado ese título hasta que su secretario se presentó ante mí. Me refiero a si lo conoces en persona.

Margot guardó silencio unos segundos de más, los justos para que Alice comprendiera que había una respuesta ¿delicada? detrás.

—He coincidido con él en suficientes ocasiones como para saber que no es un hombre dado a la improvisación. No hace nada sin que lo haya meditado bien antes de dar un solo paso. Mi difunto esposo le tenía gran estima y, por lo tanto, yo también. Es bastante ermitaño, por decirlo con suavidad. No suele asistir a bailes más allá de lo estrictamente necesario… Tampoco parece disfrutar demasiado de la ópera o el teatro. Supongo que no le agrada sociabilizar si no hay un buen motivo para hacerlo.

—Me envió a su secretario con una lista de exigencias que yo debía obedecer. Eso no es improvisación o falta de habilidades sociales. Es una barbarie.

—Reconozco que fue un poco torpe. No obstante, no puedes culparlo por ser un hombre excesivamente ocupado.

—Margot… Pretendía casarse conmigo. Si esa ocupación no merecía unos minutos de su valioso tiempo, no sé qué otra cosa podría merecerla. ¿Te imaginas que Ashbury te hubiese mandado a su hombre de confianza a proponerte matrimonio?

—Está bien. No lo defenderé. Statony ha sido bastante torpe, excesivamente arrogante y terriblemente descortés. Tres defectos muy graves cuando se pretende obtener una esposa tan increíble, brillante y única como tú. ¿Satisfecha?

—Muchísimo. Ahora sí que has hablado como una verdadera amiga. Dime, ¿no te sorprende que me haya elegido? Sé que me tienes en gran estima y que no has sido irónica al definirme, pero… ¿soy capaz de haber logrado captar la atención de un duque, pese a que ese duque sea un gran patán?

Margot la miró con fijación, y en sus ojos apareció una ternura que rara vez ofrecía en público.

—Alice, cualquier hombre que aspire a tu mano debería ser como mínimo un príncipe encantador. Tal vez, incluso un rey. Ha llegado a tu vida un duque, no uno especialmente atento, pero un duque al fin y al cabo. Statony ha demostrado una gran inteligencia y tiene buen gusto después de todo, aunque haya errado en sus formas. ¿Cuándo es la boda?

Alice sintió que el pecho se le estrechaba de un modo incómodo.

—Lo he despachado con una nota bastante… Digamos que he estado a su misma altura, tal vez un poco más elegante.

—¿Lo has despreciado?

—Despreciado no…

—Menos mal…

—Me he negado a ser su mujer.

—¿A un duque, querida Alice? ¿Has despreciado a un duque?

—¿Por qué lo haces sonar como si mereciese la horca?

—No se le niega nada a un duque. A un marqués, tampoco; a un conde, tal vez, a un vizconde es menos reprochable y nadie te reprendería por desdeñar a quienes estén por debajo de este último, pero ¿a un duque como Statony? Me temo que eso no se hace.

—¿Tanto poder tiene?

—Él es… peligroso.

—Me conoces bien, ¿puede ser más peligroso que una mujer enfadada y ofendida?

—No lo sé. Eres una mujer que sabe mantenerse en pie. Hay caballeros que pasan media vida buscando eso sin saberlo.

—Lo haces sonar romántico cuando no lo es.

—Sí. Statony lo llamaría eficiencia. Él debería tener ya un par de herederos, habrá decidido que es el momento adecuado para casarse y para eso necesita, lógicamente, una esposa. Tu nombre habrá salido a relucir, Dios sabe en qué contexto, y ahí todo comenzó a tener cierto sentido para él. —En honor a la verdad, a Margot no le sorprendía en absoluto que la hubiese elegido para ser su duquesa.

—¿Y por qué tengo que ser yo? —se quejó Alice.

—No dudes de la gran sabiduría que debe tener la persona que le dijo que no encontraría a nadie mejor que tú, querida amiga mía. Considero que eso es una gran verdad.

Alice no quiso reírse. Lo hizo igualmente.

—Soy la peor elección posible para un caballero, y más si hablamos de un duque cuyo carácter ya he comenzado a vislumbrar. Statony estará mucho mejor sin mí. Y decididamente yo estaré mucho mejor sin él.

El carruaje avanzó unos metros más. En Rotten Row, un jinete joven perdió parte de su apostura cuando su caballo decidió encabritarse. Margot lo observó con interés. El muchacho no se había caído. La condesa viuda volvió a centrarse en su amiga.

—Eso puedes creer tú, Alice, pero no opino que él esté de acuerdo contigo.

—La carta que te he dicho que le escribí hará que se olvide de mí de inmediato. Te lo aseguro.

—Alice, querida, cuando una dama recibe una ofensa por escrito como esas expectativas que tanto te han ofendido, lo menos que puede hacer es responder con una carta digna de conservarse en los archivos familiares. Bien hecho. La posteridad necesita testimonios. Ahora, por otro lado, ¿crees que Statony se quedará de brazos cruzados después de tu negativa?

Alice se apoyó contra el respaldo, menos rígida que al inicio del paseo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te haces una idea, querida amiga?

—Bueno, es cierto que el señor Jackson parecía convencido de que su amo no recibiría bien la negativa, pero…

—Statony no debe de recibir bien ni la lluvia si no es lo que él espera que ocurra esa mañana —la interrumpió.

—Me estás asustando. ¿Debería preocuparme?

Margot tardó en contestar. No porque no supiera la respuesta, fue más bien porque prefirió elegir sus palabras con cuidado.

—Considero que deberías prepararte.

—Eso no es tranquilizador.

—No pretendía serlo.

—Creí que, al rechazarlo, el asunto terminaría. Es más, me esforcé porque mi carta lo ahuyentase.

—Qué preciosa es la inocencia. Casi me emocionaría si no supiera que la has usado de forma accidental.

Alice frunció el ceño.

—Margot.

La condesa viuda volvió a mirarla con seriedad.

—Statony es un duque muy ambicioso, Alice. Frío cuando le conviene, obstinado por naturaleza y está acostumbrado a que el mundo se aparte cuando él avanza. No se rinde solo porque una puerta se cierre. Si la puerta le interesa, llama de nuevo. Si no le abren, compra la casa. Si no puede comprarla, averigua quién fabricó la cerradura. Y cuando todo falla, la derriba. Ese es exactamente el duque de Statony. Por ese motivo mi esposo lo admiraba tanto. No se rinde.

—Una imagen muy alentadora —observó.

—Te aconsejo que no confundas su falta de galantería con falta de determinación. Te ha elegido por alguna razón, y si de verdad cree que eres necesaria para sus propósitos, tu negativa no le parecerá un final, sino el principio de la batalla. Al menos es apuesto.

—No me importa su aspecto, solo deseo que se olvide de mí. ¿Por qué me da la sensación de que lo conoces muy bien?

—Amigo de Ashbury, ya te lo he dicho. Pero aunque no lo hubiese sido, es un hombre, Alice. Conocido uno, descifrados todos. Aunque le concederé que resulta más notable que la media. Es interesante.

Lady Alice permaneció callada durante varios minutos. Margot había logrado que se sintiese bastante más inquieta que cuando despidió al secretario del duque. La idea no debería haberle provocado nada salvo irritación. Sin embargo, había algo inquietante en saber que el duque de Statony quizá no desapareciese de su vida con la aceptación que ella esperaba. Un hombre que mandaba expectativas matrimoniales por escrito podía ser ridículo. Un duque ridículo, con poder, fortuna y voluntad suficiente, podía convertirse en un problema considerable.

—No pienso casarme con él —se reafirmó.

—Entonces no lo hagas.

—Pareces muy serena, ahora.

—Lo estoy. Confío en tu juicio.

Alice sintió una gratitud inmediata, cálida, y profunda.

—Gracias.

—No me las des todavía. Considero que serías una duquesa formidable. También confío en la testarudez de Statony, y eso hará que los próximos días resulten bastante más interesantes para mí que para ti.

—Maravilloso. Mi vida sentimental convertida en un pasatiempo para las damas influyentes.

—Mi vida necesita alicientes, querida. El nuevo lord Ashbury no puede proporcionármelos todos con sus chalecos repulsivos.

Alice volvió a reírse, esta vez con más ligereza.

—Te adoro. Lo sabes, ¿verdad?

Margot le dio una palmada suave sobre la mano.

—Escúchame bien. Si Statony vuelve a acercarse a ti, no permitas que su título espante tu sentido común. Siempre seré tu aliada. Los duques impresionan a los débiles. Tú respira, escucha y recuerda que ningún hombre, por mucha fortuna que posea, tiene derecho a confundirte sin un buen motivo.

—Te agradezco el consejo.

—Excelente. Entonces recuerda otra cosa. Si decide perseguirte, lo hará con toda la fuerza de su carácter y deberás disfrutarlo. La persecución de un hombre como Statony no es poca cosa.

—¿Perseguirme?

—Si es tan inteligente como sospecho, sabrá que eres alguien por quien vale la pena el esfuerzo.

—¿Y qué hago si eso ocurre? Yo nunca he sido perseguida por un caballero.

Margot sonrió. Era hermosa todavía, y peligrosa en la medida en la que una mujer inteligente podía serlo cuando había logrado la independencia.

—Lo mismo que hiciste a los dieciocho, cuando Londres esperaba verte hundida. Te mantienes firme, querida. Y si el duque de Statony quiere una batalla, procura que comprenda desde el principio que ha elegido a su igual. Eso lo volverá loco, te lo garantizo.

Alice miró hacia el parque, donde la luz empezaba a suavizar los bordes de los árboles y de los sombreros, los carruajes y las reputaciones.

—Casi pareces compadecerlo. ¿Me estás animando a considerar su oferta?

—Tal vez un poco.

—¿A él? ¿Me querrías ver atada a un duque como él?

—No me desagrada la idea. Soy sincera. —Margot hizo una pausa y luego añadió—: No me sorprende en absoluto que haya pensado en ti. Vales tu peso en oro, Alice. Algunos hombres tardan mucho en reconocer el oro cuando no brilla para complacerlos, pero Statony no es ciego, de eso estoy segura.

Alice no supo qué responder. Margot, que siempre había sido bastante razonable, no se lo parecía en absoluto en esos momentos.

—Ahora hablemos de algo menos grave —propuso la condesa—. ¿No te parece que la nueva vizcondesa Brum se cree por encima del resto? Es una arpía a la que tendré que poner en su lugar. Será divertido…

Alice soltó una carcajada, y desde la llegada del señor Jackson a la casa Fairfax, el asunto del duque de Statony dejó de

parecerle una humillación y empezó a asemejarse a otra cosa, pero ¿a qué?

¿Una amenaza, quizá?

¿Un desafío?

Una cosa era segura. Tal y como su querida amiga la condesa viuda de Ashbury había pintado a Statony, sospechaba que ambas cosas serían correctas.

¿Quería ella que él se rindiese? ¡Por amor de Dios, ni tan siquiera sabía quién o cómo era ese extraño duque físicamente!

Por lo visto, la soledad no era buena compañera de vida… ¿Por qué otro motivo iba a estar Alice un poco entusiasmada con el devenir de los próximos acontecimientos?

Capítulo 6
Una contrariedad increíble

Durante los días posteriores al paseo por Hyde Park, Alice tuvo tiempo de llegar a una conclusión. El cuerpo podía rendirse con una facilidad asombrosa justo cuando el orgullo más necesitaba permanecer en pie.

El aire húmedo de Hyde Park, la vuelta de más que Margot le había ordenado dar al cochero y la obstinación de Alice por decir que no tenía frío acabaron cobrándose su tributo. Al día siguiente se despertó con la garganta dolorida, la cabeza embotada y una debilidad irritante que la obligó a permanecer en la cama mientras el mundo seguía funcionando sin ella.

Su madre entró tres veces para colocarle mejor el chal, dos para preguntarle si deseaba caldo, y una última para asegurarse de que nadie se moría por pasar un día entre almohadas.

Alice, que no estaba de humor para esa clase de verdades maternales, respondió que algunas personas sobrevivían a los catarros solo para sufrir humillaciones más creativas.

Y entonces llegó el primer ramo.

Rosas.

No un ramito discreto. Aquello era una composición espléndida de rosas pálidas, verdes oscuros y lazos de seda, tan costosa que la criada la sostuvo con ambas manos y una expresión de asombro que no pudo disimular. Venían acompañadas de una tarjeta:

Su Gracia, el duque de Statony, le manda sus mejores deseos, lady Alice Fairfax.

Leyó la tarjeta dos veces en la cama.

—No se anda por las ramas —murmuró.

Su madre, que siempre había tenido un carácter más blando, se asomó por encima de las flores.

—¿Un duque, Alice?

—Uno empeñado en que lo admire, según parece.

—Son preciosas.

—Sí que lo son. Le reconozco el gesto.

—¿Vas a contarme lo relativo al caballero?

—En realidad me siento un poco cansada.

—Oh, sí. Hablaremos de esto más tarde, mi niña.

Alice pidió que las dejaran en la salita y no en su dormitorio. No estaba dispuesta a despertar rodeada de pruebas florales que le recordasen la obstinación de un hombre que no sabía aceptar una negativa. Bastante tenía con oír su título cada vez que cerraba los ojos.

A la mañana siguiente llegó una caja de dulces.

Frutas confitadas, violetas escarchadas, pequeños bombones de chocolate y unos pastelillos tan delicados que parecían concebidos para convencer a una mujer terca de que estaba equivocada. La tarjeta, por desgracia, no fue demasiado acertada:

Su Gracia, el duque de Statony, confía en que estos dulces resulten de su agrado.

Alice contempló la caja desde la cama con una mezcla de enfado y curiosidad. ¿Qué había esperado de él? ¿Un bello poema para acompañar los dulces?

—Esto es ridículo. Casi diría que me está cortejando —dijo.

Su madre parpadeó cuando la escuchó.

—Eso parece. ¿Me lo cuentas, hija mía?

—No tiene mayor complicación. El duque de Statony, a quien no conozco, envió hace un par de días a su secretario para pedirme matrimonio y le dije que no.

—¿Te has negado a casarte con un duque?

—No es tan horrible. —Alice no entendía el motivo por el que su madre parecía igual de horrorizada que Margot.

—Supongo que no. El muchacho se está esforzando en cortejarte. No se ha ofendido. Hay esperanza.

—No, mamá. No creo que a estas alturas de mi vida pueda considerar la opción de casarme. ¿Por qué lo llamas muchacho? Él podría ser tan viejo como Matusalén.

—Seguro que es joven, apuesto y vigoroso. Quizá ha comprendido que debió actuar de otra manera cuando te pidió matrimonio y ahora está enmendándose. Todos merecemos una segunda oportunidad. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

Alice se incorporó. Tenía la manta sobre las rodillas y el cabello recogido con poco cuidado. Sabía que su madre se estaba refiriendo «al desastre».

—Comprenderlo habría sido aceptar mi rechazo y retirarse con dignidad. Enviar rosas y dulces después de recibir una negativa no es arrepentimiento. Es insistencia. Yo no le he pedido que me persiga.

—¡Oh, qué emocionante, hija! Un duque te persigue —saltó su madre completamente embelesada.

Alice dejó ahí la conversación. Y no probó los dulces hasta media tarde.

Lo hizo porque hubiese sido un desperdicio no disfrutarlos, según se dijo, dado que negarse a comer algo exquisito por culpa de un duque arrogante habría sido concederle más poder del que merecía. La violeta escarchada se deshizo en su boca para

conseguir que gimiese. Maldito fuese porque ella no se lo quitaba de la cabeza ni mientras disfrutaba del placer de los dulces. Sentía curiosidad por él. Decidió que Su Gracia era un rival excepcional.

Al día siguiente, cuando la fiebre empezó a ceder y el frío se quedó en un malestar más llevadero, llegó una cesta con naranjas, almendras garrapiñadas, un frasco de miel y un pequeño ramo de flores menos ostentoso que el primero. La tarjeta era más larga.

Su Gracia lamenta saber que lady Alice Fairfax se encuentra indispuesta y espera tener ocasión de presentarle sus respetos cuando su salud lo permita.

Alice dejó la tarjeta sobre la colcha y la miró durante un buen rato. Así que el gran duque había ido a su casa a visitarla… Interesante. ¿Por qué su madre no le había contado la noticia de inmediato?

Porque lady Fairfax estaría tramando algo. Seguro.

Entonces se dio cuenta de que lo que acababa de leer era una declaración de intenciones. ¡Él tenía intención de ser recibido por ella!

—Oh, cielos —susurró horrorizada.

No le tenía miedo. Lo que le causaba pavor era que los hombres de su posición rara vez distinguían entre perseverancia y derecho adquirido. Londres les enseñaba desde la cuna que las aguas se abrían cuando ellos decidían convertirse en Moisés.

Alice conocía esa clase de presión. La había visto antes, en los salones donde un par de miradas cruzadas podía desatar un

rumor incendiario.

Se recostó con cuidado y cerró los ojos.

No quería ser la candidata perfecta de nadie. Ni tampoco convertirse en duquesa. ¡No podía convertirse en duquesa! Su madre se había olvidado, muy convenientemente de un par de asuntos que hacían que a Alice le resultase imposible aceptar cualquier propuesta matrimonial. Además, no quería entrar en una casa ducal para descubrir, cada mañana, que cada una de sus acciones debía ser aprobadas por su esposo.

Y, sin embargo, había algo en toda aquella situación que le causaba cierto placer secreto que jamás le confesaría ni a Margot.

Statony había sido insultante, sí. Arrogante hasta un grado casi artístico, pero también había cambiado de táctica. Eso significaba que había entendido al menos una parte de su enfado y que, en vez de desaparecer, había decidido acercarse por otro camino.

Debió haberlo rechazado sin más. Un solitario: «no, gracias», hubiese sido más efectivo que aquella carta tan explicativa que le mandó con su secretario.

Ay, pero las flores eran preciosas y los dulces los había devorado con auténtico deleite… Lo prefería más patán y menos adecuado para ser un pretendiente ejemplar.

Se enfadó consigo misma. Unas flores bonitas y un par de tentaciones no debían ser causa suficiente para que ella se interesase por él.

¡Ella no cedería!

—Pero él no va a rendirse —murmuró, para después emitir un sonoro suspiro.

La idea debería haberla enfurecido sin matices. Lo hizo, desde luego, no obstante, bajo el enfado se movía otra cosa más coqueta y femenina. Statony iba a aparecer en su puerta en cuanto ella estuviera lo bastante recuperada para recibir visitas. Llegaría con su título, su seguridad, tal vez con otra caja de dulces que habría seleccionado un secretario aterrorizado, y esperaría que ella reconociera por fin la sensatez de aceptar.

Alice se hundió un poco más entre las almohadas.

—No lo entiendes, Statony, no puedo aceptarte. Soporto una pesada carga que hace que esto no pueda salir bien —se dijo para sí—. Si fueses inteligente de verdad, huirías de mí.

Luego miró la caja de bombones abierta sobre la mesilla. Se comió otro.

Al fin y al cabo, la firmeza de carácter no exigía desperdiciar un chocolate tan delicioso.

—Alice —dijo su madre desde la puerta. Acababa de aparecer—, voy a hacerte una pregunta y te agradecería que no me respondieras con una de esas frases tuyas que a veces no entiendo.

Ella asintió.

Eleanor Fairfax, condesa viuda de Fairfax, llevaba una bata de lana azul y el cabello recogido con menos esmero del que se habría permitido en público. La viudedad no le había robado la dulzura del rostro, pero sí cierta ligereza jovial. Desde la muerte del

conde, había aprendido a sufrir en silencio y a sonreír para no añadir peso sobre los hombros de su hija.

—¿Qué deseas saber, madre? —le preguntó Alice.

—Dime quién es en verdad el hombre que te corteja.

Alice miró la caja de dulces abierta, las flores que habían llegado el día anterior y la tarjeta que sostenía entre los dedos. Durante un instante pensó en negar lo evidente, pero no tenía sentido. Su madre era bondadosa, no ciega.

—El duque de Statony. Ya te lo dije. No lo conozco.

Eleanor abrió los ojos con sorpresa sincera.

—Tienes que conocerlo. Un duque no persigue a una mujer que hace tiempo que se retiró del mercado matrimonial, incluso después de que ella le haya ofrecido una negativa a su propuesta. Él es muy insistente, ¿no te parece?

Alice no se ofendió por esa gran verdad.

—Te lo aseguro. No sé el motivo por el que ha pensado que yo sería una buena opción.

Su madre entró y se sentó junto a la cama.

—Un duque no es desdeñable, querida.

—Tampoco lo es una tormenta, y aun así conviene no salir a pasear bajo ella.

—Ya estamos… Tú y tus frases…

—Me preocupa su insistencia. ¿Lo has conocido?

—Sí. Llegó a casa, impecablemente vestido, tan recto y caballeroso que… —Su madre suspiró—. ¿Quieres saber si es apuesto?

—En realidad no es importante porque no pienso casarme con él.

—Es formidable. Guapo hasta decir basta —le dijo su madre obviando las palabras de Alice—. Tu padre era un diablo apuesto, las dos sabemos que tuvo bastante éxito entre las damas.

—Madre, por favor…

—No. Ya se lo he perdonado. Supongo que un hombre no puede resistirse a sus instintos y que hay mujeres a las que poco les importa que ellos estén casados.

—Si algo hay que agradecer a padre, es que nos envió ayuda de una manera muy poco esperada. ¿Qué habría sido de nosotras si Fairfax no hubiese sido un…? —se silenció a tiempo para no calificarlo.

Eleanor guardó silencio unos segundos. Luego le sostuvo la mano a su hija con una suavidad que Alice siempre agradecía. Su madre sabía demasiado bien lo que ella había tenido que hacer para sobrevivir, pero jamás mencionaba nada al respecto.

—Su Gracia me pareció un hombre algo frío. Es cierto. Aunque estoy segura de que su moral es intachable. Es muy correcto. Me agradó.

—Te agrada porque es un duque que pretende casarse con una hija que estaba destinada a convertirse en una solitaria solterona, madre.

La condesa le sonrió con simpatía.

—No estoy diciéndote que lo aceptes. Después de lo que viviste a los dieciocho años, jamás te pediría que entregases tu futuro a un hombre solo porque una mujer no pueda negarse a aceptar a un duque. Pero tampoco quiero que rechaces una oportunidad por miedo a que te hagan daño. No todos los hombres son como tu prometido o tu padre, Alice. Podrías ser feliz con él. ¿Has pensado en ello?

Alice agradeció la sinceridad de su madre.

—No tengo miedo. Solo trato de ser cuidadosa.

—No he dicho que lo tengas. He dicho que quizá estás cansada de defenderte.

Aquello sí que dio en la diana.

Eleanor le apretó un poco más la mano.

—Dale una oportunidad. Solo una. Conócelo, si después ves que no merece que te arriesgues, explícale que no puedes aceptarlo.

Alice la miró con desconfianza.

—¿Me prometes que no te enfadarás conmigo si al final no tomo en consideración su oferta?

—Te lo prometo. Aunque debo advertirte que, si vuelve a enviar esos bombones, mi juicio podría volverse más liviano. Statony sabe hacer bien las cosas.

A su pesar, Alice sonrió.

—Traición materna por chocolate, ¡estupendo!

—Hay actrices que han caído por menos —le recordó con tristeza.

Ella asintió un par de veces.

—Una oportunidad —murmuró—. Bien se la merece por sus regalos.

—Eso pensaba yo —advirtió la condesa.

Capítulo 7
Un duque como pretendiente

Statony llegó a casa de Alice a primera hora de la tarde, convencido de que las flores, dulces y atenciones escogidas habrían bastado para reparar cualquier aversión por parte de la dama.

No había exagerado con las rosas. Le envió las justas. Tampoco se había excedido con los dulces, aunque Jackson había insistido en que la fruta confitada sería un gran acierto. Había cumplido con su papel a las mil maravillas.

La había cortejado desde la distancia y actuado con una paciencia que, en su opinión, rozaba la heroicidad.

Por lo tanto, lady Alice Fairfax ya debía de estar satisfecha.

Cuando el mayordomo lo hizo pasar a la salita de recibir visitas, Oliver reparó de nuevo en que la estancia era modesta, limpia y luminosa, con muebles cuidados y sencillos. Ya había mantenido una entrevista allí con la madre de la dama, pero no se había fijado tanto como lo estaba haciendo en esta ocasión. Había

libros sobre una mesa auxiliar, un bastidor de bordado abandonado en una silla y el jarrón con las rosas que él le había enviado seguían allí. Aquello le produjo una extraña satisfacción, aunque las flores estaban colocadas bastante lejos del asiento que ocupaba la dama.

Lady Alice se levantó al verlo entrar.

Él la reconoció al instante. Aunque los años habían pasado, ella se veía tal y como la recordaba. El cabello cobrizo lo llevaba recogido con sencillez, su rostro conservaba esa naturalidad que no complacería a los poetas, y los ojos… los ojos no eran suaves. Eran atentos, inteligentes y se apreciaban peligrosamente cautelosos. Una mujer menos bella de lo esperado habría podido decepcionarlo; Alice Fairfax, en cambio, tenía el tipo de presencia que no precisaba de una belleza evidente para incomodar a un hombre.

Oliver le hizo una reverencia muy solícita.

—Milady, me alegra ver que se ha recuperado ya.

—Su Gracia —respondió ella, con una cortesía perfecta y ninguna alegría visible—, le agradezco el interés. Parece que estoy totalmente recuperada. Sea bienvenido al hogar de las Fairfax.

—¿Se unirá lady Fairfax a nosotros? —preguntó al ver que no había allí dentro nadie más.

—Mi madre ha salido a encontrarse con una buena amiga. Me temo que estaremos solos. No se incomode, se lo ruego. No soy una jovencita cuya gracia y virtud deban protegerse con celo. Además, soy bastante eficiente en defenderme yo sola.

—Ya veo… —murmuró él.

La dama no supo si la estaba juzgando por no tener una carabina.

—Si no le parece correcto que estemos ambos en una habitación sin la debida vigilancia… —comenzó a decir.

—No se trata de eso. Soy un caballero, milady —se reafirmó.

—Por supuesto que lo es, Su Gracia. ¿Qué puedo hacer por usted? —le dijo con suavidad.

—Prefería hablar con usted en persona. Su carta dejaba claro que consideraba ese punto de cierta importancia.

—Mi carta dejaba claros muchos puntos. Al menos, con esa finalidad la escribí.

—He decidido atender el más razonable.

Alice lo miró durante un segundo con tal fijación que Oliver comprendió, no sin fastidio, que aquella mujer no iba a facilitarle la entrevista.

—Entonces ha creído conveniente dejar al señor Jackson atendiendo asuntos… menos personales —dijo ella.

—Sí.

—Y aquí está. En persona.

—En persona. Eso es.

Él no había previsto que ella no le ofreciese sentarse. La dama seguía de pie. ¿Por qué?

—Después de haberme enviado una lista de obligaciones por medio de su secretario, ha decidido que yo merecía ser examinada.

—¿Siempre es usted tan franca?

—Siempre que la ocasión lo requiere, Su Gracia.

—Ya… Debo corregirla. Lo que le presentó el señor Jackson fue una relación de expectativas —la corrigió él.

—Naturalmente. Las ofensas siempre mejoran cuando se les cambia el título. —Y no titubeó cuando lo dijo.

Oliver apretó la mandíbula. Se había prometido, al menos de forma tácita, comportarse con toda la paciencia del mundo. La cosa se veía como una tarea hercúlea.

—No he venido a discutir con usted.

—Una lástima. Yo tenía varias observaciones preparadas para cuando la batalla comenzase. —A continuación, le sonrió, pero el duque sabía que no era una muestra sincera.

—Su hostilidad es evidente, ¿lo sabía?

—Y aquí sigue usted —le advirtió ella.

Él tuvo la tentación de darse media vuelta y marcharse. Iba a hacerlo hasta que recordó que el maldito anuncio ya había sido

publicado. ¿Estaría enfadada con él por ese hecho? Sí. Era plausible. Decidió ser paciente con ella.

—He venido a formalizar mi petición de matrimonio de un modo que no pueda parecerle insuficiente.

—¿Por qué?

—¿Disculpe?

—¿Por qué quiere casarse con una mujer de la que empieza a comprender que no sería una buena elección?

El duque no pensaba mencionar la dichosa nota social.

—¿Me está preguntando por qué quiero casarme con usted a pesar de que está resultando ser una dama muy hostil?

—Eso es, Su Gracia.

—Bueno… Supongo que cuando tomo una decisión no abandono.

—¿Está dispuesto a pasar su vida con una mujer que podría irritarlo de la mañana a la noche solo por tenacidad?

—No creo que sea usted tan malvada como quiere hacerme creer.

—¿Y si lo fuese?

—Supongo que para averiguarlo deberé correr el riesgo de haberla juzgado adecuada y haber decidido bien.

En ese instante, Oliver se llevó la mano al bolsillo interior de la levita y extrajo un pequeño estuche de terciopelo oscuro.

La dama palideció.

—Por amor de Dios —dijo, mucho menos serena—. No me diga que eso es un anillo.

—Por supuesto que es un anillo. No osaría ofenderla más de lo que ya lo hice cuando mandé a Jackson a proponerle matrimonio en mi nombre.

—¡No lo abra!

Oliver ya lo había abierto. Era una pieza soberbia. Varios diamantes coronando un rubí sobre un aro grueso de oro.

Alice dio un paso atrás.

—¿Piensa huir de mí, milady?

—¡Su Gracia, levántese! —gritó ella al ver que él se disponía a llevar a cabo un gesto muy característico que ameritaba con la ocasión. ¡Iba a ponerse de rodillas ante ella!

—Aún no me he arrodillado.

—Pues no lo haga —le pidió.

Él la observó, desconcertado por primera vez desde que había entrado.

—¿No quería usted una petición formal en persona?

—Oh, Dios, no. No quería nada. Ni mucho menos una representación funeraria en la que se me pidiese que enterrase en una caja de pino mi libertad.

—No sea tan dramática.

—Está usted a punto de arrodillarse con un anillo en la mano después de que yo haya rechazado su proposición por escrito y me haya mostrado muy desagradable. Creo que tengo derecho a una pequeña dosis de dramatismo.

Oliver cerró el estuche con un chasquido suave, aunque no lo guardó.

—Lady Alice, me he conducido de forma correcta. He enviado flores. Le he regalado dulces. Me he presentado en persona, tal y como usted insinuó que debía hacer, y le ofrezco una posición excepcional. No tiene sentido que mantenga su negativa. Por amor del cielo, nadie le ofrecerá un anillo similar a este. Estaba dispuesto a arrodillarme hasta que me ha pedido que no lo hiciese.

—Ahí está el problema.

—¿Cuál?

—No entiende que no puedo casarme con usted.

A Oliver no le gustó aquella respuesta. Principalmente porque no podía desecharla con facilidad. ¿A qué se debía su reticencia? No la entendía.

—Sé reconocer una decisión irracional cuando la veo.

—Y yo sé reconocer un matrimonio desdichado antes de haber llegado al altar.

—No seríamos desdichados —negó de inmediato.

Lo dijo con una vehemencia que lo sorprendió incluso a él.

Alice también lo notó. Sus ojos cambiaron; no se ablandaron, pero se volvieron más atentos.

—No puede saber eso —murmuró.

Oliver sí lo sabía.

No habría podido explicar por qué con argumentos que resistieran un interrogatorio exhaustivo. No podía hablar de una biblioteca oscura ni de una noche enterrada en la memoria. Tampoco se atrevía a confesarle que cuando Arden le sugirió su nombre en el despacho algo en su interior había reconocido el camino.

De modo que hizo lo que siempre hacía cuando una verdad no podía salir a flote. La convirtió en una certeza irrefutable.

—Lo sé. Estaríamos muy bien juntos —repitió.

Alice respiró profundamente.

—Yo estoy segura de lo contrario. No nos llevaríamos bien, Su Gracia. Usted necesita una duquesa obediente, más dócil y tranquila que yo; que sepa de obediencia, orden, discreción y que acepte con naturalidad sus directrices.

—Lo hace sonar como si yo quisiera una esposa muda y sorda que se replegase a mis deseos constantemente.

—¿Y no es así?

—Si así fuese me habría ido en cuanto no me ofreció ni sentarme, milady.

—¿Desea tomar asiento, Su Gracia? —se apresuró a preguntarle.

—No. Sé bien que esperaba haberme despachado en un minuto. Ahora nos quedaremos de pie y seguiremos discutiendo con la misma sinceridad y seriedad con la que lo hemos estado haciendo hasta el momento.

—¿Podría pedir un té y…?

—Demasiado tarde. Siga con sus afirmaciones sobre nuestras desavenencias —le recomendó—. La escucharé.

—Está bien. Llevo demasiados años tomando mis propias decisiones. Usted se irritaría conmigo antes de terminar la primera semana.

—Ya me irrita.

—Lo sé, y no puedo decir que lo lamente. Soy como soy y no hay más.

—No solo me irrita, también me interesa muchísimo —afirmó de inmediato.

Ella se quedó callada.

Oliver advirtió que aquello la había desconcertado, y una parte de él disfrutó de haber conseguido romper, durante un instante, las defensas femeninas.

—No puedo casarme con usted —repitió una vez más Alice.

Oliver guardó silencio.

Aquella mujer era más testaruda que él.

La idea debería haberlo enfurecido. No obstante, el desafío se estaba alejando de lo que sería denominado como un contratiempo y se estaba convirtiendo en una caza. Había ido allí para cerrar un acuerdo; en esos instantes comprendía que lady Alice Fairfax necesitaba una prueba mejor que un anillo.

Tenía que conquistarla.

Seducirla.

La palabra le resultaba adecuada.

—Hagamos una prueba —propuso el duque.

—No me gusta cómo suena eso.

—Por lo que he comprobado, no parece gustarle nada de lo que hago o digo.

—Veo que lo comprende.

Oliver dejó el estuche sobre una mesita. Después dio un paso hacia ella, lo bastante despacio para que no lo confundiera con una amenaza.

—Confíe en mí durante un momento.

—¿Por qué razón?

—Porque conmigo está a salvo.

—Los caballeros que anuncian eso, rara vez tranquilizan a una dama.

—Usted no me deja más opción, milady. Como nada está funcionando, me obliga a ser… creativo. Sí. Eso es. Pretendo ser creativo para demostrarle lo equivocada que está. Estoy convencido de que los dos estaríamos bien juntos. Así que le ruego que no me abofetee por lo que voy a hacer. Es lo único que se me ocurre para que entre en razón.

Alice frunció el ceño.

—Su Gracia… ¿qué está tratando de…?

—Si después mantiene su negativa, la escucharé —la cortó.

Aquello no era del todo cierto. La escucharía, sí, pero no se resignaría. No podía hacerlo. El anuncio del compromiso ya había llegado a la imprenta, se recordó. Quizá a esas horas su nombre y el de lady Alice Fairfax aguardaban su turno entre las noticias parlamentarias, bailes y columnas de sociedad. Si ella descubría el anuncio antes de aceptar, se enfadaría. Mucho. Y Oliver no tenía tiempo para gestionar otro enfado más.

Tenía que resolverlo y pronto.

Alice debería haber retrocedido cuando lo vio avanzar hacia ella, pero no lo hizo.

No era tan ingenua como para no saber lo que él se proponía. ¡Iba a besarla!

—No debería permitirle esto —susurró.

—Probablemente no, pero lo hará.

—Usted también me irrita.

—Y aun así, sigue aquí, delante de mí, esperando mi movimiento… me pregunto por qué —contraatacó.

Ella se sonrojó, y Oliver sintió una punzada de triunfo mucho antes de haber ganado nada.

—Esto es inapropiado —alegó con un hilo de voz.

Oliver levantó una mano y le rozó delicadamente con un solo dedo la línea de la mejilla. No fue una caricia impaciente. Lo hizo con lentitud, desde el pómulo hasta el borde suave de la mandíbula, mientras permanecía muy atento al modo en que ella contenía el aliento. Alice se quedó muy quieta, pero sus pestañas temblaron, y aquel mínimo gesto le resultó a Oliver más revelador que cualquier declaración.

—Uhm… A mí me parece lo más natural del mundo.

—Madre mi… me ase…guró que rec…ta moral era u…n duque —dijo sabiendo que había hablado de modo ininteligible. ¿Por qué un movimiento audaz de un hombre al que se había propuesto evitar a toda costa le había derretido la mente por completo?

—La encuentro deliciosa incluso cuando ha perdido la razón por mi causa. Es ahora cuando mi orgullo masculino está verdaderamente por las nubes —advirtió él.

—Lim…pio…

—¿Uhm? —preguntó sin dejar de acariciarla.

—No limpio… jugando… está… —¡Dios! Quería morirse por la vergüenza. ¿Qué le pasaba que no podía hablar con inteligencia? ¡Él la estaba tocando!, eso era lo que le estaba sucediendo. Su madre había tenido razón. Era apuesto de una manera que cualquier mujer, en su misma situación, se comportaría como una auténtica tonta.

—Estoy adaptando mi estrategia.

Su dedo descendió hasta la curva del mentón y luego, con una delicadeza maravillosa, siguió la línea vulnerable del cuello sin llegar a apretar, sin tomar más de lo que ella aún no le había concedido. Alice tragó saliva con gran dificultad. Oliver veía el lugar donde su pulso latía. La dama estaba fuera de sí y solo la estaba acariciando muy sutilmente. Tendría que darle las gracias a Arden por la sugerencia de la boda. Sonrió cuando observó que las manos femeninas se cerraban con fuerza sobre la falda del vestido.

Aquello le bastó para acercarse un poco más.

—Dios… Oh… yo… no… yo…

—Lo sé, Alice. Me permite llamarla por su nombre, ¿cierto? Creo que el momento así lo exige.

—Yo… no… —No sabía ni dónde estaba. Se sentía como una gallina ante un zorro. ¡Qué zorro! Él se veía como un fiero león.

—¿Quiere que me detenga, Alice? —murmuró muy cerca de ella.

—No… —negó de inmediato. Y se alegró de que esa sencilla palabra la hubiese podido pronunciar.

—Bien, porque yo tampoco quiero detenerme.

Oliver deslizó la mirada hacia el borde sobrio del escote. Luego bajó el dedo y le acarició la piel desnuda. Era una parte de sus pechos. Lo disfrutó.

Alice se estremeció y tuvo que colocar las manos alrededor del cuello de Oliver para no caerse.

El gesto hizo que su evidente erección palpitase con fuerza sobre sus pantalones. Aquello le dolió. Aunque de un modo fabulosamente placentero.

Así que ella no era tan inmune a sus encantos como creía… Sí. El asunto del heredero no tendría mayor complicación.

—Gracia… Su…

—Oliver. Nada de Su Gracia.

—Oli… ver —dijo con la voz entrecortada—, favor por… parar…

—Todavía no. Estás a salvo conmigo. Me detendré cuando sea necesario, te lo juro. —No se dio cuenta de que había dejado a un lado la formalidad.

Entonces inclinó la cabeza y la besó.

No fue un beso arrebatador. Oliver no había construido su vida sobre impulsos mal administrados y no iba a desperdiciar aquella oportunidad con otra torpeza. Posó la boca sobre la de Alice despacio, con una presión suave, dejando que ella sintiera primero la pregunta antes que la exigencia. Sus labios estaban fríos al inicio, tensos; luego se ablandaron con una vacilación que le encendió la sangre.

Alice no sabía besar bien todavía.

El descubrimiento debería haberlo frenado. En vez de eso, lo volvió más cuidadoso y voraz al mismo tiempo.

Se apartó un poco, lo justo para hablar contra su boca.

—Abre los labios, quiero conocer tu sabor, Alice.

Ella los cerró con fuerza. Él pensó que tal vez había perdido por completo su capacidad de raciocinio, así que le pasó la lengua sobre esos dulces pétalos de rosa. Surtió efecto, porque ella los entreabrió y él pudo entrar en su interior para saborearla.

Su mano subió hasta la nuca de Alice y se hundió con cuidado entre su cabello recogido, teniendo cuidado de no deshacerle el peinado del todo. Lo hizo solo lo suficiente para

inclinarle el rostro y enseñarle el ritmo y la posición adecuados. Rozó su lengua con la suya una y otra vez. Lento al principio, dándole tiempo para comprender que un beso no tenía por qué ser una invasión y sí una elección. Ella soltó un gemido ahogado, y Oliver sintió que el cuerpo se le tensaba hasta el dolor.

La atrajo un poco más, contra él sin brusquedad. Alice tenía los dedos enredados entre su cabello y lo estaba despeinando debido a la emoción que sentía. A él no le importaba. Ella era audaz y aprendía rápido. Los labios femeninos, que se habían movido con torpeza primero, lo hacían en esos instantes con una inocencia más certera.

Estaba más duro que una piedra.

Oliver no había sido nunca un hombre que coleccionase amantes. Había demasiadas enfermedades como para tentar a la suerte. Además, su educación, corrección y creencias le habían impedido ser un canalla. Había besado antes, por supuesto. También conocía el deseo, pero nada se asemejaba a lo que Alice Fairfax le estaba haciendo sentir. Ninguna de esas experiencias anteriores lo había preparado para la satisfacción de percibir cómo su dama se estremecía bajo sus caricias y sus labios.

Los dos tenían hambre. Él conocía bien lo que era la lujuria. Ella, en cambio, no sabría lo que estaba sintiendo en verdad.

—Oliver… —murmuró cuando él trató de separarse. Por descontado que ella lo mantenía bien sujeto y le impidió la retirada.

—No podemos seguir, Alice.

—Sí… yo quiero que me beses…

—¿Ya eres capaz de hablar con normalidad? —preguntó sobre su boca con dificultad porque ella no le daba tregua, lo besaba sin descanso.

—Bésame. No hables —le ordenó.

Él sonrió sobre sus labios.

Le dio un par de besos más y se obligó a ser un caballero de nuevo.

Cuando se separó, lo hizo porque aún conservaba la lucidez suficiente para recordarse dónde estaban, quién era ella y cuántas consecuencias cabían en una sola tarde ardiente. No la tendría de esa forma.

Le colocó las manos sobre la cintura por si a ella le fallaban las piernas, y supo que había hecho bien al tener aquella precaución cuando Alice dio un pequeño traspiés.

—¿Estás bien?

Ella permanecía inmóvil. Tenía los labios entreabiertos, hinchados, el aliento le faltaba y las mejillas estaban encendidas. Si él no la hubiese visto tan orgullosa antes, habría podido creerla frágil. Pero no lo era. Temblaba, sí; él la había dejado tiritando. No había vergüenza en reconocerlo. Tampoco la hubo en la oleada de triunfo que le recorrió el pecho.

Oliver le sonrió de un modo demasiado satisfecho.

Fue un error. Ella le dio un empujón.

—¿Un poco tarde para eso, no te parece?

—Oh, por amor de Dios. ¿Qué me ha hecho Su Gracia?

—Regresamos a la formalidad. Está bien. La he besado, milady, para demostrarle lo bien que estaríamos juntos.

Lo veía tan complacido consigo mismo que quería abofetearlo. No lo haría.

La dama carraspeó y se alisó la falda.

—Admito que ha sido… Ha sido interesante —dijo, tratando de parecer desapasionada. Estaba ardiendo de los pies a la cabeza, pero él no tenía por qué saberlo… No lo sabría, ¿o sí? No, seguro que no.

Oliver abrió los ojos con gran asombro.

—Interesante —repitió como si no creyese lo que acababa de oír.

—En efecto. Tanto que podrán decir que el duque de Statony sabe cómo arruinar una petición de matrimonio, pero jamás dirán que no sabe cómo besar a una mujer.

—Lady Alice… —comenzó a decir él.

Ella se apartó un paso, lo justo para intentar serenarse por completo. Estaban a una distancia que, hasta hacía un instante, él había considerado innecesaria.

—No puedo ser su duquesa, Su Gracia. Lo siento. No pierda más el tiempo conmigo.

Y él no pudo rebatir su argumento porque, tras soltarle esa inesperada declaración, su presa salió corriendo de la salita.

¿Cómo diantres se le había acabado escapando?

Capítulo 8
Una necesidad vital

Aquella noche, cuando la casa Fairfax se quedó en silencio y su madre se retiró, Alice se preparó para salir a hurtadillas.

Había estado demasiados días sin atender sus asuntos debido al enfriamiento y era momento de regresar a sus obligaciones. No solo los duques tenían cosas importantes que hacer, pensó, mientras trataba de no recordar ese excelente beso que habían compartido. Eligió un vestido oscuro, sencillo, sin adorno para no llamar la atención, tal y como solía hacer. Se recogió el cabello con más firmeza que gracia, ocultó los rizos cobrizos bajo una cofia horrorosa y aguardó junto a la ventana del pasillo hasta ver detenerse un carruaje sin escudo frente a la casa. Había avisado de que esa noche ya estaría bien para reincorporarse y allí estaba la prueba visible de que su nota había sido recibida.

Era el mismo carruaje que llegaba con frecuencia para recogerla. Alice tuvo que hacerse cargo de la situación cuando su padre falleció porque no estaba dispuesta a mendigar o pasar hambre. No se arrepentía de haber tomado aquella decisión. Su madre y ella se habían salvado gracias a lo que había decidido.

Y Alice, que de día conservaba una reputación tan pulcra que las matronas la usaban para corregir a sus hijas, cruzaba Londres al anochecer para ganarse la vida en un lugar donde ninguna de esas matronas pondría un pie salvo que el diablo se les presentase y las obligase.

Todo había empezado tras la muerte de su padre.

Alice recordaba con demasiada nitidez aquella mañana en el despacho del abogado familiar, el olor a tinta, la voz firme del señor Hargreaves y la manera en que su madre había palidecido al comprender que el conde de Fairfax les había dejado un título respetable, una casa demasiado cara de mantener y casi nada con que sostener ambas cosas. La palabra indigencia no se pronunció al principio. Los hombres bien educados solían rodear las desgracias con frases largas antes de admitir que una mujer podía quedarse sin dinero.

Después, les dieron aquella carta.

El último acto de valentía de su padre, o de cobardía, según el humor con que Alice lo recordase. En ella, el conde confesaba su mayor pecado y pedía perdón por haber amado a otra mujer durante años. Una actriz llamada Cassandra Hope. No se trataba de una aventura pasajera o uno de esos deslices que los caballeros no reconocían para seguir cenando sin vergüenza. Fue un amor mantenido entre las sombras, con nombre, rostro y un hijo al que Fairfax nunca había reconocido.

Gabriel Hope.

Alice lo buscó porque necesitaba conocer esa parte secreta de su padre. Si tenía un medio hermano, deseaba conocerlo. También, aunque le costó admitirlo incluso ante sí misma, porque

estaban al borde de la ruina y ni siquiera la dignidad podía embellecerla y si el recién descubierto señor Hope las podía ayudar, bien valía la pena probar suerte.

Gabriel la recibió en The Black Swan, un club del East End. Su medio hermano era alto y de hombros fuertes; aunque lo más destacable era la mirada tan dura que siempre exhibía. Y arrogante, por descontado. Su arrogancia no venía de la cuna, sino de haber sobrevivido sin apenas ayuda. Había crecido en las calles, aprendido a no bajar la cabeza y peleado por cada moneda. Por eso se había convertido en el propietario de un establecimiento donde los hombres apostaban, bebían, negociaban y, en ocasiones, sangraban por no saber retirarse a tiempo.

Cuando Alice le habló de su padre, Gabriel no mostró emoción.

Lo peor no fue la falta de formalidad en su trato, ni tan siquiera la mirada de desprecio que le ofreció durante el encuentro. No. La humillación subiéndole por el cuello fue lo que más le dolió cuando Gabriel adivinó sus intenciones al presentarse ante él; un hombre al que no conocía y con quien estaba emparentada por sangre.

Le contó la verdad. Que su padre las había dejado casi sin recursos; que las cuentas no cerraban y que su madre no sabía la mitad y ella no pensaba permitir que terminaran dependiendo de la caridad de parientes o amigos porque no había nadie.

Recordaba aquella entrevista muy bien.

—Fairfax ha muerto —le anunció ella.

—No quiero nada de ese hombre —le dijo.

—No he venido a ofrecerle nada suyo, pero somos hermanos.

—Medio hermanos, y si no estás aquí para ofrecer, entonces has venido a pedir. Sé bien la clase de problemas en los que él estaba. Arruinado. Te has enterado de quién era yo y por eso estás aquí.

—Yo… —Ella no pudo continuar. No debía mentirle.

Gabriel la miró de arriba abajo, sin piedad.

—No eres ninguna belleza —afirmó—. No podrías ganarte la vida entreteniendo a los hombres que vienen aquí.

Aquello había sido cruel. También resultó liberador porque Alice no quería vender sus encantos, ni deseaba aprender a verse hermosa bajo la luz adecuada. No quería sobrevivir complaciendo a hombres que creían que una mujer hambrienta debía sentirse agradecida por cualquier migaja.

—Sé llevar cuentas —le aseguró.

Gabriel soltó una risa breve e incrédula.

Y ahí empezó todo, dado que Alice no se marchó por la ofensa. Lo retó a llamarla mentirosa en caso de ser necesario. Ella le pidió los libros y estuvo horas encerrada con ellos. Siempre había tenido una habilidad natural con los números, no tenían secretos para ella. Cuando estuvo preparada, le señaló los errores, las deudas mal anotadas y las pérdidas ocultas bajo ganancias aparentes. Incluso detectó una trampa sencilla que alguien de su club estaba usando para robarle pequeñas sumas desde hacía meses. Su padre jamás había querido escucharla cuando ella hablaba de números.

Gabriel, en cambio, sí lo hizo. Al fin y al cabo, era un hombre hecho a sí mismo que no juzgaba a nadie más que por sus talentos.

El contador de The Black Swan había muerto dos semanas antes en una pelea callejera y él vio una oportunidad de oro en la llegada de su medio hermana.

Gabriel la puso a prueba unos días. Al final de ese tiempo le ofreció un salario tan generoso que Alice aceptó de inmediato. Ganarse la vida, tal y como había hecho Gabriel, no le parecía tan malo. Su madre tendría una vejez cómoda y ella podría seguir administrando su casa, eso sí, con muchísima más economía que cuando había vivido su padre.

Desde entonces, varias noches por semana, ella cruzaba la ciudad para sentarse en un despacho pequeño situado en la parte trasera del club, con una lámpara, tinta, los libros de cuentas y el rumor constante de los hombres jugando al otro lado de la pared. Allí no era lady Alice Fairfax. Era la contable, la mujer de los números, la que no aceptaba balances mal cerrados ni excusas de los empleados que juraban haber perdido tres botellas por accidente. Algunos hombres del club la trataban con cautela, mientras que otros lo hacían con respeto, y los más inteligentes ni se acercaban a ella. Allí dentro creían que era la amante de Gabriel. Una de las muchachas más jóvenes que trabajaba allí la había acusado precisamente de eso. Si el jefe no había puesto fin a esos rumores, ella tampoco lo haría. Era inteligente y sabía que esa posición le confería una seguridad que era más que bien recibida. Nadie se metía con Gabriel Hope ni en sus asuntos.

Si la sociedad se enterase de cómo había sobrevivido, la repudiarían de inmediato. Su secreto estaba a salvo con Gabriel. No era un hermano tierno, aunque después de tanto tiempo habían desarrollado cierta complicidad extraña, pero nada parecido a un amor fraternal. Él no la juzgaba por trabajar allí. No la convertía en

mártir ni en pecadora. Le pagaba, la protegía y por la noche mandaba el carruaje que la recogía y luego la devolvía a casa antes de que el Londres decente se despertase.

Por eso, mientras el coche avanzaba entre calles más oscuras y menos limpias que las de Mayfair, Alice pensaba en que el duque de Statony jamás sería una opción para ella. Por muy bien que él hubiese presentado su alegato de que encajarían en lo más importante, ella no podía ponerlo en una situación tan insostenible. Ser la solterona hija de Fairfax no era lo mismo que convertirse en la duquesa de Statony.

Y, sin embargo, ahí estaba. El beso de aquella tarde aún le calentaba el corazón y otras partes privadas que…

Statony la había besado con una paciencia que no encajaba con su arrogancia, con una seguridad que la había dejado temblando y ansiosa… frustrada también, porque una parte de ella había querido más. Mucho más de él.

Ese beso no cambiaba nada.

No cambiaba lo que ella había tenido que hacer para no terminar en la ruina financiera, ni tampoco podía borrar su pasado como contadora de un club en el East End.

No le haría eso a Statony. Ni a ningún otro caballero, ya puestos. ¿Qué ocurriría si el duque descubriese que la dama a la que pretendía convertir en duquesa trabajaba en secreto para su hermano ilegítimo, en un club con mala reputación, rodeada de jugadores, humo y supuestos caballeros sin respeto por las mujeres?

Su Gracia jamás aceptaría aquello.

Y Alice no pensaba renunciar al hermano que la había ayudado a sobrevivir por un hombre, aunque ese hombre le hubiese prometido estabilidad y muchísimo placer.

El carruaje se detuvo detrás de The Black Swan.

Alice respiró hondo, se colocó bien los guantes y bajó. Al otro lado de la puerta la esperaba un trabajo, mucho ruido y una vida que no podía permitirse perder.

La dama impecable quedaba atrás cuando cruzaba las puertas que daban acceso al club.

El interior de The Black Swan olía a decadencia, licor caro, triunfo y desesperación. Alice siempre pensaba que aquella mezcla decía más verdades sobre los hombres que cualquier baile de Mayfair. En los salones, un caballero podía esconder su ruina detrás de una levita bien cortada y una sonrisa ofrecida a tiempo; allí, en cambio, las deudas acababan saliendo a la luz con solo una carta puesta boca arriba sobre la mesa.

El guardián del lugar la saludó con una inclinación respetuosa.

—Buenas noches, señorita Alice.

—Buenas noches, Briggs. ¿Alguna muerte que deba anotarse antes de empezar? —bromeó, dado que Gabriel siempre solía decir cada noche que mataría a unos cuantos para dar ejemplo al resto. Su hermano era bastante duro, pero no por ello era tan implacable como le hacía ver al resto.

—Solo la dignidad del señor Hobbs, que ha perdido contra un comerciante de velas y está jurando que el destino se

ensaña con los hombres sensibles.

—¿Sensible, ese hombre? Oh, no importa. Habría que explicarle que el destino suele ensañarse con los hombres que no deberían apostar.

Briggs sonrió y le abrió paso.

Alice cruzó la sala principal sin prisa. No caminaba como una dama de la alta sociedad, ni como una mujer asustada que hubiese entrado en terreno prohibido. Se manejaba por el lugar como alguien que conocía dónde estaba, a los demás trabajadores, las mesas y a los hombres que fingían no verla hasta que necesitaban crédito. Algunos levantaron la cabeza al verla pasar. Otros volvieron de inmediato a sus cartas, porque la experiencia les había enseñado que mirar demasiado a Alice era una excelente manera de atraer la atención de Gabriel Hope. No era que la encontrasen bonita, era porque les causaba curiosidad verla pasearse por el club como si fuese de ella. Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero sentía que estaba en casa. De alguna manera eso era así.

Su hermano estaba en una mesa apartada, con la chaqueta abierta y una copa que no parecía haber probado. Al verla, no sonrió. Gabriel raras veces sonreía. Pero sus ojos bajaron un instante hacia el borde de su capa, comprobaron que no estuviera mojada, luego hacia su rostro, para asegurarse de que el enfriamiento no hubiera empeorado, y solo entonces hizo un gesto con la barbilla.

En Gabriel, aquello equivalía a una escena de afecto familiar con música de violines como fondo.

—Llegas tarde —señaló.

—Madre pretendía que me quedase en casa otro día por si todavía acusaba síntomas de enfriamiento, pero aquí estoy, Gabriel.

—¿Pretendes que te dé las gracias por venir a hacer tu trabajo?

—No, por supuesto que no. Supongo que debería darte las gracias por haberme permitido descansar los días pasados.

—Eso está mejor, Alice.

Ambos se habían llamado por su nombre de pila desde casi el principio. No recordaba cómo empezó, solo que no cambiaron el modo de tratarse después de la primera entrevista.

—Suponía que te agradaría esa respuesta.

Gabriel dejó la copa sobre la mesa y se levantó.

—¿Estás enferma todavía?

—No te preocupes por mí.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que vas a obtener. ¿Ves? Yo también puedo ser tan dura como tú.

Él la observó con atención, como si pudiera arrancarle la verdad solo con mirarla. Alice sostuvo el examen sin pestañear. Llevaban años practicando aquella clase de combate y ninguno de

los dos había conseguido vencer de forma definitiva. O eso pensaba ella.

—Diré que te preparen un poco de té —dijo él.

—Esto es un club de juego, Gabriel, no una casa de reposo para señoritas delicadas.

—Té —repitió él, y llamó a un empleado con un movimiento de dedos—. Y miel.

—Si sigues así, alguien podría descubrir que tienes corazón.

—Si alguien lo descubre, le romperé la mandíbula para mostrarle lo equivocado que está.

Alice aceptó aquello como una muestra razonable de ternura fraterna y lo siguió hasta el despacho del fondo. La habitación no era grande, pero estaba cerrada a la sala por una puerta gruesa y tenía un escritorio sólido, estanterías donde reposaban los libros de cuentas, una caja fuerte empotrada y una ventana estrecha desde la que no se veía nada digno de mención. Para Alice, sin embargo, en aquel lugar había encontrado la libertad. Una liberación extraña, nocturna, construida sobre números y secretos, pero la había hecho libre, al fin y al cabo.

Se quitó los guantes, se sentó ante el escritorio y abrió el primer libro.

—Hablemos de los pagarés.

Gabriel se apoyó contra una cómoda, con los brazos cruzados.

—Buenas noches también a ti, Alice.

—Ya nos hemos saludado.

—Me has acusado de no haberme preocupado por tu salud y por no haberte agradecido que retomases tus deberes tan pronto.

—Cosa que te ha irritado profundamente —le recordó a él.

El señor Hope soltó un ruido bajo que pudo haber sido una pequeña risa si una estaba dispuesta a ser generosa para reconocérsela.

Alice revisó las columnas marcadas, colocó a un lado tres pagarés y leyó una nota que ella misma había dejado hacía cuatro noches.

—Al conde de Haverston hay que retirarle el crédito.

Gabriel alzó una ceja.

—Haverston paga.

—Haverston paga tarde, pide demasiado pronto y lleva dos semanas vendiendo las piezas de plata de su familia a un marchante de Holborn. Si no está en la ruina no tardará en estarlo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Conozco a una dama que lo conoce.

—¿Ahora tienes espías entre la aristocracia?

—No son espías.

Gabriel se acercó, cogió el pagaré del conde y lo miró como si pudiera hacer sangrar el papel por puro desagrado.

—Haverston presume de tener tres propiedades.

—Dos hipotecadas y una en litigio con un primo al que le debe mucho dinero y que, según parece, tiene mejor abogado y peor carácter. Además, su administrador ha pedido una prórroga a los proveedores de grano. Un conde puede fingir muchas cosas en un salón, pero cuando empieza a deber dinero al hombre que alimenta sus establos, ya no está jugando; se está hundiendo. Haz lo que te recomiendo o a este sí te verás obligado a matarlo cuando no pueda pagarte.

Gabriel golpeó el papel contra la mesa.

—Se le cierra el crédito. De acuerdo. Dime una cosa, Alice, ¿cuándo te volviste tan sanguinaria?

—Llevo mucho tiempo viéndote, Gabriel. Algo he aprendido de tus formas toscas. Trata de no humillar al conde cuando le digas que no puedes seguir manteniendo su crédito sin más garantías.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Te lo he dicho muchas veces. Tienes que ser discreto y paciente. Haverston aún tiene amigos influyentes. Si lo humillas, perderás lo que debe y te ganarás un enemigo con título. Si lo tratas

como a un hombre al que le permites retirarse con dignidad, quizá recupere lo suficiente para pagar por vergüenza.

Gabriel la miró durante unos segundos.

—¿Puedo decirle que lo hago por su bien, porque en caso de que no me pague tendré que cortarle una oreja?

—¿Tengo que responder a tu pregunta?

—¿Te desmayarías si le cortase a alguien una oreja en tu presencia?

Alice dejó de mirar las cuentas y se centró en los ojos de su hermano.

—Lo has hecho antes, ¿verdad?

—¿Y si lo hubiese hecho? ¿Seguirías viniendo a mi club y trabajarías para un hombre sin escrúpulos, Alice?

—¿Buscas mi aprobación?

—Esto está resultando agotador. Responde a una maldita pregunta sin hacer otra.

—No, Gabriel. No creo que pudiese quedarme sentada tranquilamente viendo que una persona sufre, aunque esa persona se mereciese el castigo. En cuanto a censurarte por las acciones que hayas podido llevar a cabo a lo largo de tu vida, no lo hago. Yo misma tuve que tomar una decisión importante cuando todo se vino abajo. Supongo que hacemos lo que debemos para seguir adelante.

—¿Vas a dejar este trabajo, Alice?

—¿Qué? —Esa pregunta no se la esperaba.

—No quisiera tener que recordarte que yo te ayudé cuando tú más lo necesitabas.

—No hace falta que me lo recuerdes porque soy muy consciente, Gabriel. ¿Por qué me has preguntado si voy a dejar mi trabajo aquí?

—Responde a la pregunta.

Se instauró entre ambos un silencio de lo más tenso.

—No. No me iré si tú no me echas —le dijo.

—Bien. Hablemos de negocios. Se le cierra el crédito a ese conde sin humillarlo. ¿A quién se lo ampliamos?

Alice separó otro nombre.

—A lord Edmund Carrow.

—¿El abogado? Imposible, ese pierde más de lo que gana.

—Por ahora. Pero va a casarse con la señorita Lydia Pemberton.

Gabriel frunció el ceño.

—¿La hija del fabricante?

—De un fabricante que es muy rico. Tan rico que su esposa ya ha empezado a asegurar que su fortuna procede de tierras lejanas y no de tintes para tejidos. La boda se anunciará antes de un mes. Carrow necesita aparentar solvencia hasta entonces y pagará cualquier deuda que le permita sostener la farsa. Cuanto más grande sea, mejor para nosotros. Se lo puede permitir.

—¿La heredera sabe que le gusta apostar y que es un canalla al que le pierden las mujeres?

—Ella sabe que se casa con un hombre guapo del que está profundamente enamorada, sí. Que parte de su fortuna aterrizará en tus arcas si no lo vigila, probablemente no.

Gabriel se quedó callado un instante.

—Le ampliaremos el crédito.

—Con un límite. No quiero que la muchacha esté en la ruina durante el primer mes de su matrimonio.

—Eso no la salvará, lo sabes.

—Es una buena muchacha. Coincidí con la joven hace tres semanas en una fiesta.

—¿Sigues acudiendo a esas estúpidas fiestas?

—Es de buena educación aceptar las invitaciones. No te olvides de que consigo información importante que nos beneficia.

—¿Nos beneficia?

—Si tú pierdes, yo pierdo. Me considero una especie de ángel guardián para ti, Gabriel.

—¿Qué querías de la chica, Alice? Te lo pregunto porque estoy seguro de que hablaste con ella en aquella fiesta que has mencionado —volvió al asunto principal.

—Le advertí de que había escuchado rumores sobre un abogado que apostaba sin control y gastaba mucho en mujeres de vida alegre.

—¿Te mandó al infierno?

—No con esas palabras. Hice lo posible. El amor es así. Solo se ve lo que se desea.

—No puedes salvar a todo el mundo —le dijo con cierta suavidad.

—Tampoco pretendo hacerlo, pero conozco la desesperación. Él no solo le destrozó el corazón a mi madre. Mi vida fue una mentira, tenía un hermano del que no me habló. —Sabían que se estaba refiriendo al padre de ambos—. No dejaré que un hombre se aproveche del amor para destruir la vida de una esposa a la que debe proteger.

—¿Qué harás entonces para salvarla? —preguntó resignado.

—Nada.

—Alice… ¿qué has tramado?

Ella alzó el mentón.

—Cuando pierda lo suficiente aquí y tú recuperes tu dinero, el padre de la muchacha recibirá una carta anónima en la que se le revelen los pecados del esposo de su hija. Confiaré en que sea un hombre decente, que la quiere y desea protegerla para que vigile a su hijo político con ojo de halcón. Y si eso falla, seguro que no deseará que el nuevo miembro de su familia termine arruinándolo.

—Además de tenerlo todo pensado, lo has dispuesto ya, ¿no es verdad?

—Sí. Sé qué sirviente de los suyos le entregará mi carta anónima —reconoció sin bajar la cabeza—. ¿Algo más?

No hubo respuesta y ella volvió a su trabajo. Alice mojó la pluma y anotó las decisiones en una página. Gabriel se inclinó por encima de su hombro para mirar la columna, sin tocarla ni invadir su espacio. Al principio de su relación, ella se había sorprendido de aquella cautela. Gabriel podía intimidar a media sala con una mirada, pero con ella se comportaba de un modo más civilizado… a veces.

Gabriel la respetaba porque le había demostrado que era más que una simple mujer. No la elogiaba con frecuencia, ni necesitaba hacerlo. Le dejaba los libros, escuchaba sus advertencias y las seguía cuando los números lo convencían. En opinión de Alice, aquello valía más que cualquier cumplido.

—Hay otra cosa —dijo ella—. El señor Whitcomb está desviando parte de lo que pierde hacia pagarés firmados por su cuñado. No le aceptes más papel si no viene avalado.

—Whitcomb parece un conejo asustado.

—Los conejos también roen.

Gabriel chasqueó la lengua.

—Deberías dirigir el club.

—Y tú podrías debutar en Almack's. Ambos causaríamos una gran impresión.

—Yo causaría un motín.

—Yo también, pero de modo más elegante. Ratafía, sedas y todo eso.

Un empleado entró con el té y la miel. Gabriel esperó a que la taza se quedara delante de Alice y luego le ordenó con un gesto que se la bebiese. Ella obedeció solo porque le dolía un poco la garganta.

El ruido de la sala se hizo más ensordecedor de pronto al otro lado de la puerta: una carcajada demasiado alta, una silla arrastrada, la voz pastosa de un hombre que canturreaba algo obsceno. Gabriel miró hacia el cristal esmerilado con fastidio.

—Quédate aquí.

—Gabriel…

—Quédate aquí, he dicho.

Naturalmente, Alice no lo hizo.

Salió detrás de él, con la taza aún caliente entre las manos, y vio al causante del alboroto tambalearse junto a la mesa de dados. Era un caballero de mediana edad, rubicundo, vestido con

poco gusto y lo bastante borracho como para confundir el atrevimiento con encanto. Alice lo reconoció vagamente. Se trataba del señor Mallory, un viudo con propiedades en Kent, modales dudosos y una peligrosa inclinación por las sopranos.

Él también la vio.

Su mirada se deslizó por ella de una manera que hizo que varios hombres cercanos se quedaran inmóviles. En The Black Swan se permitían muchas cosas. Aquella no era una de ellas.

—Ahí está la pelirroja de Hope. Debes de ser una mujer increíble si él lleva tantos años en tu cama —dijo Mallory, arrastrando las palabras—. Siempre tan seria. ¿Cuánto por dejarlo durante una hora y venir conmigo, querida?

La sala entera pareció contener el aliento.

Alice no osó moverse.

Gabriel cruzó la distancia con una calma tan terrible que Mallory tuvo tiempo de sonreír antes de comprender su error.

—Repite eso —dijo Gabriel.

Mallory parpadeó un par de veces.

—No pretendía ofender. Solo le estaba haciendo un cumplido a la muchacha…

No terminó de hablar.

El puño de Gabriel le golpeó la nariz. Mallory cayó hacia atrás, derribó una silla y acabó en el suelo con las manos en la cara, gimiendo entre sangre y maldiciones.

Alice cerró los ojos un instante. Luego los abrió.

—Gabriel…, por Dios…

—¿Qué?

—Tenía una deuda abierta que tal vez ahora se niegue a pagar.

—Ahora tiene una nariz cerrada y no me ofenderá más si no quiere perder una maldita oreja.

—¡Gabriel! —lo regañó—. Esto que has hecho no mejora nada.

—Mejora mi humor. ¿No te había dicho que te quedases donde te dejé?

—Dios bendito… —susurró ella.

Mallory intentó incorporarse, pero Briggs ya lo tenía sujeto por el cuello de la levita.

Gabriel se agachó hasta quedar a la altura del hombre caído.

—En mi club no se le habla así a ninguna mujer, y menos que a nadie, a ella. —La señaló con un dedo—. Ni borracho, ni sobrio, ni moribundo. Vas a pagar lo que debes antes del viernes,

y si vuelves a mirarla como acabas de hacerlo, o a insultarla de cualquier otro modo, te arrancaré algo más difícil de recomponer que la nariz. ¿Ha quedado claro?

Mallory asintió como pudo.

—Sí… sí…

—Sacadlo de aquí.

Briggs y otro empleado lo levantaron y lo arrastraron hacia la salida entre murmullos. En cuanto la puerta se cerró, la sala recuperó el movimiento poco a poco. Varios hombres bajaron la vista hacia sus cartas con una concentración ejemplar.

Alice dejó la taza sobre una mesa cercana. Gabriel estaba junto a ella.

—Podrías haberlo manejado mejor, Gabriel.

—No.

—No hacía falta romperle la nariz.

—Sí hacía falta.

Ella lo miró de reojo.

—Eres imposible.

—Y tú deberías seguir mis órdenes.

—No soy un perro obediente. Si lo hubiese sido nunca habría venido a verte. Tomo mis propias decisiones, ¿sabes?

—Trabajas para mí como una maldita mujer que discute cada orden. Eso es lo que sé.

Ella suspiró. Siempre había sospechado que podría contar con Gabriel. Al fin tenía la confirmación de sus conjeturas.

—Gracias por protegerme —le agradeció.

Gabriel fingió no haberla oído.

—Volvamos al despacho. Las cuentas no van a hacerse solas. No añadas anotaciones con respecto a ese saco de basura. Mallory pagará.

Alice no pudo evitar sonreír. Era como un emperador que sabía que su voluntad era la ley.

—De acuerdo.

Regresaron al despacho juntos. Al pasar junto al escritorio, Gabriel le acercó la silla con un gesto brusco, más impaciente que otra cosa. Alice se sentó, recuperó la pluma y volvió a abrir el libro.

Al otro lado de la pared, el club seguía en marcha, con sus apuestas, copas y secretos. Dentro del despacho, Gabriel se quedó a su espalda, silencioso y siempre vigilante, mientras ella ordenaba las cifras que sostenían su sustento.

Hacían un buen equipo.

Extraño, improbable, construido sobre una carta póstuma y una necesidad desesperada, pero bueno, al fin y al cabo.

Capítulo 9
Problemas a la vista

La condesa viuda de Ashbury había organizado una velada magnífica, y eso, en opinión del duque de Statony, era una prueba más de que esa dama era única. Le costó poco convencerla de que lo ayudase en su causa. Ciertamente lady Ashbury no dejaba nunca de sorprenderlo.

La música llenaba el salón principal con alegría, pues no estaba permitido que los invitados olvidasen que se encontraban en una de las casas más influyentes de Londres. Había flores en abundancia; champán en las bandejas; y, sobre todo, había suficientes miradas curiosas como para convertir cada inclinación de cabeza o conversación a media voz en una pequeña pieza dentro de un tablero social que lady Ashbury dominaba con suma elegancia.

Statony permanecía junto a una columna, en un lugar discreto desde el que podía observar la entrada al salón, vigilar a su hermana y, si la necesidad se volvía insoportable, maldecir entre dientes sin que nadie lo escuchase.

Lord Arden, a su lado, llevaba varios minutos estudiándolo con un interés que empezaba a causarle dolor de cabeza.

—Tienes el aspecto de un hombre que aguarda la lectura de una sentencia, Statony, y debo admitir que, tratándose de una fiesta de compromiso en tu honor, esperaba verte algo menos sombrío.

—No estoy sombrío.

—Estás inmóvil desde hace diez minutos, has rechazado dos copas sin mirarlas y acabas de dirigirle al lacayo de lady Ashbury una mirada que habría bastado para obligarlo a confesar que era un espía francés aunque no lo fuese. Sé que no te gusta beber más de lo necesario, pero, hombre, hoy es un día feliz para celebrar, ¿no?

Oliver volvió la vista hacia el otro extremo del salón, donde Eveline hablaba con dos muchachas de su edad bajo la vigilancia irregular de una amiga de lady Ashbury. Su hermana parecía comportarse de manera aceptable, lo cual, lejos de tranquilizarlo, le despertaba sospechas. Eveline podía estar quieta y aun así causar un desastre; de hecho, en ocasiones parecía reunir fuerzas precisamente cuando aparentaba obediencia.

—Estoy pendiente de mi hermana.

—Yo también la veo, y te aseguro que, por ahora, no ha prendido fuego a las cortinas ni ha intentado huir con un vizconde infame. Aunque reconozco que la noche es joven.

Oliver le lanzó una mirada helada.

—No menciones a Tentwall.

—Con gusto. El nombre del canalla parece agravar tu humor, y ahora mismo tu humor ya tiene recursos propios para arruinar una cosecha. ¿Vas a decirme de una condenada vez qué te tiene tan preocupado, Statony?

Arden se acomodó con naturalidad junto a la columna. Ambos amigos estaban bien colocados para hablar sin ser oídos. Aunque, dadas las circunstancias, el duque sospechaba que media estancia ya los habría convertido en material de conjeturas. No podía reprochárselo. El anuncio de su compromiso con lady Alice Fairfax se había extendido por Londres con una rapidez incendiaria, y lady Ashbury, lejos de permitir que el rumor se consumiese fuera de su alcance, quiso encerrarlo en su propia casa y ofrecer una fiesta de compromiso formidable.

—Aún no me has contado cómo has logrado que la condesa viuda de Ashbury se prestase a organizar una fiesta de compromiso para ti —opinó Arden—. No es una mujer dócil ante los deseos de nadie, y mucho menos ante los de un duque que, según empiezo a sospechar, quizá haya hecho algo censurable. ¿Cómo dijiste que lograste convencer a la dama para que aceptase casarse contigo?

Oliver no respondió enseguida. Volvió a mirar hacia la entrada, donde cada nuevo invitado provocaba en él una irritante tensión en la mandíbula. ¿Por qué no había llegado ya Alice?

—A estas alturas resulta imposible que quede un alma en Londres que no se haya enterado de mis próximas nupcias —contestó al fin—. Le pedí ayuda a Lady Ashbury para que celebrase la fiesta en nuestro honor y aceptó de inmediato.

—¿Sin preguntas o… confesiones?

—En realidad no hizo ninguna pregunta. ¿Confesiones?

—Olvida lo que he dicho. Ahora dime cómo lograste engatusar a lady Alice, Statony. Quiero conocer los detalles. —El duque gruñó por lo bajo—. ¿Desde cuándo gruñes?

—Desde que me sacas de mis casillas.

—Dime que le pediste matrimonio a la dama, Statony.

—¡Por supuesto que lo hice!

—De acuerdo. ¿Y te aceptó sin más?

—No. A ella no le agradó que mandase a Jackson para hacerle una oferta matrimonial.

—Por amor de Dios… ¿Mandaste a Jackson?

—Me pareció ilógico perder el tiempo con…

—Dime que ella no ha escuchado eso.

—Arden, lo estropeé, sí, pero ya lo he arreglado.

—¿Cómo lo hiciste?

—Una vez lanzado el anuncio, lo sensato era dar una fiesta de compromiso —insistió.

Arden lo miró con suspicacia.

—Eso ha sonado admirablemente razonable, lo cual me preocupa, porque cuando recurres a tanta lógica suele haber un cadáver bajo la alfombra. ¿Lady Alice ha aceptado ya? —insistió. Oliver guardó silencio y luego Arden alzó ambas cejas para decir—: Ah.

—Te he dicho que está arreglado. No quiero escuchar ese último sonido de nuevo.

—Era un sonido breve, civilizado y muy útil para expresar un mundo de conclusiones desagradables. Permíteme ordenar los hechos, si no te importa. Mandaste a un empleado para proponerle matrimonio. Has anunciado un compromiso que la dama todavía no ha aceptado, has permitido que lady Ashbury convierta esta velada en una suerte de presentación pública de tu futura duquesa, y ahora esperas a que lady Alice aparezca para que no tenga escapatoria.

—Eso no es así… del todo —murmuró, en un tono menos seguro del que habría querido expresar.

—Cierto, se me ha olvidado mencionar que enviaste un anuncio al periódico a pesar de que te aconsejé que no lo hicieses. Ahí fue cuando la cazaste en realidad.

—Eres un desgraciado, Arden. Comienzo a entender el motivo por el que mi hermana te detesta tanto.

—Tu hermana no me soporta porque no tolero sus tonterías. Sabes que eres hombre muerto, ¿no?

—Por amor de Dios… Mi prometida no me matará.

—Yo no subestimaría el enfado de una mujer, Statony, más cuando ella no sabe que es tu prometida.

—Alice me quiere, sé de lo que hablo.

Arden sonrió con una diversión nada compasiva.

—¿Alice? ¿Ya estamos en ese punto, bribón?

Oliver giró la cabeza hacia él.

—¿Qué?

—Te permites usar su nombre de pila con una naturalidad conmovedora para un hombre que hace pocos días redactaba obligaciones matrimoniales como si estuviera reorganizando una finca.

—¿Cómo sabes que he redactado…?

—Porque te conozco muy bien, amigo mío. Amas las listas. ¿Qué hizo la dama cuando Jackson le presentó tu texto? ¿Le dio un bofetón a tu secretario para que te lo diese a ti en su nombre?

Oliver apartó la mirada de la entrada, porque estaba muy pendiente de ese punto exacto, y la fijó una vez más en su amigo y, durante un instante, perdió esa seguridad glacial que tanto irritaba a quienes lo conocían. Arden lo advirtió. Por supuesto que lo advirtió. El maldito conde tenía la desagradable costumbre de percibir sus grietas con facilidad.

—¿No me escuchas? Te he dicho que lo tengo todo bajo control.

—No me ha pasado desapercibido que has señalado que ella te quiere. ¿Qué has hecho, Statony?

El duque suspiró.

—En realidad he hecho una cosa terrible —dijo Oliver al fin.

Arden dejó de sonreír.

—Define terrible, porque en tu caso puede significar desde olvidar una respuesta parlamentaria hasta declararle la guerra a media Europa.

—La seduje —musitó en voz muy baja.

Arden detectó en la mirada de su amigo varias cosas, como: culpa, deseo y desconcierto.

Statony todavía sentía en la lengua el sabor de Alice, la inocencia deliciosa con la que había aprendido a besarlo con la lengua, la forma en que sus manos se habían aferrado a él como si su voluntad hubiese cedido solo durante un instante, el preciso y suficiente para incendiarlo… ¡Dios! Ella era perfecta para él.

—No me lo creo. Eres demasiado recto para hacer algo así.

—No llegué hasta el final con ella —reconoció, con la voz más baja todavía—. Usé toda mi disciplina para contenerme, y aun así no estoy seguro de poder felicitarme por ello. Fui a su casa para obtener una respuesta sensata, y terminé besándola hasta que olvidó cómo hablar. Ya no es solo por el anuncio por lo que tiene que

casarse conmigo, es porque me devolvió cada una de mis atenciones. Ella me quiere. Estoy seguro de ello.

Arden lo observó como si acabara de descubrir una especie nueva sobre la faz de la tierra.

—¿Solo porque la besaste?

—Sí.

—¿Después de haberle enviado una proposición por medio de Jackson, una lista de instrucciones y un anuncio público no autorizado?

—Cuando lo enumeras así, suena menos favorable. ¿De verdad eres mi mejor amigo?

—No pretendía embellecerlo, Statony. Solo tú podías causar semejante desastre. Eres digno hermano de tu hermana…

Oliver miró de nuevo hacia Eveline. Su hermana se había alejado unos pasos de las muchachas y parecía fingir interés por una mesa de refrescos. No había rastro de Tentwall en la estancia, algo que él se había ocupado de garantizar mediante una conversación breve con dos hombres capaces de impedir entradas indeseadas. Aun así, no pensaba apartar del todo los ojos de Eveline. Su hermana tenía un talento admirable para convertir un pasillo vacío en una oportunidad escandalosa.

—No pensé que una mujer pudiera tener tanto poder sobre mí —confesó, casi con rabia—. Creí que bastaría con hacerle comprender que nuestro matrimonio sería conveniente. Luego la toqué, y todo lo que yo consideraba conveniente se volvió insuficiente. Quise tenerla. Allí. En la salita de su casa. Con las flores

que le había enviado a unos pasos de nosotros y su negativa todavía sobre la mesa. No me reconocí. Solo sé que si no la tengo me volveré loco. ¿Puedes entenderlo? No entiendo lo que me ocurre.

—¿No lo entiendes?

—No.

—Yo creo que tu reacción se parece a la de un hombre enamorado.

—¿Enamorado? ¡No me ha podido dar tiempo a…! —Se dio cuenta de lo que casi estuvo a punto de decir y se detuvo—. El amor no es recomendable para que un matrimonio funcione bien.

—Pero aquí estamos, tú, un hombre que dice que se vuelve loco cuando piensa en su dama, y yo, otro hombre que afirma que estás enamorado. Una cosa es segura: tu comportamiento no es propio de ti.

—Lo sé.

—Tú nunca has perdido el dominio con una dama.

—También lo sé.

—Entonces quizá deberías considerar que lady Alice Fairfax no es una dama cualquiera para ti y admitir que la amas.

Oliver soltó una risa breve, sin alegría.

—No.

—No estoy seguro de que lo sepas de verdad. Tú interpretas el deseo como una contrariedad física, la culpa como un fallo de estrategia y el afecto como un peligro moral que conviene encerrar en un armario. Lady Alice acaba de desordenarte los tres cajones a la vez y, por lo que veo, has decidido resolverlo como siempre: empujando el mundo entero hasta que encaje contigo.

—No pienso perderla.

—Tal vez deberías empezar por no obligarla a sentirse atrapada.

—Eso es ya imposible. Estará arruinada si no se casa conmigo. No solo porque la haya besado muy concienzudamente, sino porque romper un compromiso con un duque… No. Ella tiene que ser mi duquesa.

—¿Y si no lo logras?

—La besaré de nuevo.

—Dios de los cielos… En verdad no eres tú quien habla.

—¿Me censuras por mi sinceridad?

—Te alabo por ser humano al fin. Si un hombre tiene derecho a perder el norte es cuando se enamora.

—¿Quieres dejar de decir que la amo?

—Sí, pero eso no cambiará el hecho de que la amas, ¿lo entiendes, verdad?

—Lo que entiendo es que quiero darte un puñetazo.

—Sí. Eso ya me lo imaginaba.

—Si ella entra por esa puerta y me rechaza delante de toda esta gente —dijo—, la culpa será mía.

—¡Te preocupas por ella! Una prueba más de tu amor incondicional… Es interesante. Además, me conmueve que hayas alcanzado esa conclusión antes de que la dama te golpee con un abanico.

—No estoy de humor, podría acabar golpeándote.

—Ya…

Oliver estaba a punto de responder cuando el murmullo lo hizo ponerse alerta. Arden lo notó al mismo tiempo que él.

Lady Alice Fairfax acababa de llegar.

Oliver se quedó con la boca abierta.

La había visto sencilla en su casa, pálida aún por el enfriamiento, vestida sin deseo alguno de impresionar a nadie, con el cabello recogido de un modo práctico y aquella mirada capaz de poner en evidencia a un hombre sin necesidad de alzar la voz. Aquella noche, sin embargo, Alice acababa de entrar en el salón de lady Ashbury como si fuese Cleopatra misma.

Llevaba un vestido de seda de un azul profundo que hacía que su cabello cobrizo adquiriese una calidez distinta bajo la luz de las lámparas de araña. No era una belleza, era una mujer segura de sí misma que se veía radiante. Statony jamás había visto a

semejante hembra. ¡Dios! No lo volvía loco, era mucho más que eso, porque él se sentía como un macho dispuesto a aparearse en cualquier momento. Controlar sus impulsos le resultaba cada vez más difícil. ¿Cómo había logrado Alice que se olvidase de todo y solo pudiese sentir esa necesidad primitiva que despertaba en él?

Oliver se olvidó durante un instante de dónde se encontraba. Estaba recordando su boca abriéndose bajo la suya, el pequeño gemido que ella había dejado escapar, las manos enredadas en su cabello, la tibieza de su cuerpo al buscar apoyo contra él… Y también estaba lo otro. Lo que había querido hacerle. Verla desnuda para empezar, luego acariciar y lamer cada centímetro de su cuerpo y…

—¡Maldición!

Arden, que no había dejado de observarlo, inclinó un poco la cabeza.

—Statony… por Dios…

—Ahora no.

—Me temo que quizá sí sea ahora, porque acabas de adoptar un gesto que, en un hombre menos severo, podría confundirse con agonía.

Oliver gruñó por lo bajo. La erección que el duque sentía contra los pantalones le dolía como las brasas del infierno.

¡Qué inoportuno!

Arden siguió la dirección de su mirada hacia Alice, luego volvió a fijarse en él y, con una rapidez que honraba todos los años

de amistad y una inteligencia desgraciadamente muy despierta, comprendió lo que le afectaba a Statony.

—Por todos los santos —murmuró—. Te has excitado en medio de un maldito salón de baile.

—Cállate.

—En mitad de una fiesta que todavía dudo que pueda ser de compromiso, ante lo más selecto de la sociedad, y con tu hermana avanzando hacia nosotros. Acabas de elegir el peor momento posible para olvidarte de tu frialdad y corrección.

Oliver trató de ladearse y miró hacia la derecha.

Eveline se acercaba, en efecto. Si llegaba hasta ellos, si le hablaba, si obligaba a Oliver a moverse antes de recobrar el dominio de su propio cuerpo, el desastre adquiriría una forma tan pública que ni lady Ashbury podría convertir el suceso en una anécdota elegante.

Arden soltó un suspiro que habría parecido resignado si Oliver no hubiera conocido demasiado bien el fondo de la cuestión que escondía su amigo.

—Me debes una, Statony. Entretendré a tu hermana, pero, por lo que más quieras, convierte a esa mujer en tu esposa y hazlo pronto, porque de otro modo causarás un escándalo más soberbio que el de tu propia hermana —le dijo el conde de Arden.

—No tienes por qué intervenir.

—Claro que tengo que intervenir. Alguien debe impedir que tu hermana descubra que el gran duque de Statony acaba de

ser derrotado por un vestido azul.

—Arden… —gruñó.

—No me des las gracias. Me bastará con que no vuelvas a sugerir jamás que me case con Eveline.

Antes de que Oliver pudiera detenerlo, Arden se separó de la columna y salió al encuentro de Eveline con el aspecto de un hombre que caminaba hacia la horca.

Lady Eveline se detuvo al verlo aproximarse. Estaba preciosa, por desgracia para la tranquilidad de cualquier hombre con sentido común. Llevaba un vestido claro que acentuaba sus curvas. No era una mujer delgada, tenía carne en los lugares adecuados. Su mirada siempre desafiante, pero inocente, lo estaba observando con atención.

—Milady —la saludó tenso.

—Lord Arden —dijo, al tiempo que le hacía una reverencia ligera—. Qué inesperado… honor. ¿Lo manda Statony para vigilarme de cerca?

—He venido a pedirle un baile.

Eveline parpadeó un par de veces. Estaba genuinamente sorprendida.

—Usted no desea bailar conmigo. ¿No dijo una vez que soy peor que una serpiente?

—Lo primero es cierto. En cuanto a su pregunta, dije que en caso de ser una serpiente, debería ser una cascabel, porque

al menos el sonido que emiten avisa de una desgracia con anticipación.

—Siempre tan caballeroso… Tenga cuidado o podría acabar irremediablemente enamorada de usted. —Ella batió sus espesas pestañas para burlarse de él con su fina ironía.

—¿Me concederá el baile o no? —le preguntó con aspereza.

—Si la memoria no me falla, solo bailó conmigo una vez por compromiso y pasó toda la pieza con el aspecto de un hombre que lamentaba no haberse roto una pierna antes de salir de casa. Creo que no, no pienso bailar con usted.

—Mi memoria coincide con la suya, aunque debo corregirla en un detalle. En aquel momento habría aceptado romperme las dos.

—¿Es una petición formal para que busque a un par de fornidos caballeros y se las rompan? Por usted movería cielo y tierra, ya lo sabe. Por ser el mejor amigo de mi hermano y todo eso.

—No eres una serpiente. Eres una mezcla de demonio, arpía, serpiente, tarántula…

—Sí, sí. Sé la opinión que le merezco. Siga su camino, lord Arden, no querría que acabase con la lengua rota por destilar tanto o más veneno que una serpiente. —Se dio un par de toques sobre la cabeza—. ¿No será usted la serpiente? No. Usted es un sapo viscoso, muy asqueroso.

—Y ahí está el cumplido de una verdadera dama que se dedica a perseguir a vizcondes que solo quieren meterse entre sus…

—Se mordió la lengua en cuanto se dio cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿He dicho caballeroso? No. Es usted un… —Le tocó el turno a ella de morderse la lengua. Una dama no debería decir palabras malsonantes.

—Me disculpo, milady. Mis comentarios han estado fuera de lugar. He perdido los nervios.

—No, no le perdono, lord Arden. —Ella dio un paso para bordearlo. La mano del conde se colocó sobre su muñeca, directamente sobre su guante de seda.

—Me perdone o no, va a bailar conmigo ahora.

—Alguien podría vernos, suélteme o vamos a tener un problema que Oliver zanjará con una boda.

—Bien debería dejarte en unas manos que supieran manejarte, bruja —le dijo sin formalidad ninguna—. No sabes comportarte, no sabes quiénes son tus amigos y quiénes no.

—Arden… —murmuró alterada. Si su hermano era un témpano de hielo, el hombre que la estaba enfrentando le iba a la zaga. No entendía ese cambio tan repentino en él.

—Ahora, cogerás mi brazo, sonreirás y bailarás conmigo. ¿He sido claro, Eveline?

—No quiero bailar contigo —dijo en voz baja.

—No me pongas a prueba. Quedar atada a mí no sería lo peor que te podría pasar. Cuando tomo una decisión soy igual de

implacable que Statony y he decretado que bailaremos ahora. Lo harás de una manera civilizada o de otra más persuasiva. Tú eliges.

Ella apretó los dientes con fuerza.

—Está bien —concedió al fin—. Pero diré que no te entiendo, lord Arden. Detestas estar en mi compañía y, aun así, te obligas a bailar conmigo. Yo puedo ser una bruja, serpiente, arpía o lo que desees. Tú, sencillamente, estás loco.

—No te lo negaré. En este mismo momento regresaremos a la formalidad y olvidaremos lo que acaba de suceder. Te quiero bien sonriente y contenta por bailar conmigo.

Arden le ofreció el brazo con una solemnidad casi heroica. Ella compuso su mejor sonrisa.

—¿Así?

—Es un principio.

—No sé cuándo, ni cómo, pero me las pagará, milord.

—Lo sé —le aseguró el conde—. Trate de no acabar enamorada de mí y nos irá bien a los dos, milady.

—¿Y eso qué significa? —Ambos se encaminaban ya hacia la pista central de baile.

—Significa que estoy loco —respondió sin más explicación.

La música cambió justo cuando llegaron a la formación de parejas, y Eveline, obligada por las normas que tanto detestaba, no tuvo más remedio que colocarse frente a Arden.

Él le hizo una inclinación sobria.

Ella respondió con una sonrisa que prometía guerra.

Y Oliver, al otro lado del salón, tuvo unos segundos para recuperar la compostura antes de que lady Alice Fairfax alzara por fin la vista y lo encontrase entre la multitud.

Capítulo 10
Una fiesta extraña

Alice lo vio al mismo tiempo que percibió que toda la atención del salón se clavaba sobre ella. No se trataba de una impresión nacida de los nervios. En absoluto lo era. Ella jamás tuvo ínfulas de convertirse en el centro de atención. Había entrado en suficientes reuniones desde los dieciocho años como para distinguir la curiosidad ordinaria de esa otra, más punzante, que estaba observando en esos momentos. Las conversaciones no se habían detenido, porque nadie en casa de lady Ashbury habría cometido una falta tan grosera, pero se habían vuelto más bajas y tensas.

No entendía el motivo por el que la observaban con tanta curiosidad.

Había pasado los días anteriores intentando olvidar al duque de Statony y su beso abrasador. El resultado de semejante intención había sido lamentable. El beso volvía a ella en los momentos menos oportunos, al ajustarse el bonete, al cerrar un libro de cuentas o incluso al sostener una taza de té frente a su madre. ¿Estaría la sociedad al corriente de lo que ella le había consentido a un duque y por ello la observaban con atención?

Tuvo el impulso de buscar entre los asistentes al duque de Statony y no se privó. Le daba en la nariz que él estaría allí. No tardó demasiado en encontrarlo. Era como si su cuerpo lo estuviese buscando y fuese capaz de divisarlo en cualquier lugar.

Sus miradas se cruzaron y ninguno la apartó.

Oliver —así le había dicho él que debía llamarlo mientras la acariciaba y besaba— estaba junto a una columna. Tan alto, sobrio, impecable y con esa rigidez aristocrática que… Alice no se dio cuenta de que acababa de suspirar. Durante un segundo, la dama se olvidó de la sala, los invitados y la música. Él la miraba de una manera tan fija que el calor le subió al rostro sin que pudiese evitarlo. Entonces sucedió lo impensable. Vio al duque de Statony ofrecerle una sonrisa. No había nada divertido o cálido en ese gesto. No. La sonrisa que él había compuesto no era ni amplia, ni amable, ni especialmente cortés.

Se trataba de algo muchísimo peor. Él estaba dedicándole una sonrisa triunfal.

Alice no era estúpida. El muy arrogante seguro que se habría dado cuenta de que ella estaría recordando el beso y por ese motivo se había sonrojado hasta los dedos de los pies. Su seguridad masculina se merecía un castigo severo, quizá legal, aunque ninguna corte inglesa fuese lo bastante atrevida para condenar a un duque por presumir de haber arruinado el dulce sueño de una dama y convertirlo en algo mucho más salvaje.

Alice se negó a amilanarse y levantó un poco la barbilla. De haber estado en su casa, habría retrocedido; en un salón lleno de testigos, en cambio, decidió que antes se tragaría una horquilla que concederle la satisfacción de verla huir.

Statony empezó a caminar hacia ella. Alice comenzó a sentir pavor. No llegó lejos porque alguien reclamó su atención. Un caballero del que él parecía que no podía librarse. Respiró algo aliviada. Eso le daría un par de minutos para diluirse entre tanta gente.

—Querida —dijo lady Ashbury, quien acababa de aparecer a su lado—, has llegado en el instante exacto para convertir mi velada en un acontecimiento memorable. Te he enseñado bien.

Alice se giró hacia su amiga sin apartar del todo la atención del duque. Margot Marwood estaba espléndida, vestida con un tono plata muy suave. Sonreía, aunque sus ojos la estaban examinando sin perderse detalle.

—No estoy segura de haber hecho nada memorable —respondió Alice en voz baja—. Salvo llegar tarde, quizá.

—Llegar tarde solo es imperdonable cuando nadie desea verte entrar. Esta noche, en cambio, toda la sala parece haber encontrado en ti su único motivo de interés.

Alice intentó sonreír, pero la inquietud le apretó el pecho con una fuerza repentina.

—Eso mismo iba a preguntarte. ¿Por qué me están mirando todos?

La sonrisa de Margot no desapareció, aunque sí cambió. No fue una reacción visible para el salón, pero Alice la conocía lo bastante como para advertir que su amiga había dejado de interpretar un papel y acababa de prestarle atención de verdad.

—¿No lo sabes?

—No sé qué debería saber.

Margot la cogió del brazo con suavidad. El gesto, a ojos de los demás, se asemejaba a una bienvenida afectuosa. Para Alice era un claro indicativo de que su amiga no quería que ella se escapase. ¿Por qué?

—Mis invitados te observan sencillamente porque eres la prometida del duque de Statony.

Durante un instante, la música desapareció. Alice no se movió. Ni siquiera creía estar respirando. Había escuchado mal, por supuesto. El salón estaba demasiado lleno, las conversaciones se entrecruzaban y alguna palabra se habría confundido con otra hasta fabricar un relato absurdo. O era eso, o su inconsciente acababa de darle la forma a las palabras que ella deseaba escuchar.

¡Qué tontería!

Alice no deseaba estar prometida con Statony por más que él besase como un pícaro que…

¡No quería!

—Disculpa —dijo con una calma que no sentía—. Creo que no te he entendido bien.

Margot le sostuvo la mirada, y Alice vio en ella algo que la asustó más que cualquier rumor. Preocupación y compasión.

—El anuncio de tu compromiso con el duque salió publicado en The Times hace unos días.

La tierra no se abrió bajo sus pies, lo cual le pareció una falta de cooperación por parte del universo. Habría sido más digno desaparecer tragada por el suelo que permanecer allí, en mitad de un salón bien iluminado, mientras Londres la contemplaba sabiendo más sobre su vida que ella misma.

—No —susurró.

—Me temo que sí. No es un rumor cualquiera. Es un hecho. Lo mandó publicar él, Alice.

Él.

Dos letras bastaron para que el rompecabezas, hasta entonces disperso en piezas en su mente, empezase a encajar con una claridad brutal. Las flores. Los dulces. La visita. El anillo. Su insistencia disfrazada de cortejo. Aquel beso con el que había intentado hacerla entrar en razón, según había tenido la insolencia de decirle…

¡No había sido perseverancia! Todo fue una trampa.

—¿Cuándo salió publicado el anuncio, Margot?

—No pienses en eso, lo importante es que…

—¿Cuándo? —insistió.

Lady Ashbury suspiró con resignación.

—Lo vi al día siguiente de nuestro paseo por Hyde Park.

Confirmado entonces. Statony no se había conformado con su negativa, porque, sencillamente, no la había considerado digna de respeto. Nada se le podía negar a un duque. Había anunciado el compromiso y se había asegurado de que Londres la creyese comprometida con él.

¿Fue ese beso un intento de chantaje por si ella continuaba negándose a sus deseos? ¿Lo haría público?

La vergüenza ardió primero. La ira llegó después, mucho más útil.

Alice se irguió despacio, con los dedos cerrados sobre el abanico hasta que las varillas protestaron. Justo entonces, Statony alcanzó a ambas damas. Hizo una reverencia perfecta ante Margot y luego inclinó la cabeza hacia ella con una solemnidad tan correcta que habría engañado a una mujer menos furiosa.

—Lady Ashbury. Lady Alice —las saludó.

La voz del duque era baja y formal. No debería sonar así. Tendría que ser algo más… más… ¿Más sátiro? Sí. Eso era.

Alice lo miró como si él fuese una mota de polvo en medio de la nada, aunque cometió el error de sostenerle la mirada demasiado tiempo. Así descubrió que los ojos grises de Statony no estaban fríos. Esa fue la parte que más la descolocó. Había en ellos un reconocimiento íntimo que la hacía sentirse… ¿admirada? No. Eso era imposible. Aunque sí que había algo más. ¿Se veía orgulloso de ella? ¿Sería admiración? Alice no quiso creérselo. La admiración no atrapaba a una mujer con un malvado anuncio en las columnas sociales.

—Su Gracia —dijo al fin, por pura etiqueta. Luego puso sus ojos en Margot y la veía… ¿complacida? Su amiga se mostraba como si hubiese estado al tanto de… ¿de qué? Alice no entendía nada—. ¿Hay algo que quieras contarme, Margot? —le preguntó en voz muy baja, pero sospechaba que Statony la había escuchado.

Él percibió la enorme confusión de su dama. Por supuesto que lo hizo.

—Alice…

El uso de su nombre de pila, allí, delante de Margot, fue la última gota de aceite sobre el fuego del infierno.

La aludida levantó la mano sin pensarlo. No sabía si pretendía abofetearlo, detenerlo o señalarle la salida del salón. Tal vez las tres cosas al mismo tiempo.

Margot cerró los dedos sobre su muñeca antes de que el impulso llegase a convertirse en un desastre.

—Querida —murmuró con una dulzura peligrosísima—, ven conmigo a la terraza. Necesitas aire.

—No —se negó Statony.

La palabra fue una orden muy ducal. Claro que sí. Él era un duque que podía manejar las vidas de los demás a su antojo.

Margot volvió el rostro hacia él. La sonrisa de lady Ashbury permanecía intacta, pero la mirada que le dedicó a Oliver no tenía nada de social.

—Oliver, si aprecias en algo la posibilidad de no arruinar para siempre lo único que pareces haber deseado con fuerza desde que te convertiste en un hombre, déjame hablar con mi amiga a solas —le advirtió, sin el menor rastro de formalidad. La mandíbula de Oliver se tensó—. Vas a tener que confiar en mí —insistió cuando tuvo la sospecha de que él iba a oponerse.

El duque hizo un breve asentimiento con la cabeza y les permitió marcharse de allí.

Ante ese pequeño intercambio, Alice no pudo más que fruncir el ceño. El duque y Margot se conocían y, por lo que denotaba la conversación, bastante bien. El alcance de su relación era más relevante de lo que su amiga le había hecho creer.

Ella no estaba dispuesta a quedarse en un lugar donde se sentía como una muñeca de trapo a la que pudiesen dirigir.

—Creo que es hora de marcharme —alegó, tratando de mantener la compostura.

—Te enseñé mejor, querida. Jamás des un paso hacia atrás —apuntó lady Ashbury—. Ven conmigo, te lo explicaré todo, después podrás tomar una decisión. No olvides sonreír o creerán que has tenido una pelea de enamorados con tu duque.

—Oh, Margot —se quejó, mientras trataba de seguir eludiendo la mirada que sabía que el duque tenía fija en ella.

La condesa viuda le apretó un poco el brazo, lo justo para advertirle que guardara el resto de la pólvora para un lugar menos expuesto.

—Vamos —la obligó Margot a seguirla.

Lady Ashbury la condujo hacia las puertas acristaladas que daban a la terraza. Antes de salir, Alice se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro. Statony seguía en el mismo lugar, muy erguido y demasiado serio como para parecer un hombre victorioso. El duque seguía mirándola. Era más, él las había estado escoltando hasta la salida.

Margot, que también percibió su sombra, no pudo reprimirse. Le sonrió y luego añadió:

—No temas, querido. No le mencionaré a nuestra Alice que estás terriblemente enamorado de ella, porque eso lo acabas de dejar muy claro ante todos solo con el modo en que la has estado observando desde que llegó. Tal vez esta noche consigas lo que sé que has querido desde hace tanto tiempo.

Alice sintió que esas palabras le atravesaban el pecho. ¿Eran sensatas, una verdad o una burla? Ella no las entendía en absoluto, pero… ¿Él la amaba? ¡Imposible!

Statony no entró en la refriega. Se limitó a verlas salir hacia la oscuridad que les ofrecía la noche. Y su falta de palabras, por alguna tonta razón, la perturbó mucho más que una negación ante tal decreto expuesto por lady Ashbury.

¿Qué diantres estaba ocurriendo allí?

Capítulo 11
Confesiones inesperadas

La terraza estaba iluminada por faroles resguardados del viento, y el aire frío de la noche recibió a Alice con una crudeza que agradeció de inmediato. Dentro, la música continuaba, amortiguada por los cristales; fuera, Londres parecía quedarse a una distancia suficiente para que una mujer pudiera respirar sin que media sociedad le contase las pulsaciones.

Margot no la soltó hasta que llegaron al extremo más apartado, junto a una balaustrada desde la que se veía una franja oscura de jardín. Había intimidad suficiente para hablar. Solo entonces se volvió hacia ella.

—Antes de que digas nada que ambas lamentemos, deja que hable yo.

Alice soltó una risa baja, sin alegría.

—No estoy segura de que puedas decir nada capaz de mejorar mi opinión sobre este asunto. Siento tus tentáculos en cada acción, Margot.

—Lo sé, pero no olvides que siempre he querido lo mejor para ti, mi querida Alice.

Aquella respuesta, tan sincera y desprovista de excusas más elaboradas, la amilanó más de lo que habría querido. Alice apoyó una mano sobre la piedra fría de la balaustrada y miró hacia el jardín, porque si miraba a Margot quizá le mostraría toda su ira. No sabía si la inundaba la rabia, la vergüenza o una tristeza descorazonadora.

—Statony me ha tendido una trampa —dijo al fin—. Me pidió matrimonio de un modo insultante, rechacé su proposición, vino después con flores, dulces y un anillo, me besó hasta dejarme sin aliento y, mientras tanto, Londres ya me creía comprometida con él. ¿Eso es lo que mi buen juicio debe comprender? ¿Me he olvidado de mencionar algún detalle?

—Es mucho más complicado de lo que crees.

—Qué alivio. Por un momento he temido que intentaras convencerme de que publicar un compromiso sin la aceptación de la dama era un gesto romántico en algún idioma ducal que las demás no hemos tenido el privilegio de aprender.

Margot suspiró. La había enseñado tan bien que estaba asustada por su propia creación. Alice era magnífica. Statony tenía mucha suerte. En esos instantes, la condesa viuda era sencillamente una mujer que había esperado demasiado tiempo para confesar una verdad secreta.

—Hay cosas que no sabes, Alice. Y es hora de confesarlas.

—Muy bien. Te escucho.

—Por favor, no me odies.

Alice volvió la cabeza hacia ella.

—¿Odiarte a ti? Estoy enfadada, Margot, pero jamás podría desarrollar ese sentimiento por ti —trató de tranquilizarla—. En cambio, deseo arrancarle la cabeza a cierto duque.

Margot se acercó un poco más, lo bastante para hablar sin que ni siquiera el viento pudiera llevarse sus palabras hacia la casa.

—Fue Statony quien me habló de ti por primera vez durante tu debut.

Alice frunció el ceño.

—Eso no es posible. Yo no lo conocía y dudo mucho que la hija de un simple conde poco agraciada le causase alguna sensación.

—Es cierto que tú no lo conocías a él, pero no sucedía a la inversa. El duque reparó en ti en aquel momento.

—Porque eres tú quien me lo está diciendo; si fueses otra persona te acusaría de mentir.

Margot asintió un par de veces.

—Te lo contaré todo. Verás, después del desastre, tal y como tú siempre has llamado al compromiso fallido, Statony me dijo que haría bien en fijarme en ti. Me sugirió que podrías ser una excelente dama de compañía para mí, aunque no lo dijo por utilidad como pensé al principio, sino porque había visto a una mujer

admirable enfrentarse a una sociedad dispuesta a colgarla por el abandono de un estúpido.

Alice tuvo que cerrar los dedos sobre la piedra.

—¿Él dijo eso?

—Sí. Palabra por palabra. Statony no es un hombre que se deje impresionar, así que tuve que conocerte a toda prisa.

—¿Y por qué habría de decirlo?

Margot la miró con una ternura que no intentó disimular.

—Porque aquella noche en la fiesta, cuando el rumor sobre tu prometido comenzó a circular sin demora, te mantuviste firme, bailaste sin que los comentarios te importasen y solo cuando decidiste tomarte un pequeño descanso y buscar un lugar donde poder respirar, el duque te siguió. Supongo que sentía curiosidad por ver lo que hacías. Statony es un espécimen muy peculiar.

Alice dejó de sentir el frío.

Recordaba bastante bien aquella fiesta, el escándalo del compromiso roto por la huida del prometido amenazándola con asfixiarla… Sacó fuerzas de donde no creía tenerlas para alzar el mentón y no venirse abajo. Pero sí hubo un momento en el que necesitó coger aire para seguir siendo fuerte. Aquella noche resonaba con una nitidez que siempre le había parecido injusta, pero muy especialmente hubo un momento increíble que logró mitigar el dolor. La humillación había corrido más rápido que cualquier criado; alguien había susurrado la fuga de su prometido con la hija de un comerciante y, de pronto, todas las miradas la habían buscado con una avidez insoportable. Alice había sentido que el aire del salón se

volvía insuficiente, que su vestido le pesaba, que la música continuaba con una crueldad casi obscena…

Había salido del salón principal sin saber adónde iba.

Recordaba haber encontrado una biblioteca. Oscura. La chimenea estaba apagada. Entonces apareció un desconocido anónimo de la nada.

Ella no le había preguntado quién era. Ni él se lo había dicho. Solo había estado allí, en la penumbra, cuando ella ya no podía fingir que conservaba la dignidad intacta. No la había tratado con lástima, ni le ofreció palabras huecas. Ese inesperado amigo la había consolado. Ella terminó llorando contra él, por descontado, con el rostro escondido en su levita. La había abrazado y reconfortado diciéndole cosas muy acertadas, como que su firmeza la mantendría en pie si no dejaba que nadie la pisotease.

Y después se habían besado. Alice no recordaba quién comenzó el contacto, si él o ella, pero sí sabía que aquel beso lo sintió adecuado y perfecto. No fue nada arrebatador. Resultó cariñoso. Un beso leve, en los labios, lleno de una ternura que le desbordó el corazón. Nada de lujuria ni prisas, un sencillo roce que le sirvió para erguirse por completo.

Aquel fue su primer beso. Un recuerdo que no solía permitirse revivir porque dolía no haber conocido la identidad de su salvador, porque aquel hombre, entre las sombras más oscuras, la había salvado del abismo. Sus indicaciones sobre no flaquear, sobre comportarse sin vergüenza porque ella no había hecho nada malo, fueron lo que asentó una idea muy clara en Alice. Y luego había llegado Margot para terminar aquella obra que él había empezado.

¿Statony hizo todo aquello? Costaba asimilarlo. El duque había enviado a su secretario… Si fue él quien la trató de ese modo tan dulce, protector y tierno años atrás, ¿por qué no había ido a pedirle que se casase con ella? ¿Por qué la había apartado durante tantos años? ¿Por qué la había buscado precisamente durante esa temporada? Su cabeza estaba dando vueltas y más vueltas.

—No puede ser él —susurró.

Margot no apartó la mirada de ella.

—Sí.

Alice sacudió la cabeza, pero la negación no encontró fuerza para sostenerse.

—No puede ser Statony —insistió una vez más.

—Lo es.

La memoria, traicionera, empezó a unir lo que ella no había querido ver. La voz. La altura. La manera de guardar silencio antes de hablar. El modo en que, días atrás, Oliver había acercado la boca a la suya con una paciencia que no se parecía a la arrogancia de su lista ni al descaro del anuncio. La había besado porque sabía que ella correspondería a su beso. ¡Claro que lo sabía! Ya se habían besado antes. Nada que ver la primera vez con la segunda, pero su cuerpo sí reconoció al desconocido, por eso no había podido ni articular una sola frase con sentido. ¡Dios! ¿Statony? ¿De verdad?

Alice se llevó una mano al pecho.

—¿Él sabía quién era yo? —preguntó en voz alta porque no daba crédito a lo que iba descubriendo.

—Sí.

—¿Por qué no me lo ha dicho nunca?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. Solo te diré que en aquel baile, cuando descubrí el rumor y te vi salir, me llamaste la atención, aunque lo que más me sorprendió fue verlo a él salir a toda prisa tras tus pasos. No daba crédito a lo que veía. ¿Él yendo tras una debutante? Así que tuve que ver con mis propios ojos si mis sospechas eran verdad. La puerta estaba abierta. La biblioteca rebosaba oscuridad. Fue una suerte que solo yo os cazase. Tú estabas destrozada y él… —Margot hizo una pausa, breve pero llena de significado—. Él te abrazaba y te susurraba cosas que no logré descifrar, pero… —Suspiró.

Alice soltó el aire despacio. No había esperado que la piedad doliera tanto como la ira.

—Entonces ¿por qué nunca me lo dijiste sí tú si sabías lo que ocurrió y quién era él?

—Porque tú jamás me lo mencionaste después y no era mi secreto al principio, y luego… No lo sé. Creí que quizá no me correspondía a mí intervenir. Sin embargo, cuando semanas más tarde de aquel encuentro vuestro el duque me pidió que velase por ti… —Margot no pudo contener un nuevo suspiro.

—¿Te pidió que velases por mí?

—Sí. Ya te lo he dicho. Me dijo que tú valías la pena. Me sugirió que te tomara bajo mi ala y que no permitiera que la sociedad te empujara hacia el margen. Como bien te habrás dado cuenta, el duque no suele preocuparse a la ligera. Así que tuve que conocerte y entendí lo que él había visto antes que todo el mundo.

Eres una mujer fuerte, serena; no huyes, te enfrentas y hay tanta pasión en ti como la hay en mí. No has nacido para estar sola, Alice.

La aludida bajó la mirada. Se estaba acordando de los primeros meses con Margot, de la mano firme que la había sostenido cuando todos esperaban verla hundida, de las invitaciones que la obligaron a regresar a los salones, de las frases implacables con las que la condesa viuda había cortado los murmullos antes de que se convirtieran en heridas… ¡Dios!

Había pensado que la fortuna, por una vez, había tenido misericordia de ella. No. Fue Statony quien la protegió.

—No sé qué hacer con esto —confesó.

—No tienes que hacer nada.

—Ha preferido atraparme antes que confesarme toda la verdad. ¿Qué dice eso de él?

—Que es un hombre. Orgullo y todo eso… Statony ha actuado como un arrogante, un auténtico patán. Eso ya lo debatimos en su momento. Creo que hay más ahí, siento que es un hombre que no sabe pedir lo que desea si no decreta una orden.

—Eso no lo absuelve de lo que ha hecho. Un anuncio en el periódico sin que yo haya consentido…

—Es cierto, pero ahí hay otra lectura también. Es extremadamente protector y nunca se queda de brazos cruzados cuando una situación se torna urgente. Verás, su hermana, Eveline se llama, protagonizó un escándalo por culpa de un enamoramiento con un canalla. La joven está en su primera temporada y es una muchacha que desea ser vista y tenida en cuenta. Se ha centrado en

quien no debía y su reputación… digamos que estoy tratando de poner orden. Una mañana, no hace mucho, leí en las páginas de sociedad su periplo, una apuesta con un beso y un vizconde implicado… Ya te imaginarás la tragedia que ella solita ha creado. Cuando lo supe, pensé en ti. No porque tú hubieses sido igual, sino porque reconocí la fuerza de una mujer que quiere destacar y no sabe cómo hacerlo sin perderse por culpa de un hombre. Eveline está perdida, Alice. No destruida, ni corrompida, solo perdida. Y Statony no sabe guiarla. Es un hermano mayor que no la entiende. Sé de lo que hablo. La ama, sí, eso está fuera de discusión.

Alice tragó saliva.

—¿Me eligió para guiarla? —preguntó con el ceño fruncido.

—No. Él no te eligió. Fui yo.

La confesión quedó entre ambas como una nota suspendida en el aire.

—¿Tú me elegiste?

—Después de leer el escándalo de Eveline, fui a ver de inmediato al conde de Arden. Él es el mejor amigo de Statony, ya lo conocerás. Te agradará el muchacho. Le dije a Arden que había llegado la hora de que Oliver se casara con una mujer adecuada. No una joven recién salida del cascarón. Él se hubiese aburrido de inmediato de una muchacha que no supiera luchar. Por suerte, no tuve que insistir para convencerlo. Arden estaba completamente de acuerdo; en su opinión, si Eveline no encontraba una mano firme que la guiase, acabaría casada con el primer canalla que le hiciese creer que la amaba. Hice una breve lista y puse tu nombre en ella. Arden tenía que asegurarse de que Statony comprendiese lo que

pretendíamos sin sospechar que lo teníamos todo orquestado. Le costó poco, según me dijo. Eso sí, ninguno previó que enviase a Jackson para proponer matrimonio. Admito que tuve que haber pensado en dicha posibilidad para que Arden le indicase que no lo hiciera de ese modo.

Alice lo comprendió.

—Has hecho de casamentera.

—Sí.

—Margot…

—Lo sé. Debí decírtelo.

—Desde luego que debiste.

—Pero si lo hubiese hecho, habrías rechazado la idea antes de permitir que existiera. Eres magnífica en casi todo, querida, salvo en concederte una oportunidad para ser feliz. Statony es igual que tú, por eso tuve que usar a Arden de anzuelo. Ambos sois igual de testarudos.

—Yo soy muy feliz. Y soy testaruda para las cosas que importan.

—Una respuesta que el mismo duque me ofrecería. Eres útil, fuerte, leal y admirable. Has sostenido en pie tu casa, has protegido a tu madre, has sobrevivido a la crueldad sin volverte cruel. Pero no me digas que eres feliz porque sabes que hay más que con lo que te conformas. Te quiero como si fueras mi hija, y no podía soportar ver cómo te marchitabas por una vida que otros dañaron antes de que pudieras elegirla. Una mujer como tú no nació

para limitarse a resistir. También tienes derecho a arder por algo hermoso. Además, Statony estaba tardando demasiado en volver a pensar en ti después de aquel encuentro en la biblioteca y agotó mi paciencia. Eveline me dio la excusa perfecta para intervenir. ¿Te imaginas a ese hombre casado con otra mujer que no fueses tú? Lo destruiría porque jamás podría llegar a entender que él no solo es pura fachada, hay un corazón latiendo bajo su frialdad y tú fuiste la única a la que decidió mostrárselo. Y luego se apartó y se quedó lejos. ¡Hombres! ¿Más inteligentes que las mujeres? ¡Jamás! —exclamó con algo de indignación.

Alice tuvo que mirar hacia otro lado.

—Dios santo… Esto es demasiado para asimilar.

—¿Me odias ya?

—No, Margot. Aunque cometieses el peor error de tu vida, yo siempre sabría que lo hiciste con la mejor de las intenciones. Es solo que… ¿Comprometida con él?

Alice se llevó los dedos a los labios. No pensó en el beso de la salita, no al principio, sino en el de la biblioteca. Aquel roce tierno, casto, ofrecido cuando ella estaba rota… Después le vino a la mente el beso reciente, más intenso, peligroso y lleno de lujuria.

¿Y si Oliver la había besado esperando que ella lo reconociera? Sí, cada vez tenía más claro que así había sido.

—¿Qué vas a hacer ahora que conoces toda la verdad?

—¿Hacer? Poco me queda ya por hacer, ¿no te parece? Ahora bien, lo que más me enfada es que él haya sabido todo el tiempo lo que nos unió en el pasado y no haya tenido el valor, o, ya

puestos, la decencia, de decírmelo. ¿Al principio de la noche había querido yo abofetearlo? Sí, pues ahora quiero, además, patearle su ducal trasero —murmuró.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No lo sé —reconoció llena de irritación.

—Eveline no es la única que te necesita. Oliver precisa una mujer que le enseñe cuándo debe dejar de maniobrar y empezar a sentir con honestidad. —Margot se acercó y le cogió ambas manos—: Ten fe en él, Alice. No una fe ciega, porque eso sería impropio de ti y muy poco aconsejable tratándose de un duque. Dale una oportunidad. Exígele explicaciones, hazle pagar por cada torpeza si lo necesitas, pero no le cierres la puerta antes de escuchar al hombre que te sostuvo aquella noche sin pedirte nada a cambio.

Alice bajó la vista hacia las manos de su amiga.

—Tengo miedo.

Margot apretó sus dedos.

—Eso no te hace menos valiente.

—Me ha tendido una trampa.

—Entonces oblígale a soltar la trampa y a ofrecerte la mano de verdad.

La imagen fue tan clara que Alice sintió un nudo en la garganta. Se trataba de Oliver, de Statony, del duque imposible que

la había enfurecido, tentado, herido y protegido desde mucho antes de que ella supiera su nombre.

—Hablaré con él —dijo al fin—. No te prometo más.

Margot sonrió con alivio, aunque no intentó exagerarlo.

—Eso basta por esta noche.

—No significa que vaya a perdonarlo.

—No esperaba milagros. Solo una oportunidad. Los milagros los dejaremos para cuando él aprenda a pedir disculpas sin parecer que está aprobando una enmienda, ¿de acuerdo?

Alice casi sonrió. Casi.

Margot le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, un gesto rápido y maternal que ninguna de las dos comentó.

—Te daré unos minutos. Necesitas ordenar lo que sientes antes de volver ahí dentro y hacer que todo Londres recuerde por qué jamás debió subestimarte.

—¿Vas a enviarlo aquí?

—No. —La condesa viuda miró hacia las puertas acristaladas con una expresión demasiado inocente para resultar creíble—. Statony no necesita que nadie lo envíe hacia ti. Ese es precisamente el problema.

Margot regresó hacia el salón. Al abrir la puerta, la música llegó con más claridad durante unos segundos y volvió a

apagarse cuando los cristales se cerraron tras ella.

Alice se quedó sola.

O creía estarlo.

Unas pisadas sonaron a su espalda, medidas y reconocibles de algún modo que no quiso analizar. No se volvió de inmediato. Necesitaba un instante para reunir valor, o tal vez para aceptar que ya no podía pensar en él sin ver a dos hombres superpuestos: el duque que la había acorralado con un anuncio y el desconocido que le había dado consuelo.

—¿Cuánto has escuchado? —preguntó sin rastro de formalidad.

La voz de Oliver llegó desde unos pasos detrás de ella, sin rastro de arrogancia:

—Todo. No me caracterizo por dejar nada al azar.

Alice cerró los ojos.

Después se volvió.

Statony estaba allí. Se le veía serio y muy tenso. Parecía dispuesto a recibir un bofetón.

—¿Vas a negar algo? —preguntó ella.

Él le sostenía la mirada y no se le veía arrepentido de nada.

—No puedo hacerlo sin que declaren que falto a la verdad.

Aquello parecía el principio del fin… ¿O el fin del principio? Lo que fuese. Ella no sabía cuál debía ser su siguiente paso…

¡Dios! ¡Qué locura!

Capítulo 12
Una conversación honesta

Alice le sostuvo la mirada al duque durante unos segundos que parecieron demasiado largos para caber en una sola vida.

Ahí estaba ella. Frente al desconocido de la biblioteca y al duque que había anunciado un compromiso sin su consentimiento. El consuelo y la trampa. La ternura y la arrogancia. Extraño.

Todo en él la atraía. Todo en él la irritaba.

¿Eso era amor? No lo sabía. Una vez creyó haber estado enamorada de un tonto, pero luego se dio cuenta de que sin él había estado mejor. ¡Otra recomendación que le dio el desconocido de la biblioteca!

¿Ya la conocía tan bien Statony en aquella época?

—Entonces sabes que lady Ashbury acaba de desvelarme toda la verdad —dijo ella.

—Sí.

—Y también sabes que tengo motivos para odiarte un poco.

Oliver no apartó los ojos de los suyos. Él pensó que era buena señal que ella no mantuviese la formalidad. Eso indicaba que no pretendía poner más distancia de la que ya había entre ambos, ¿o no?

—Más que un poco, sospecho.

Aquella respuesta, tan humilde, le hizo bajar las defensas cuando más necesitaba mantenerse furiosa. Alice odiaba que él hiciera eso. Que se equivocara con una torpeza grandiosa y luego, de pronto, se mostrase humano en el momento más inconveniente.

—Tengo muchas preguntas.

—Y yo muchas respuestas que ofrecerte. Comienza, te lo ruego, Alice.

—¿Sabías que lady Ashbury se había confabulado con tu mejor amigo?

—No al principio, pero lo sospeché cuando fui a verla y le conté que te había pedido matrimonio y que había tenido la audacia de enviar el anuncio sin tu respuesta porque estaba seguro de que aceptarías. Ella se ofreció a organizar una fiesta de compromiso con demasiada facilidad y tuve alguna sospecha. Todo ha quedado confirmado cuando la escuché a viva voz. Arden es… —suspiró—. Es mi mejor amigo, tal y como te ha dicho Margot, pero no sabe poner límites.

—Igual que tú.

—*Touché*.

—¿Por qué estabas tan seguro de que te aceptaría?

—Era una intuición que surgió en mí cuando vi tu nombre en aquella pequeña lista. Recordé el momento en el que te sostuve entre mis brazos y… Me dije que no podía perder la oportunidad. Tal vez lo hice porque en mi fuero interno ya quería tenderte la trampa de la que habías hablado para que no escapases.

—Mandaste al señor Jackson.

—No quería parecer desesperado. Y lo estaba, Alice, muchísimo.

—Todos estos años y no has… ¿No has pensado en mí hasta este momento?

Él suspiró.

—Después de lo ocurrido en la biblioteca, supuse que necesitabas sanar la herida que te debió causar aquel bobo. No quería imponerme ni aprovecharme por lo que compartimos. Supe que había esperado demasiado cuando lady Ashbury me comentó que ibais a hacer un viaje por Europa unas semanas después de que todo ocurriese entre nosotros.

—Estuvimos fuera cuatro meses.

—Sí. Lo recuerdo bien, porque cuando regresaste brillabas y ya no…

—¿No qué?

—No soy un hombre fácil.

—Ya. Eso lo sé ahora.

—No quería arriesgarme.

—¿Arriesgarte?

—Parecías estar muy bien y yo no estaba seguro de que me aceptases después de lo que ese tonto te había hecho. ¿Cuánto tiempo necesita una mujer para sanar de la decepción? ¿Y si no podías olvidarlo nunca? Ya ves, tan seguro de mí mismo para defender cualquier ley ante el Parlamento y tan poco seguro en cuestiones de índole femenina.

—¿Y por qué te callaste cuando viniste a mi casa en persona para proponerme matrimonio?

—En realidad no lo sé. Esperaba que reconocieses mi abrazo, el primer beso… Yo… Lo siento. Es todo lo que puedo decir al respecto.

Hubo un silencio bastante largo. Alice suspiró y dejó de observarlo para centrarse en la oscuridad que los rodeaba.

—Mi pasado no me permite ser duquesa —dijo al fin.

Statony se quedó inmóvil.

—¿Tu pasado?

Alice rodeó la balaustrada con los dedos. La piedra estaba helada, y aun así no bastaba para enfriar el temblor que llevaba dentro.

—Hay cosas que no sabes de mí.

—Entonces dímelas.

—No puedo.

—Alice…

—No. Escúchame antes de decidir que puedes arreglarlo todo solo porque eres un duque. —Se obligó a alzar la barbilla, aunque le costó sostener su mirada—. No soy la dama impecable que crees haber elegido. He tenido que sobrevivir. He hecho cosas que una futura duquesa de Statony no debería haber hecho jamás. No hablo de pecados carnales ni de imprudencias románticas, si eso es lo que imaginas. Hablo de necesidad, de cuentas que no cerraban, de puertas que se cerraron cuando me quedé, primero, sin un prometido y sin un padre, después. Tomé decisiones porque nadie iba a tomarlas por mí. Mi madre dependía de mí.

Pensó en Gabriel y en su trabajo en The Black Swan. En los libros de cuentas y el juramento que le arrancó su medio hermano. Nadie debía saber que Gabriel Hope era hijo del conde de Fairfax porque había odiado a su padre con todas sus fuerzas por no haber estado allí nunca para él; lo dejó abandonado en un hospicio. Además, nadie más debía saber que era su hermana, porque una amante —tal y como muchos la consideraban— era reemplazable y no tenía los mismos lazos de sangre, y el propietario de un club del East End tenía muchos enemigos que podrían usar a Alice contra él.

No podía decírselo a Oliver.

Ni siquiera a Oliver.

El duque avanzó un paso hacia ella.

—Soy un maldito duque —dijo con una voz baja que no intentó suavizar—. Si alguien trata de ensombrecerte, tendrá que enfrentarse a mi ira, y te aseguro que la ira no es un asunto menor cuando la dirige un hombre con mi fortuna, mi título y mi absoluta falta de paciencia.

—No lo entiendes…

—Entiendo que estás asustada.

Alice apretó los labios. Eso le dolió porque era cierto.

—No tengo miedo de Londres, pero sí de que lamentes el día en el que decidiste que yo valía la pena.

—No. Nunca podría arrepentirme de eso. Lo que ocurre es que tienes miedo de lo que podemos conseguir juntos. Un futuro, una vida que podría ser maravillosa —insistió.

Ella no respondió.

El duque se acercó lo bastante para que el calor de su cuerpo alcanzase el de ella. La miró de un modo diferente esta vez. Era seguridad lo que ella veía en sus ojos.

—Oliver, por favor…

—No quiero a otra mujer, Alice —la interrumpió—. No después de haber probado tus labios.

—Eso no basta para un matrimonio. Sé que hay pasión entre los dos. Si me volvieses a tocar perdería de nuevo la inteligencia —reconoció con sinceridad—, pero se necesita mucho más para establecer una buena unión.

—Es cierto. La pasión que hay entre nosotros no basta por sí sola. —Él bajó la vista a su boca y volvió a subirla enseguida. No quería ganársela de ese modo, imponiéndose. Otro hombre más canalla hubiese aprovechado lo que ella tan abiertamente acababa de reconocer y la habría besado—. Lo que hay entre nosotros ayuda a que un hombre comprenda cuán equivocado estaba sobre el matrimonio, porque hay muchos beneficios si se elige a la mujer adecuada. Llevo demasiados años esperándote, Alice. Ya no puedo más…

La dama debería haberse apartado cuando él alzó la mano. No lo hizo. Oliver le rozó la cintura con cuidado, le estaba dando tiempo para detenerlo, y al no encontrar rechazo, la atrajo contra sí. No hubo brusquedad en el gesto, aunque sí una posesión muy clara.

—Yo también he pensado cada día en el error que cometí al no obligarte a identificarte en aquella biblioteca.

Él inclinó la cabeza, se quedó muy cerca de sus labios.

—¿Quieres que te recuerde lo bien que estamos juntos?

—Oliver…

—Siempre he sido correcto y he estado condenadamente orgulloso de mi dominio. Desde que vi tu nombre en la lista no he podido dejar de pensar en ti, en tu boca y en la

manera en que me miras cuando deseas discutir conmigo porque me lo merezco. Así que he descubierto algo humillante.

—¿Qué?

La pregunta le salió con menos firmeza de la que pretendía.

—Que no soy más que un simple hombre que está loco por ti.

Alice cerró los ojos un instante.

—No digas esas cosas, por favor, Oliver… No. Apenas me quedan fuerzas para hacer lo correcto…

—Te deseo, Alice. Te deseo de una forma que me deja sin juicio, pero no es solo eso. Nunca he querido nada con tanta fuerza como te quiero a ti. Sé mía y seamos felices. Tu madre estará contigo. A salvo. Y tú no tendrás que volver a enfrentarte al mundo sola. Sé que eres una guerrera amazona formidable, pero quiero estar a tu lado, cuidarte, amarte y ser feliz —insistió.

La promesa era demasiado hermosa. Tan peligrosa…

Alice apoyó las manos en su pecho, con intención de crear distancia, pero sus dedos se cerraron sobre la tela de la levita en lugar de empujarlo.

—No lo entiendes. Hay partes de mí que no aprobarías.

—Permíteme ser yo quien decida lo que apruebo o lo que no.

—¿Y si es solo deseo y se extingue tan rápido como ha llegado?

—El deseo no me habría hecho pedirle a Margot que cuidara de ti hace años. El deseo no me habría tenido recordando a una muchacha que lloró en mis brazos en una biblioteca oscura, ni habría logrado que tu nombre me golpeara en el pecho cuando Arden lo puso delante de mí. He sido un idiota en lo que se refiere a ti; no puedo excusarme. Arrogante, patán —eso lo había oído muy bien de la conversación anterior— y demasiado duque para mi propio bien, pero no estoy equivocado en lo que somos juntos.

—Publicaste el anuncio.

—Sí.

—Sin mi permiso.

—Sí.

—Me tendiste una trampa. Eso no se hace, Oliver.

Él cerró los ojos un momento, y cuando los abrió había en ellos una honestidad brutal.

—Ya te lo he dicho antes. Creí que estaba resolviendo un problema, que me aceptarías sin dudarlo por mi posición. Luego comprendí que te estaba causando otro. A riesgo de que me mandes al infierno, te diré que lo haría de nuevo. No quiero que te vuelvas a escurrir entre mis dedos. Si quieres castigarme por ello, lo aceptaré, pero lo haré solo si te conviertes en mi duquesa.

—¿Y qué ocurre si no quiero casarme contigo?

El silencio fue su primera respuesta. Él trató de separarse un poco. Admitir la derrota no estaba en su carácter, pero tal vez debería comenzar a aceptarla. Entonces ella lo retuvo por las solapas de su chaqueta y él notó la esperanza abriéndose paso en su interior.

—¿Quieres que me rinda? —preguntó al fin.

Alice notó que sus dedos tenían vida propia porque fue ella quien lo obligó a volver a pegarse a su cuerpo.

—No creo que seas un hombre que se rinde.

—No. No lo soy y, menos cuando el premio eres tú, Alice. En verdad siempre he sabido que jugaba con ventaja respecto a ti, al menos en esta segunda parte que se ha escrito entre nosotros.

—¿A qué ventaja te refieres?

—Sabía que tú tampoco habrías podido olvidar aquella biblioteca.

El golpe fue decisivo.

Alice respiró con dificultad. No podía negarlo. Había amado aquel recuerdo en secreto durante años. No al hombre, porque no tenía ni un rostro ni un nombre para él, pero sí lo que había sentido en sus brazos. Su seguridad; la compasión sin humillación; ese beso que la consoló cuando ella estuvo rota…

Y luego llegó el otro beso, el de la salita, lleno de deseo y peligro, y su cuerpo había reconocido de inmediato algo que su mente había tardado más en asociar.

—Me enamoré un poco de aquel desconocido —confesó, tan bajo que el viento casi pudo llevarse las palabras—. Me parecía absurdo, porque no sabía quién era y apenas fue un instante. Pero durante años, cuando todo era difícil, recordaba que alguien me había visto destrozada y no me había tratado como a una mujer arruinada. Me besó con ternura y luego me dejó marchar con la dignidad intacta.

Oliver levantó una mano y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Yo. Era yo todo el tiempo. No te besé para aprovecharme de ti.

—Al fin lo sé. ¿Y días atrás sí pudiste aprovecharte de mi deseo? Porque los dos besos que hemos compartido no tienen nada que ver el uno con el otro. Me hiciste arder, Oliver.

—Lo sé. Yo ardí contigo. Pero no. No lo hice solo para que ardiésemos. Te besé porque no encontraba otra forma de hacerte entender que entre nosotros había algo real. Fue una arrogancia. También hubo desesperación porque no lograba convencerte. Te prometo que jamás tomaré de ti más de lo que puedas darme.

—Buscabas una esposa para tapar el escándalo de lady Eveline y yo te parecí la mejor opción —le recordó.

—Sí.

La sinceridad volvió a dolerle.

—Al menos lo reconoces sin embellecerlo.

—Amo a mi hermana, aunque ella se empeñe en asegurar que no es así. La idea del matrimonio empezó porque el anuncio de mi boda opacaría su escándalo. Ella necesita una hermana que la comprenda, no solo un hermano empeñado en salvarla constantemente. Eveline admira a un canalla que le conviene tan poco que me cuesta pensar en él sin querer enviarlo a Australia. Se ha puesto en ridículo por él, se ha sentido vista por un hombre que no merece ni estar en la misma estancia que ella, y yo no sé cómo ayudarla sin convertir cada conversación en una batalla. Margot y Arden me empujaron hacia la verdad que yo llevaba años evitando. Pero ya no busco solo una mujer capaz de guiar a Eveline. Necesito una esposa a la que amar y que pueda amarme. Sí, lo sé, suena como una condenada frase de poeta, y si Arden me oyera jamás me permitiría olvidarlo, pero no encuentro una forma más honesta de decirlo.

Alice lo observaba con los ojos llenos de una emoción que se negaba a derramarse. ¡No quería llorar!

Oliver Hartwell, duque de Statony, estaba muy incómodo con la naturaleza que estaba dejando que ella viese. Y, aun así, no quería ocultarse.

—Eres un hombre increíble, ¿lo sabes?

—Por supuesto que sí. Lo que lamento es que Arden tuviese razón en una cosa que yo debí haber descubierto antes que nadie —añadió él—. Estoy loco por ti. Haré cualquier cosa para convencerte, salvo obligarte. Eso ya lo he intentado y casi te pierdo antes de tenerte.

—Oliver…

—Prometo olvidarlo todo y empezar de nuevo si consientes en convertirte en mi duquesa. No te preguntaré nada que no quieras responder esta noche. No usaré tu pasado contra ti jamás. Ni volveré a actuar como si tu voluntad fuera un detalle que mi título puede corregir. Dame la oportunidad de hacerlo bien.

—¿Y si un día descubres algo que hiciese que te avergonzases de mí?

—Entonces recordaré que soy tu esposo y que mi deber es estar delante de ti, no detrás refunfuñando. Seré tu escudo.

—Oh, Oliver. Eso dices ahora, pero…

—Sin excusas, Alice. Sabes que ya lo tienes decidido, no te resistas más. No nos hagas a los dos desdichados por cosas que no importan. Yo te quiero y sé que tú a mí también. Lo demás no es relevante.

Ella levantó una mano y le tocó la mejilla con el guante. Le rozó la mandíbula, luego la comisura de la boca que tan bien conocía ya.

—No he podido dejar de pensar en ti —admitió—. En el hombre de la biblioteca y en el duque insoportable que me besó hasta hacerme olvidar cómo hablar correctamente. He tratado de convencerme de que solo era enfado, curiosidad, deseo… cualquier cosa menos esto.

—¿Y qué es esto?

Alice cerró los ojos un instante. No tenía caso mentir. Los abrió y se enfrentó a su destino.

—Que Dios me perdone, Oliver, porque no tengo fuerzas para seguir negándome. Eres lo que más deseo. Quiero ser tu mujer. Aceptaré todo lo que me des. Solo espero que no llegue el día en que lo lamentes.

Y la respuesta de él fue besarla para sellar el trato.

Capítulo 13
Una dulce esperanza

Lady Alice Fairfax se había imaginado muchas veces cómo sería anunciarle a su madre que iba a casarse, aunque, en honor a la verdad, ninguna de aquellas fantasías había incluido a un duque ofendido por su propio deseo, a una futura hermana por matrimonio demasiado curiosa y a todo Londres creyendo que la decisión ya estaba tomada antes de que ella lo aceptase.

Se habían marchado de la fiesta de lady Ashbury bastante pronto. En esos momentos, el carruaje de Statony avanzaba por las calles con tranquilidad. Oliver iba sentado frente a ella, sereno incluso cuando su mirada parecía abrasarla, y Eveline ocupaba el asiento a su lado. La joven los observaba con una atención despierta que saltaba de su hermano a Alice.

—Sigo sin comprenderlo del todo —dijo Eveline, durante un trayecto que había empezado con promesas de discreción y degenerado en silencios demasiado elocuentes—. Hace unas horas, mi hermano parecía un hombre a punto de aprobar una ley contra la felicidad, y en estos momentos se le ve… distinto.

Oliver volvió la cabeza hacia ella.

—Elige muy bien tus próximas palabras, Eveline.

—No he dicho nada ofensivo —se defendió la joven de inmediato—. De hecho, estaba a punto de decir algo casi amable, pero tu amenaza me ha quitado parte del entusiasmo.

Alice tuvo que morderse el interior de la mejilla para no sonreír. Le resultaba extraño encontrarse allí, sentada con el hombre que acababa de pedirle que fuera su esposa con el alma más desnuda de lo que un duque podría tolerar, y la joven cuya imprudencia había servido de excusa para que medio Londres reorganizase la vida de todos ellos. Eveline era más bonita de cerca de lo que Alice había advertido en el salón. También poseía una viveza peligrosa, una necesidad de sentirse escuchada que Alice reconoció con una punzada de compasión. No podía censurarla por ello; a fin de cuentas, era la hija de un duque y otro duque la protegía como su hermana pequeña.

—Lo que lady Eveline quiere decir —intervino Alice, al tiempo que miraba a Oliver con una inocencia que no lograría engañar a nadie— es que, al lado de su prometida, usted no parece tan rígido.

—Gracias por traducir mi pensamiento de una manera tan considerada —dijo Eveline con gratitud—. Eso era exactamente lo que quería decir, aunque yo habría añadido que resulta perturbador verlo casi humano.

—¿Casi humano? ¿Acaso no lo soy? Carne y hueso, no hay más en mí —replicó Oliver.

—No, desde luego que no eres solo carne y hueso. Sería un avance demasiado brusco para nuestra relación que te considerase casi humano, hermano, pero lo haré.

Alice soltó una risa baja, y Oliver la miró de inmediato.

—¿Me censura, Su Gracia? —le preguntó ella.

—Lo que censuro es que me trates con tanta formalidad. Eveline es mi hermana y no deseo que piense que tenemos una relación fría.

La aludida observó aquella interacción y se quedó callada durante unos segundos, lo cual, según empezaba a sospechar Alice, debía considerarse un aviso de peligro.

—¿Y yo cómo debo tratarla, hermano?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella —resolvió Oliver.

Eveline buscó la mirada de Alice.

—Supongo que como vamos a ser hermanas, podríamos prescindir de toda la formalidad, si estás de acuerdo, por supuesto.

—Bien —concedió la joven—. Si has conseguido que mi hermano te mire y hable así, creo que voy a darte una oportunidad.

—Me siento muy honrada por tu indulgencia.

La joven analizó su respuesta y decretó que no había rastro de ironía en ella.

—No te apresures a celebrar nada. Todavía no he decidido si te compadezco o te admiro. Casarse con Oliver requiere una valentía que ninguna escuela para damas enseñaría con suficiente rigor.

—Eveline —advirtió él.

—¿Lo ves, Alice? Ese tono… Imagínatelo a diario. Sé de lo que hablo, he convivido con la censura desde que tuve uso de razón.

Alice miró a su prometido con fingida preocupación y luego le sonrió.

—Confío en que podré sobrevivir a tu hermano.

Oliver inclinó un poco la cabeza, y en su boca apareció una sombra de sonrisa.

—Voy a hacer cuanto esté en mi mano para que sobrevivir no sea tu única aspiración matrimonial, querida.

Eveline abrió los ojos con asombro.

—¡Oliver, estás coqueteando! Por todos los cielos, eso ha sonado casi romántico. Alice, no sé qué has hecho con él, pero tal vez seas una hechicera.

—¿Tú crees? —preguntó risueña la prometida del duque.

—Me gusta lo que veo. Tal vez mi hermano haya hecho algo bien por una vez en su vida.

El carruaje se detuvo frente a la casa Fairfax antes de que Oliver pudiera reprenderlas a ambas, aunque Alice sospechó que no tenía verdaderas ganas de hacerlo. Había algo nuevo en él desde la conversación de la terraza. No era poco para un hombre que había convertido la autoridad en su idioma materno; estaba segura de ello.

Cuando descendieron, Alice sintió una emoción inesperada. No había querido volver sola a casa con aquella noticia, pero tampoco previó que el duque insistiera en acompañarla con su hermana para guardar las apariencias y, según le había dicho, para presentarse ante lady Fairfax sin más retraso.

A Alice le había parecido justo porque ella también deseaba casarse lo antes posible.

A Eveline, divertido y sorprendente.

A Oliver, imprescindible porque la deseaba en su cama con suma urgencia.

El criado abrió la puerta con rapidez. No era demasiado tarde. Alice se desató los lazos de la capa, dispuesta a preguntar por su madre, cuando una risa llegó desde la salita.

Una risa muy clara que pertenecía a Eleanor Fairfax.

Alice se detuvo en mitad del vestíbulo.

No recordaba cuándo había oído a su madre reír de aquel modo por última vez. No era la risa suave y educada con la que una viuda agradecía un cumplido inofensivo, ni la pequeña concesión a una broma de sobremesa, sino algo mucho más vivo,

casi juvenil. Y había otra voz con ella. Masculina, cálida y también divertida.

Alice se volvió hacia el lacayo.

—¿Mi madre está en la salita?

—Sí, milady.

—¿Con quién?

El pobre hombre pareció descubrir de pronto que el suelo del vestíbulo era fascinante.

—Con el señor Hargreaves, milady.

Alice parpadeó.

—¿El señor Hargreaves? —El sirviente asintió.

Oliver, a su lado, se inclinó ligeramente hacia ella.

—¿Debo conocer ese nombre?

—Fue el abogado de mi padre —respondió Alice, todavía mirando hacia la puerta de la salita. Se abstuvo de decir que ese hombre les entregó su última carta y les comunicó que estaban en la ruina.

Eveline se acercó un poco.

—Tu madre se está riendo con el abogado de tu padre… Interesante. Si mi hermano no sale corriendo después de la escena,

sabré que lo has impresionado. Para Oliver, cada cosa debe estar en su lugar y cada persona en su escalón social…

—No soy tan clasista, Eveline, y no pienso salir corriendo. Deja ya de tratar de asustar a mi prometida, te lo ruego, porque podrías acabar en un convento de Escocia —la avisó.

—Averigüemos lo que está sucediendo —propuso Alice.

Oliver le ofreció el brazo a su futura duquesa con toda la solemnidad de un hombre que entraba en un territorio desconocido y buscaba apoyo.

—Tal vez convenga averiguarlo antes de anunciar nuestra noticia.

—Sí. Creo que sí —coincidió la dama con el duque.

Alice le cogió el brazo. Y avanzaron. Eveline los seguía de cerca.

La escena que se encontraron los tres habría merecido ser pintada por un artista de renombre, aunque ningún pintor decente se habría atrevido a titularla de forma honesta.

Eleanor Fairfax estaba sentada junto a una mesa baja, con varias cartas en la mano, las mejillas sonrojadas y una expresión coqueta tan transparente que Alice estuvo a punto de preguntarle si había robado algún corazón masculino. Frente a ella se encontraba el señor Hargreaves, un caballero de mediana edad, de cabello plateado y rostro agradable. Había fichas sobre la mesa, dos copas de oporto sin terminar y una tetera vacía.

El señor Hargreaves se levantó de inmediato al percibir movimiento. Eleanor también intentó hacerlo, pero una carta se le deslizó de los dedos y cayó al suelo. Se quedó sentada y tuvo a bien verse avergonzada.

—Alice, hija mía —habló la condesa, demasiado deprisa —, has llegado pronto.

—¿Y eso resulta una contrariedad, madre? —inquirió con suavidad.

Eleanor miró a Oliver; después a Eveline y luego otra vez a Alice. Al reconocer al duque, se puso de pie y le hizo una reverencia rápida que habría resultado adecuada de no haber estado todavía sosteniendo un rey de corazones en la mano izquierda.

—Su Gracia.

—Lady Fairfax —la saludó Oliver con impecable corrección—, le ruego que disculpe nuestra irrupción a estas horas. Se trata de un asunto urgente. Señor Hargreaves, supongo.

El abogado inclinó la cabeza. Conocía al duque.

—Ese soy yo, Su Gracia. Es un honor conocerle.

—El honor es mío.

Eveline hizo una reverencia encantadora.

—Lady Fairfax, señor Hargreaves.

—Esta es lady Eveline Hartwell —la presentó Oliver—. Es mi hermana.

—Qué alegría recibirla, milady —dijo Eleanor. Su voz salió con cierto temblor. Era comprensible, pues se sentía como si hubiese sido sorprendida en mitad de una travesura impropia de su edad… aunque deliciosa.

Alice miró la mesa; luego a su madre y después al señor Hargreaves.

—No quisiera interrumpir una partida importante.

—No interrumpes nada —respondió Eleanor, con una vivacidad sospechosa—. El señor Hargreaves había venido a consultarme un asunto sin relevancia y… bueno, las cartas estaban aquí.

—Las cartas estaban aquí —repitió Alice.

—Sobre la mesa —añadió su madre, con dignidad—. Donde suelen estar las cartas.

El señor Hargreaves tosió con discreción.

—Lady Fairfax me estaba venciendo con una habilidad considerable. Es una mujer con innumerables talentos —la elogió.

—Oh, no exagere, señor Hargreaves —dijo Eleanor, y la sonrisa que le dedicó habría bastado para explicar la risa del vestíbulo, las copas de oporto y varios misterios más.

Alice se quedó mirándola. ¡Su madre se había sonrojado por completo!

Eveline dio un paso hacia la prometida de Oliver y le habló en voz baja, aunque no tanto como para que el duque no pudiera escucharla.

—Creo que tu madre tiene un pretendiente, Alice. Y sospecho que no tenías noticias de ello hasta el momento.

—Efectivamente —contestó la aludida, sin apartar los ojos de Eleanor.

Oliver carraspeó.

—Tal vez deberíamos anunciar la razón de nuestra visita antes de que la velada se vuelva más… reveladora —propuso el duque.

—Por supuesto —dijo Alice, recuperándose con esfuerzo —. Madre, sé que no son horas de una visita social, pero… En fin, tengo novedades que no podían esperar. Deseaba darte una noticia que… —Alice se aclaró la voz y se obligó a dejar de titubear—. Estoy prometida con el duque de Statony.

El silencio que siguió fue brevísimo.

Eleanor soltó el aire de golpe. Se la veía aliviada y también triunfante.

—¡Ya era hora!

Alice se quedó con la boca entreabierta.

—¿Ya era hora?

—Hija mía, llevo días escondiendo los periódicos en los que se habla de tu compromiso con el duque de Statony a pesar de que conocía tu reticencia. Créeme, no ha sido sencillo. Tu doncella casi encontró uno en el armario de la ropa blanca y tuve que fingir un repentino interés por reorganizar las sábanas. Una jugada arriesgada, Su Gracia, debo reconocerlo. Mi hija pudo haberlo llevado a la locura con facilidad. Es implacable cuando se lo propone.

Oliver cerró los ojos un instante. Le tocó a él sonrojarse. De acuerdo, los duques no se sonrojaban, así que Su Gracia se veía un poco incómodo porque la madre de su prometida había intuido su plan para atrapar a Alice.

—Lady Fairfax, debo pedirle disculpas por…

—No sea ridículo, Su Gracia —lo frenó—. Bueno, quizá sí debería mostrarse algo arrepentido, pero no tanto como para disculparse antes de tomar té. En esta casa las grandes explicaciones se digieren mejor con una taza en la mano y sospecho que a todos nos vendría bien recobrar el decoro por un momento.

—Un momento… Madre —dijo Alice—, ¿sabías que Londres me creía comprometida y no me dijiste nada?

—Estuviste enferma. Luego te mostraste obstinada. Y después de eso llegaron las flores, los dulces y ese maravilloso cesto con naranjas. Decidí esperar a que el caballero se ganase tu corazón. Todo el mundo sabe que un duque no se rinde con facilidad.

El señor Hargreaves volvió a toser. Esta vez, para ocultar una risa.

Oliver estrechó los ojos y miró al abogado con una seriedad ducal no demasiado eficaz. Le daba en la nariz que el caballero debía estar al corriente de todo lo acontecido, dado que no se veía asombrado ante nada de lo desvelado.

—Señor Hargreaves, intuyo que usted me debe comprender más de lo que parece. ¿Se ha ganado últimamente el corazón de alguna dama en especial? —tuvo la audacia de preguntar.

Eveline se rio con ligereza, mientras que Alice suspiró.

—Lo cierto es que todavía no lo sé —apuntó el hombre de leyes.

—No me diga que los abogados, a diferencia de los duques, se rinden con facilidad.

—Jamás —aseguró solemne.

—Rodeada de parejas agradables, una comienza a sentirse fuera de lugar. Una suerte que mi hermano no le haya pedido a lord Arden que nos acompañase, podría dar lugar a malas suposiciones.

—¿Lord Arden? —se interesó la madre de Alice.

—El mejor amigo de mi hermano —explicó Eveline—. Un hombre bastante desagradable y, como siempre van juntos, alguien podría interpretar que lo ha elegido para que yo…

—Eveline, por favor.

Y ahí quedó la conversación.

Lady Fairfax se repuso lo bastante después de la interrupción para ordenar que trajeran té, más tazas y algo de comer. Todos se acomodaron en la salita con corrección. Alice se sentó junto a Oliver; Eveline escogió un lugar desde el que pudiera observarlos a todos; Eleanor ocupó su silla anterior, aunque esta vez sin cartas en la mano, y el señor Hargreaves tomó asiento sin dejar de lado la cautela.

Durante unos minutos hablaron del tiempo, de la velada de lady Ashbury y de la salud de Alice. Fue una conversación educada.

Eveline, que no había nacido para permitir agonías prolongadas, dejó su taza sobre el platillo y se inclinó hacia Alice.

—Perdona que sea tan franca, pero necesito saberlo. ¿Qué fue lo que te enamoró de mi hermano?

Oliver se tensó.

—Eveline… ¿por qué tienes que avergonzarme siempre? —se quejó el duque.

—¿Avergonzarte? He visto cómo te mira tu prometida, hermano. Estoy convencida de que siente un cariño muy profundo por ti, incluso sospecho que está terriblemente enamorada.

Alice abrió la boca, pero Eleanor fue más rápida en responder:

—Probablemente el amor haya nacido porque el duque besa muy bien.

La taza de té de Alice se quedó suspendida a medio camino entre su boca y la mesa. Estaba claro que su madre había abusado del oporto.

Oliver miró hacia la chimenea con una concentración repentina, quizá decidido a estudiar el tiro del hogar con fines arquitectónicos.

El señor Hargreaves se llevó una mano a la boca. Eveline, en cambio, acababa de recibir un regalo de cumpleaños.

—¿Perdón? —preguntó Alice, cuando recuperó la voz.

—Oh, hija mía, no pongas esa cara. Una ya tiene edad suficiente como para saber todo lo que ocurre en su casa. Y cuando digo todo, es todo.

—Madre… —comenzó a suplicar.

—No me mires así, ni uses ese tono conmigo. La sirvienta te vio con Su Gracia en la salita y decidió avisarme de que tenías un pretendiente muy interesante. Hay ocasiones en las que una madre permite lo que debe permitir por el bien de su hija. Ya serás madre y lo comprenderás, Alice.

Oliver se inclinó hacia su dama.

—Lo siento —dijo solo para sus oídos—. Me arrojaría al Támesis antes de causarte vergüenza.

—No te mortifiques, conozco a mi madre lo suficiente para saber que ella cree que traté de seducirte cuando me di cuenta de que quería ser tu esposa y así poder convertirme en tu duquesa. Lo que no hay que subestimar son las aspiraciones que una amorosa

madre tiene para su hija. Escondió el periódico para que yo no averiguase tu plan —le susurró ella.

—No cuchicheéis —los reprendió lady Fairfax.

Eveline sonreía con auténtico deleite. Tras las revelaciones ya no pudo quedarse callada.

—Comienzo a entender algunas cosas. Entonces mi hermano besó a Alice y eso acabó por convencerla, porque por lo visto no estaba dispuesta a aceptarlo como esposo. Fascinante. Empiezo a creer que Oliver oculta talentos muy útiles debajo de todas esas capas de severidad.

—Por amor de Dios… —masculló el duque.

—¿Qué, hermano? No te irrites, es encantador descubrir que no eres casi humano, sino que lo eres por completo. Te felicito por tus méritos.

—Hay asuntos que no deben comentarse en presencia de damas jóvenes y muy influenciables que tienden a meterse en problemas muy serios.

—Oh, cierto —saltó Eleanor—. Vi también la mención de su hermana sobre cierta apuesta. No debe preocuparse, Su Gracia. Alice está más que capacitada para guiarla.

La aludida no sabía si eso sería así. Ella tenía un pasado que le pesaba en los hombros.

—¿Podemos cambiar de asunto, por favor? —suplicó Alice.

Eleanor sorbió su té con una serenidad admirable y luego miró con fijación a su hija para añadir:

—Llevaba años esperando a que encontraras tu propio camino, hija mía, para poder casarme con el señor Hargreaves. No me pidas que cambie el rumbo de la conversación.

Si antes la sala se había quedado en silencio, esta vez se convirtió en un velatorio.

Alice se giró despacio hacia su madre.

—¿Casarte?

El señor Hargreaves dejó su taza con extremo cuidado.

—Lady Alice, comprendo que esta noticia pueda sorprenderla, y le aseguro que jamás habría deseado causarle incomodidad. Su madre y yo nos apreciamos desde hace algún tiempo, pero ella consideraba que su primera obligación era permanecer a su lado mientras usted no tuviera una felicidad propia y segura.

Alice sintió que el asombro dejaba paso a algo extraño.

—¿He sido una carga para ti, madre?

Eleanor se levantó de inmediato y se sentó junto a ella, sin atender a que estaba rodeada de un duque, un abogado y una joven dama.

—No, mi niña. Nunca. Ni un solo día. Has sido mi orgullo, mi sostén y, muchas veces, la razón por la que me levantaba con valor. Pero no podía dejarte sola mientras creyera que tú seguías

viviendo para protegerme a mí. No podía permitirme la felicidad conyugal si eso te condenaba a una casa silenciosa, y a una vida donde todos daban por hecho que eras fuerte y que por ese motivo no necesitabas nada más. Doy gracias a Dios de que Statony haya visto lo que yo siempre he sabido. Eres una mujer admirable y él te hará brillar todavía más.

Alice bajó la mirada y se limpió una lágrima insolente que había tenido la poca elegancia de escapar de su cautiverio.

—Yo quería cuidarte.

—Y lo hiciste. Más de lo que una hija debería haber tenido que hacer jamás. Pero cuando vi que permitías a este caballero acercarse a ti y advertí la manera en que te alteraba, comprendí que quizá, al fin, no tendría que temer dejarte en manos de la soledad. Sospeché que con un hombre al que le habías permitido un beso así podrías ser feliz. Debo decirle, Su Gracia, que la doncella que los observó se quedó bastante fascinada debido a su ímpetu.

Oliver carraspeó y se puso muy serio.

—Lady Fairfax, me esforzaré por merecer esa confianza que me otorga.

Eleanor lo estaba mirando con los ojos brillantes.

—Eso espero, Su Gracia. Porque mi hija es extraordinaria, y si usted la hace sufrir, me temo que el señor Hargreaves y yo tendremos que estudiar qué recursos legales existen contra un duque insensato.

El abogado asintió con impecable gravedad.

—Conozco algunos —apuntó lleno de satisfacción.

Oliver inclinó la cabeza.

—Tomaré la advertencia con la seriedad que merece, aunque sospecho que su hija se basta para defenderse de cualquier injusticia, bien provenga de su esposo o de un traidor.

Eveline se recostó en su asiento, encantada.

—Esta familia me gusta muchísimo más de lo que esperaba. La sinceridad es refrescante.

—Nos alegra contar con tu aprobación, jovencita —dijo Eleanor, recuperando parte de su humor.

—La tiene. Aunque todavía necesito una respuesta completa y aprovecharé la sinceridad que se respira. Alice, ¿cómo de competente es mi hermano besando?

—Eveline… —le advirtió Oliver, con un tono que habría hecho huir a un regimiento.

Alice miró a la joven, luego a su madre, después al señor Hargreaves, que parecía estar considerando seriamente fingir sordera, y por último a Oliver. Él tenía el aspecto de un hombre dispuesto a enfrentarse a una guerra antes que a otra frase de aquella conversación.

Y entonces Alice sonrió.

—Tan bien como para que haya aceptado casarme con él cuando yo me había jurado que no lo haría jamás.

Eveline soltó una risa luminosa.

Eleanor se llevó una mano al pecho, satisfecha.

El señor Hargreaves volvió a toser, aunque sus ojos reían.

Oliver miró al techo.

—Por Dios, no le digas eso a mi hermana, porque en estos momentos se creerá con permiso para ir besando a todos los sapos que se crucen en su camino.

—No te preocupes —respondió Alice, volviéndose hacia él con una dulzura cargada de intención—. Yo solo necesité besar una vez para encontrar a mi príncipe, así que estoy segura de que tu hermana será inteligente y no querrá arriesgarse con todos los sapos del reino. Encontrará a su pareja cuando tenga que llegar y le bastará un solo beso.

Eveline ladeó la cabeza, menos burlona de pronto para preguntar:

—¿Lo crees de verdad? ¿Solo se necesita un beso?

—Sí. Y también creo que no debes confundir a un hombre que solo te admira con uno que te vea de verdad —insistió Alice.

Eveline bajó la vista hacia su taza durante un instante porque estaba considerando las indicaciones de Alice. Oliver observó a su prometida con una emoción tan evidente que ni siquiera intentó esconderla.

Eleanor sonrió con ternura ante todo el bello óleo que se presentaba bajo su mirada.

—Creo que Su Gracia ha elegido muy bien. Tanto para él como para su hermana. Mi hija será feliz.

—Estoy de acuerdo —añadió Eveline.

Oliver suspiró.

—No puedo negarlo, aunque sospecho que voy a tener que combatir con dos grandes guerreras que tratarán de ponerme de rodillas. No lo consentiré, ya os lo advierto a ambas, así que no quiero decepciones cuando no logréis rendir a un duque de mi envergadura.

Alice apoyó la mano sobre la suya y no le importó que tuviesen público.

—Tranquilo, Oliver. Todo va a salir bien. Has sobrevivido a mis negativas, a una conversación complicada y muy honesta y a mi madre y tu hermana hablando de besos. Estoy empezando a pensar que eres más fuerte y poderoso de lo que pareces.

—Mientras tú seas la recompensa, soportaré cuanto sea necesario, incluso que mi hermana descubra que tengo virtudes que no figuran en mis informes. —Él entrelazó los dedos con los suyos y se los llevó a los labios, aunque su voz siguió siendo grave, la mirada se le suavizó de una manera que hizo callar a Alice por dentro:

—Ay, el amor… —suspiró Eveline embelesada—. Jamás pensé que mi hermano caería preso de tan dulce sentimiento. Aquí estoy, como si estuviese viendo una obra de Shakespeare que no tiene nada de tragedia.

—Eveline, tú deberías tener más cuidado que Alice, porque podrías terminar en Escocia si sigues atormentándome —la avisó.

—Oh, Oliver, ¿acaso no sabes que la función de las hermanas pequeñas es atormentar a sus hermanos mayores sin compasión? Shakespeare lo aprobaría, sin duda.

El duque gruñó por lo bajo, pero luego soltó una carcajada; Alice ocultó una sonrisa sincera; Eleanor se rio otra vez y el señor Hargreaves miró a su amada con una devoción que la futura duquesa de Statony pudo reconocer con facilidad.

Y en el centro de todo ello, figuraba el impenetrable duque de Statony, incapaz de esconder la felicidad que sentía.

Y esa imagen de él, inesperada y cálida, era todo lo que Alice habría podido pedir en un pretendiente.

Capítulo 14
La obligación de una mujer

Alice iba a casarse. A contraer matrimonio con un duque, nada más y nada menos. Y él la amaba.

Aquello debería traerle paz y alegría, incluso esa clase de esperanza que hacía que una mujer se quedase inmóvil frente al espejo mientras intentaba reconocerse como la futura esposa de un hombre al que deseaba con todas sus fuerzas. Quería casarse con Oliver. ¿Qué mujer no soñaba desde la cuna con el día en que desposase a un apuesto caballero que la convirtiese en madre? Alice había perdido toda esperanza hacía tiempo. Lo quería a él, no solo su título o su protección.

Sabía que ese hombre podía convertirse en lo mejor que le hubiese ocurrido jamás.

Pero no estaba tranquila. ¿Cómo podría estarlo alguna vez?

Gabriel había llegado a su vida cuando todo se desmoronaba y le había ofrecido una salida. No una salida fácil, ni

respetable o adecuada para la hija de un conde, pero sí una que no la obligaba a hacer cosas peores para conseguir dinero. Había trabajado porque no le quedó otra alternativa. Una dama no trabajaba. Mucho menos la hija de un conde, aunque su padre las hubiera dejado al borde de la indigencia.

Si un solo caballero la reconociese por haber estado en The Black Swan, los rumores serían devastadores. No solo sería su ruina. También salpicaría a Oliver, y lo que sería peor, a Eveline, aquella muchacha vivaz que le había gustado mucho más de lo que esperaba y cuya reputación ya caminaba sobre un hilo demasiado fino. Alice no podía permitir que las decisiones que había tomado para sobrevivir terminaran manchando a una joven que aún podía salvarse de sus propios errores.

Solo había una cosa que hacer.

No le gustaba la idea. Le parecía desesperada, peligrosa incluso, pero era la única solución que se le había ocurrido mientras permanecía en su habitación, con la capa extendida sobre la cama y su doncella aguardando una orden que no se atrevía a darle en voz alta.

Alice alzó la vista hacia la sirvienta.

Durante un segundo, dudó. ¿Era tan valiente como presumía?

¡No quería perder la última oportunidad de ser feliz!

Después afirmó con la cabeza.

La doncella desapareció para cumplir con sus tareas, y Alice se quedó pensando en si habría hecho bien o no.

No tenía sentido echarse a llorar. Cogió la capa, se ajustó el bonete y salió de casa en dirección al club de Gabriel.

Llegó sin dificultades en un carruaje de alquiler. The Black Swan ofrecía un aspecto muy distinto a mediodía.

Sin el ruido de las apuestas, ni las carcajadas o el humo espeso de la noche, el club parecía una criatura dormida. Las mesas estaban limpias, las sillas colocadas con orden y un chiquillo barría junto a la entrada.

Briggs fue quien la recibió. Al verla, arqueó las cejas con auténtica alarma.

—Señorita Alice, el señor Hope no la esperaba.

—Lo sé. Dígale que necesito verlo.

—Está… descansando.

Alice se quitó los guantes con una calma que no sentía.

—Entonces tendrá que descansar después, porque es un asunto urgente que no admite demoras.

Briggs la miró con resignación. Él había visto a Gabriel Hope partirle la nariz a más de un necio, pero sabía distinguir cuándo una mujer resultaba mucho más peligrosa que cualquier borracho armado con una botella. No trató de discutir con ella.

—La escoltaré. Al jefe no le agradaría que la dejase sin vigilancia.

Y así se hizo. Alice aguardó en el despacho del fondo. A esa hora, la habitación carecía de la protección nocturna que le concedían las lámparas y el bullicio del club. La luz del día entraba por la ventana estrecha para mostrar cada marca de tinta sobre el escritorio desgastado.

No tardó demasiado en oír pasos en el corredor.

Gabriel apareció ante ella con una bata oscura mal anudada y el cabello revuelto. Al menos llevaba los pantalones puestos, pensó Alice. Se veía fiero. No parecía avergonzado por presentarse tan descaradamente vestido ante ella. Su hermano habría comparecido ante el mismo arzobispo de Canterbury con la misma bata si el asunto fuese igual de urgente. Alice comenzaba a conocerlo bien.

—Espero que alguien haya muerto —dijo Hope—, porque me han despertado antes de que pueda odiar el día. Y debo añadir que estaba muy bien acompañado en el lecho. ¿Qué diablos te ocurre, mujer? —ladró.

—Buenos días a ti también, Gabriel.

Él cerró la puerta a su espalda y la estudió con atención.

—Supongo que no has venido por las cuentas o porque tengas información relevante sobre alguno de nuestros socios.

—No.

—¿Tu madre?

—Está bien. De hecho, quiere casarse con un pretendiente que ha surgido de la nada, aunque sospecho que lleva

tiempo inmersa en un cortejo que yo desconocía.

—Buena decisión para cualquier mujer. ¿Entonces a qué se debe tanta prisa?

Alice inspiró despacio. Había ensayado varias formas de decírselo durante el trayecto, pero todas le habían parecido demasiado débiles al llegar al club. Con Gabriel no servían las medias tintas.

—Estoy enamorada —soltó sin más.

Gabriel alzó ambas cejas.

Después la miró con el mismo horror que le habría dedicado a una pistola cargada que descansase sobre el escritorio.

—No.

—¿No?

—Eso he dicho.

—¿No puedo estar enamorada, Gabriel?

—Eso es. No puedes estarlo.

—Ah. Creo que estás olvidando que no te estoy pidiendo permiso para enamorarme. Solo te informo.

—¿Se trata de Statony?

—Sí. Intuyo que has estado leyendo la prensa.

La boca de Gabriel se curvó de un modo nada amable. ¡Claro que él se interesaba por las columnas para ver qué hacían sus clientes fuera de su club!

—Un duque. Claro. Porque enamorarte de un hombre razonable, sin título y con menos posibilidades de arruinarte la vida no tenía suficiente interés para ti. ¿Me equivoco?

—No he venido para que lo insultes.

—Entonces has calculado mal tus opciones. —Gabriel avanzó hasta el escritorio y apoyó las manos sobre la madera—. Hace unos días te pregunté si pensabas dejar tu puesto de trabajo, y me juraste que no.

—Lo sé.

—Y en ese breve intervalo has decidido casarte con un duque. Con Statony, nada más y nada menos.

—También lo sé.

—Estupendo. Me tranquiliza saber que sigues reconociendo las catástrofes con facilidad. ¿Statony, Alice? ¿Acaso no sabes quién es ese hombre?

La dama apretó los labios. No estaba allí para discutir, aunque con Gabriel aquello era una misión imposible.

—Lo sé muy bien. ¿Has olvidado que te he dicho que lo amo?

Él soltó una risa seca.

—Eso sonará precioso en un salón. Aquí, en cambio, significa que cuando tu duque averigüe dónde has pasado las noches, con quién has trabajado y qué clase de hombres te han visto entrar y salir de mi club, te mandará a remar en galeras si antes no te encierra en alguna de sus propiedades con una institutriz, dos carceleras y una Biblia del tamaño de una lápida.

—Confío en que no sea así —dijo, tratando de mantener la compostura. Su hermano había descifrado su peor miedo.

—Tú no confías en eso. Deseas que ese cuento falso de hadas tuyo se construya del modo en el que lo has ideado. Hay una gran diferencia.

—Tener fe en salir victoriosa no es nada malo. Vine a verte hace años sin ninguna expectativa y logré dejarte impresionado.

—Yo no diría tanto —farfulló.

—Pues yo sí. Tuve fe en ti y, de paso, en mí también. Porque yo creo en mí. —Se tocó el pecho—. Soy una mujer muy válida, que tiene derecho a ser feliz con el hombre que ama, y ni tú ni nadie me privará de ese derecho. Me he ganado cada condenado momento de felicidad que pueda tener en el futuro. He luchado con uñas y dientes y es hora de que me deje querer por un hombre que estoy segura de que estará a la altura de mis expectativas. —Cuando terminó su discurso se dio cuenta de que sus mejillas estaban húmedas. Las lágrimas ya no podían ocultarse.

Gabriel la miró con una dureza que no escondía su preocupación.

—Los lores son todos iguales, Alice. Se llenan la boca de honor cuando les conviene y luego abandonan a una actriz en un barrio miserable cuando no les queda dinero creyendo que el amor será suficiente para llenarles la barriga; dejan a un hijo en un hospicio y mueren escribiendo cartas llenas de arrepentimiento para que otros carguen con la porquería que ellos no limpiaron en vida. Tú, al igual que yo, sabes bien de lo que te hablo. Tu duque no será mejor que nuestro maldito padre.

La alusión al difunto lord Fairfax fue necesaria.

Alice decidió no retroceder. Gabriel tenía derecho a despreciar a los hombres de alta cuna. Había sido uno de ellos quien lo condenó antes de nacer. Aun así, Oliver no era Fairfax. No podía permitir que Gabriel los metiese en el mismo saco solo porque ambos pertenecieran a la alta sociedad.

—Te equivocas. Oliver no es como los demás. —Y rezó para no estar equivocada.

—Eso dicen todas las mujeres antes de descubrir que viven en el infierno.

—Yo no soy todas las mujeres. Me ofende que pongas a prueba de nuevo mi criterio.

—Si fueses inteligente, no estarías en esta situación. Tú crees que puedes vencer a un duque con decencia, inteligencia y esos ojos de mártir enfadada que pones cuando piensas hacer algo temerario.

—No he venido a pedir tu aprobación. Solo a informarte de que pronto me casaré.

—Ya me estaba preguntando para qué demonios habías venido. ¿Eso es todo? ¿Me dejarás y ya está?

Alice se acercó al escritorio y apoyó los guantes sobre el borde. Le temblaban un poco los dedos, aunque logró que su voz no lo hiciera.

—No te estoy abandonando, Gabriel. Te debo mucho. Me salvaste cuando no tenía a dónde acudir. Me diste trabajo cuando otra persona me habría ofrecido caridad o algo bastante peor. Gracias a ti mi madre no tuvo que saber lo cerca que estuvimos de la ruina verdadera, y yo no tuve que convertirme en una carga para nadie.

La expresión de su hermano se endureció todavía más.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Hablarme con gratitud. Me pone de mal humor.

—Todo te pone de mal humor. ¿No podrías alegrarte por mí?

—No, no puedo porque no quiero que sufras cuando él te destierre o te castigue de un modo más cruel. ¡Por amor de Dios, Alice! —tronó—. Dios sabe que si él te hace daño, lo mataré y acabaré en la horca. ¿Eso es lo que quieres? ¿Verme colgado y con el cuello roto?

El silencio se volvió tenso. Gabriel se giró para no mirarla. Ella seguía llorando sin emitir apenas sonido. Tomó una

larga bocanada de aire. Al fin comprendía el miedo que tenía su hermano.

—No te abandonaré —insistió—. Sé que no has podido confiar nunca en nadie lo suficiente, pero te pido que confíes en el amor que siento por él y en el amor que él siente por mí.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que tu sueño acabará bien? —preguntó, porque la veía muy segura de sí misma.

Alice casi sonrió.

—He hecho lo necesario para averiguar si Statony es diferente. Siempre tengo un plan, Gabriel.

El señor Hope entrecerró los ojos.

—¿Qué significa eso?

Alice levantó la barbilla. En esa decisión había miedo, sí, pero también más seguridad.

—Significa que voy a probarte que mi fe en él está justificada. Me has enseñado bien. Eso es todo lo que necesitas saber.

Gabriel no dijo nada durante un largo momento. Luego se incorporó despacio. Volvía a ser el dueño de The Black Swan, duro y viril.

—Alice —dijo con voz baja—, dime que no has hecho una estupidez. Me juraste que no le dirías a nadie la relación que nos une.

Ella lo miró sin pestañear.

—He hecho una apuesta. La apuesta de mi vida. Nunca quebrantaría un juramento. Y ahora haz el favor de abrazar a tu hermana, porque si después de tu confesión sobre la horca no merezco que me des una muestra de cariño así, no sé cuándo sería adecuada. ¿No ves que lloro y necesito consuelo, Gabriel Hope?

Por supuesto, su hermano no avanzó hacia ella, pero Alice ya estaba delante de él con los brazos abiertos y el señor Hope sabía cuándo no podía salir de una situación embarazosa si no quería crear otra mucho peor. La abrazó.

Capítulo 15
Una apuesta peligrosa

La nota infame llegó a Statony House a primera hora de la tarde, sin remitente, lacrada con una cera corriente y entregada por un muchacho que desapareció antes de que pudiese ser interrogado.

Oliver Hartwell la sostenía entre los dedos sin abrirla. Había aprendido, a lo largo de los años, que los mensajes anónimos rara vez contenían algo digno de respeto. Eran el refugio de los cobardes, de los envidiosos y de esa clase de almas miserables que preferían arrojar veneno desde una esquina antes que enfrentarse a la verdad a plena luz. En otras circunstancias, la habría quemado sin más. Sin embargo, la sensación de amenaza que desprendía aquel papel no le permitía actuar de ese modo.

Finalmente rompió el sello.

Su prometida no es más que una falda ligera que se acuesta con Gabriel Hope, regente del club The Black Swan.

La leyó una vez.

Después otra.

Durante unos instantes no sintió nada.

El despacho permanecía en silencio. Allí dentro, en su guarida, todo seguía exactamente igual, y aun así, algo en él se estaba volviendo violento.

Sentía una ira desconocida.

Una cólera tan negra, inmediata y peligrosa que el papel crujió bajo sus dedos antes de que hubiese decidido apretarlo. Alguien se había atrevido a escribir aquellas palabras sobre Alice. Un desgraciado había decidido arrastrar por el barro la reputación de su prometida. La osadía y cobardía de dicha acción merecían un castigo ejemplar. Veía sus propias manos cerrándose alrededor del cuello del responsable de tal calumnia. El placer frío de la acción le sacó una sonrisa siniestra. Mataría al canalla sin un juicio justo porque él ya lo había considerado culpable de todos los cargos.

Sus ojos regresaron a la única pista que contenía aquel papel infame.

Gabriel Hope.

The Black Swan.

Oliver echó la nota al fuego. Descubriría quién había pensado que podía convertir a su prometida en materia de burla.

Llamó al mayordomo para pedir el sombrero, los guantes y la capa. Salió de Statony House a toda prisa, tanta que Jackson, al verlo cruzar el vestíbulo, se apartó sin hacer preguntas. El secretario lo conocía demasiado bien. Cuando el duque caminaba

de ese modo, lo más sensato era dejar que Londres se preocupara por sí mismo.

Le dio el nombre del club a su cochero y se pusieron en marcha. El trayecto hasta esa parte del East End se le hizo insoportable.

¿Su Alice, la amante de un hombre? ¡Qué despropósito! La inocencia de ella no estaba en tela de juicio. Oliver había sabido, cuando la besó la segunda vez, que ella era tan pura como la nieve. Aunque su dama sí había hablado de un pasado que no podía confesarle; una necesidad y de cosas que una futura duquesa no debería haber hecho jamás. No. No podía ser la amante de ningún hombre.

Y Oliver, por primera vez desde que había decidido reclamarla, sintió que tal vez no la había protegido lo bastante deprisa. Tendría que haberse casado con ella por medio de una licencia especial al día siguiente de haber informado a lady Fairfax de su compromiso, porque ¿quién en su sano juicio se atrevería a poner el nombre de su duquesa en entredicho? El hombre estaba muerto. Así de simple.

Bajó del carruaje, y el denominado The Black Swan era tal y como se lo había imaginado. La fachada escondía una casa de juego con fama suficiente como para que su cochero hubiese oído hablar de un lugar así.

Un hombre corpulento lo interceptó en la entrada.

—El club está cerrado.

—Busco a Gabriel Hope.

—El señor Hope no recibe visitas.

Oliver lo miró con una frialdad que habría bastado para helar varios corazones de un plumazo.

—¿Cuánto quiere por dejarme entrar? Ponga un precio.

—La lealtad no se compra.

—Haremos esto por las buenas o por las malas. Soy un duque, un par del reino, y, si no quiere que este maldito club cierre las puertas mañana mismo, le aconsejo que no ponga a prueba mi determinación. Conozco a un buen puñado de magistrados que toman en consideración mi opinión; leo el periódico al lado de muchos jueces cuando visito la corte. Y he recitado tantos discursos en la Cámara de los Lores que ya he perdido la cuenta de mis intervenciones. ¿Quiere arriesgarse, hombre?

El guardián del club dudó. En honor a la verdad, el tipo se veía elegante y muy ducal.

—El señor Hope… —comenzó a decir.

—El señor Hope agradecerá que usted no me haga enfadar y así yo no use toda mi influencia para hundir el club —lo interrumpió—. Se lo aseguro.

El otro asintió. Consideraba que no habría sido una casualidad que primero hubiese llegado la señorita Alice y luego un duque. A pleno día. Su jefe no le pagaba para que él creyese en el azar.

Lo condujo por el pasillo en dirección al despacho del señor Hope. Antes de entrar, Oliver ya había oído voces. Una de ellas

masculina y la otra, femenina y demasiado conocida para que el corazón no le golpease las costillas con furia.

Alice.

No esperó a ser anunciado. Abrió la puerta del despacho del fondo sin la aprobación del gorila que lo acompañaba.

Lo que vio le prendió fuego en las entrañas.

Un desconocido, en bata oscura, con el cabello revuelto y la mandíbula tensa, sostenía entre sus brazos a una Alice llorosa.

Su Alice.

Ella tenía el rostro hundido contra su pecho y las manos cerradas sobre la tela, mientras él la abrazaba. Demasiada intimidad había ahí.

El mundo se volvió rojo.

Oliver no se lo pensó dos veces.

—¡Malditoooooo! —rugió.

Su voz no fue la de un duque impasible. Fue un rugido. Un león en plena selva.

Alice saltó del abrazo con una rapidez que denotaba culpabilidad y eso empeoró todo lo que Statony estaba sintiendo.

—Oh, cielos… —murmuró ella.

Gabriel se giró hacia él muy despacio.

—¿Quién demonios se cree que es para entrar así en mi club?

—El hombre que va a estrangularlo si vuelve a ponerle las manos encima a mi prometida.

Alice palideció.

—No, espera…

Gabriel no esperó.

El primer golpe lo lanzó él. Oliver lo vio venir, lo esquivó a medias y recibió el impacto en el hombro, lo bastante fuerte para hacerlo retroceder un paso contra el escritorio. Respondió de inmediato con un puñetazo que alcanzó a Gabriel en la mandíbula. El sonido seco del golpe hizo gritar a Alice.

—¡Basta!

Ninguno de los dos la escuchaba.

Gabriel embistió con una furia callejera que no tenía nada de elegante, pero sí una eficacia brutal. Oliver no peleaba como un noble ofendido; había aprendido lo suficiente en su juventud para no caer ante el primer hombre decidido a derribarlo, y la cólera le proporcionaba la fuerza suficiente para mantener la pelea. Chocaron contra una silla. Un libro de cuentas cayó al suelo. Gabriel intentó sujetarlo por la levita; Oliver le retorció el brazo, y el dueño del club le respondió con un golpe en las costillas que lo dejó sin aire.

Briggs y otros dos hombres irrumpieron en el despacho.

—¡Señor Hope!

Intentaron separarlos. No pudieron.

Gabriel, medio vestido y con sangre en el labio, parecía dispuesto a matar a un duque. Oh, sí, por supuesto que el señor Hope se imaginaba con quién se estaba peleando. Oliver, con la levita abierta y el rostro cargado de ira, no veía nada más que a su rival. El duque se soltó de uno de los hombres con una sacudida que lo mandó contra la pared.

Alice se plantó entre todos ellos con los ojos llenos de lágrimas y la voz rota por el pánico:

—¡Es mi hermano, Oliver! ¡Él es mi hermano! Por favor, detente, por favor…

El golpe que el duque estaba a punto de lanzar se quedó suspendido en el aire.

Gabriel también se detuvo, solo porque no quería hacerle daño a Alice. Los hombres del club se quedaron quietos, sin saber qué hacer.

Entonces Oliver miró a Alice.

—¿Tu hermano?

Ella asintió. Temblaba.

—Mi medio hermano, en realidad.

El silencio que siguió fue incómodo para todos los presentes.

Gabriel se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano y miró a sus empleados.

—Fuera.

—Señor Hope…

—He dicho fuera. ¡Ya!

Briggs vaciló lo justo para comprobar que su patrón no estaba a punto de desplomarse. Después hizo salir a los otros dos hombres y cerró la puerta tras de sí.

Se quedaron los tres en el despacho. Gabriel sin la bata, con el torso desnudo y unos finos pantalones. Oliver con la levita destrozada, el chaleco manchado de sangre y la camisa maltrecha. Alice permanecía entre ambos, demasiado pálida para que ninguno de los dos pudiera sentirse vencedor de nada.

Gabriel fue el primero en hablar.

—Bien, deduzco que tengo el privilegio de haber peleado contra Su Gracia el duque de Statony.

—Y yo sospecho que usted es el señor Hope.

—Hechas las presentaciones… Ya sabe dónde está la puerta. Puede marcharse antes de que mi hermana tenga que verlo dejándola en la estacada. Le ahorraré el discurso noble sobre la decepción, si quiere. Los hombres de su clase siempre acaban

diciendo lo mismo con palabras más largas. Es hermana de un bastardo y ella trabaja para mí.

—Gabriel…, por favor —murmuró ella.

—Es mejor que sepa la verdad y actúe en consecuencia, Alice.

Oliver lo miró con frialdad. El golpe en las costillas le dolía, pero no tanto como la imagen de Alice llorando en brazos de otro hombre. Los celos lo habían poseído.

—No pienso marcharme.

Gabriel soltó una risa desagradable.

—Qué generoso. ¿Va a quedarse el tiempo suficiente para decidir cuánto le conviene repudiarla?

—Voy a quedarme hasta que alguien me explique qué está pasando aquí.

La dama cerró los ojos un instante.

—Oliver…, es… complicado.

—La explicación completa, Alice. Nada de medias verdades. Nada de sacrificarte en silencio mientras yo tropiezo con secretos que han estado a punto de hacerme cometer una estupidez irreparable. ¿No entiendes que iba a matarlo por haberte tocado?

—¿Matarme? Ni en sus mejores sueños, Su Gracia.

—Gabriel, es suficiente —lo frenó de inmediato.

—¿Suficiente? El hecho de que no haya salido a toda prisa todavía no demuestra nada. Dile la verdad que te exige y se tirará por la ventana para escapar.

—Alice, estoy esperando. —Statony se negaba a darle más munición al denominado señor Hope.

Ella bajó la mirada hacia sus guantes. Los tenía arrugados entre los dedos.

—Después de la muerte de mi padre, el señor Hargreaves nos explicó que estábamos casi arruinadas. No solo con menos dinero del que creíamos, sino en una situación que podía volverse desesperada. Luego nos entregó una carta de mi padre. En ella confesaba que había amado a otra mujer durante años. Una actriz llamada Cassandra Hope. De esa relación nació un hijo.

Oliver observó con descaro a Gabriel.

—Usted.

—No me mire como si acabara de descubrir una antigüedad curiosa, Su Gracia. Soy un bastardo en todo el jodido sentido de la palabra. —Usó el exabrupto con gran intención.

—Sigue, Alice. —Statony no pensaba prestarle más atención de la necesaria al denominado señor Hope.

—Claro que sí. Los hombres de su mundo no saben hacer otra cosa más que dar órdenes a sus inferiores. Tal vez usted sea todavía más bastardo que yo —dijo con arrogancia.

Ella dio un paso hacia Gabriel, probablemente para reprenderlo con dureza, pero Oliver levantó una mano.

—Continúa —le pidió.

Alice asintió.

—Busqué a Gabriel. Al principio fue horrible. Él odiaba a nuestro padre y tenía motivos para hacerlo. Fairfax lo abandonó. Nunca lo reconoció. Gabriel creció sin nada de lo que a mí, al menos, me dieron por nacimiento. Yo fui a verlo porque necesitaba conocerlo y porque no sabía qué hacer. Era mi hermano, el único que podría ayudarme, aunque no me conociera. Yo sabía llevar los números, así que le pedí trabajo.

Oliver no se movió.

—En este club.

—Sí. Como contable. No era respetable, pero era dinero honrado. Gabriel me pagaba bien, me protegía y, por descontado, me permitió evitar males mayores.

—Trabajar con tu cuerpo. —Solo de pensarlo se le helaba la sangre. Si ella hubiese tenido que convertirse en… Oliver apartó esa idea de su mente.

—Sí. No tuve que pedir caridad ni depender de parientes muy lejanos que nos habrían humillado.

Gabriel apartó la mirada hacia la ventana estrecha del despacho.

—Le hice jurar que no diría a nadie que era mi hermana —dijo él—. En este lugar hay hombres que pagarían mucho por tener algo contra mí. Una amante puede marcharse, más cuando yo no ofrezco fidelidad. Aquí creen que Alice es mi amante y que yo no le soy fiel. Una hermana, en cambio, se usa de rehén. Protegí bien su identidad. Aquí no es lady Alice Fairfax. En mi club la conocen como la señorita Alice, la mujer que lleva mis cuentas y tiene mi protección. Nadie debía saber más.

Oliver recogió del suelo uno de los libros abiertos. Vio las columnas ordenadas, las cifras claras y anotaciones precisas. Su inteligencia puesta al servicio de la supervivencia y su valor convertido en simple tinta.

Sintió orgullo.

Y después, de nuevo, llegó la ira.

—Me temo que los rumores ya han llegado —indicó el duque.

Alice levantó la cabeza.

Gabriel se tensó.

Oliver suspiró.

—Me ha llegado hoy mismo una nota en la que se me revelaba que mi prometida era la amante del dueño de este club, de Gabriel Hope —desveló.

—¿Quién le habrá mandado esa basura? ¿Mallory? —le preguntó a su hermana.

Alice negó con la cabeza. Era del todo natural que su hermano hubiese sacado esa conclusión. Ese tonto mencionado la observó bien durante su encuentro en el club y pudo haber descubierto su identidad en caso de haberse cruzado con ella en un salón de baile.

—No. No fue Mallory ni ninguno de los clientes del club.

Ella cerró los ojos.

Gabriel frunció el ceño.

—¿Alice? ¿Cómo estás tan segura? ¿Sabes de dónde ha podido salir esa dichosa nota? —preguntó con gran interés el señor Hope.

—Fui yo. Garabateé las letras con torpeza y luego le pedí a mi doncella que se ocupase de hacértela llegar —le confesó al duque.

Gabriel golpeó la mesa del escritorio.

—¿Has perdido la cabeza? —saltó su hermano.

—¡Por amor de Dios! —exclamó al mismo tiempo Oliver.

—No sabía qué hacer —dijo ella, apresuradamente, como si las palabras pudieran arreglar una decisión tomada en plena desesperación. Miró a su hermano entonces para decirle—: Te había jurado que no revelaría la verdad sobre ti, y aun así no podía casarme contigo —esa parte la dijo mirando al duque— sin que supieras lo que había ocurrido. Tenías derecho a descubrirlo antes de que aceptaras una esposa que podía arrastrar un escándalo hasta tu casa. Pensé que si recibías una acusación así, vendrías a

investigar de inmediato. Que verías el club, a Gabriel, a mí… y así podría explicarlo sin romper mi juramento del todo. Quería saber si podías casarte conmigo después de descubrirlo todo.

Oliver levantó la vista hacia ella.

La cólera que había en su rostro hizo que Alice retrocediera un poco. No parecía enfadado. ¿Estaba herido? Furioso. Sí, eso era.

—¿Después de descubrirlo? —repitió él—. ¿Y esa era tu solución? ¿Escribirme una calumnia contra ti misma y esperar a que yo reaccionara de un modo que te permitiese medir mi honor?

—Yo…

—¡Maldita sea! Entiendo que él —señaló a Gabriel— dude de mí, pero ¿tú? ¡Te dije que sería tu escudo! —tronó.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Si lo hubieras sabido, habrías confiado en mí desde el principio. ¿No lo entiendes todavía, Alice? Soy un duque, uno poderoso. Siempre pondré mi nombre y título entre tú y cualquier infamia antes de permitir que una sola palabra te roce. Pero tú has decidido probarme del peor modo posible. ¿De qué me sirve mi reputación si no puedo protegerte a ti o a Eveline?

Alice se llevó una mano a la boca.

—Creí que…

—Has sido condenadamente trágica con todo este maldito asunto, Alice —insistió.

Gabriel arqueó una ceja.

—Debo reconocer que no era la reacción que esperaba de un duque.

Oliver se giró hacia él.

—No me diga… ¿Y qué esperaba? Ah, sí, ya lo recuerdo… Que me tirase por la jodida ventana. —El señor Hope se cuadró—. ¿Qué? ¿Cree que es el único que puede decir esa clase de palabras en presencia de una dama?

—¿Busca mi aprobación, Su Gracia? —preguntó en tono burlón el otro.

—Su juicio me importa tanto como un par de botas viejas. He dicho que será mi esposa; ella me ha aceptado y, por lo tanto, ella es mía. Su opinión es la única que me preocupa.

Gabriel lo examinó con desconfianza.

—No se apresure, Su Gracia. Alice no puede marcharse de aquí. La necesito en el club. Lleva mis cuentas como si hubiese nacido para ello y no pienso perderla porque usted haya decidido ponerle un anillo en el dedo.

Oliver soltó una risa breve, incrédula y furiosa.

—Para llevar las malditas cuentas hay hombres que correrán menos riesgos.

—Ninguno como ella.

—No he dicho que fueran mejores que ella. Le estoy diciendo que le encontraré a un maldito contador que le lleve las malditas cuentas porque ella tiene cosas mejores que hacer. Le recomendaré a alguien de confianza, señor Hope. Discreto, capaz y lo bastante ambicioso para hacerle ganar más dinero todavía, si eso es lo que tanto le preocupa.

Gabriel lo miró con evidente desprecio.

—Mi preocupación no es el dinero.

—Ya me lo imagino. Su hermana sabe cómo ganarse el corazón de un hombre. Usted no es tan diferente de mí en ese aspecto. Vio lo que ella valía y pretende retenerla. No puedo consentirlo.

Aquello dio en el blanco. Gabriel miró a Alice. Ya no parecía el dueño del club, ni el hombre al que tanto temían quienes le debían dinero. El señor Hope trataba de proteger a su hermana.

Alice se dio cuenta de inmediato.

—Gabriel, no pienso abandonarte, ya te lo he dicho. Quiero que vengas a casa y que…

—No empieces de nuevo —dijo Hope—. Y tampoco me mires con esos ojos.

—Voy a casarme con él. Te he demostrado que es un hombre por quien vale la pena luchar.

—Eso ya lo he oído antes.

—No voy a dejar de ser tu hermana.

Gabriel apretó la mandíbula.

—Nunca has sido sensata.

—He sido sensata durante demasiados años. Y si te digo que vendrás a casa a tomar el té conmigo, es porque es lo que vas a hacer. Amo a este hombre y tú lo apreciarás por mí, porque es lo que yo te pido.

Oliver dio un paso hacia ella. Esta vez no la tocó hasta que Alice lo miró y le concedió permiso con un leve movimiento. Entonces le cogió la mano.

—Bastante trabajo tendrás siendo mi duquesa —apuntó sin poder ocultar su ternura—, impidiéndome cometer nuevas atrocidades sociales, cuidando a Eveline cuando yo no sepa entenderla y amándome sin descanso. Esa última será tu mayor obligación, querida mía, y espero que la desempeñes con la diligencia que merece. No obstante, te dejaré también ocuparte de tu hermano. Está más que claro que ese animal necesita una mano firme y dulce que lo guíe también. Vendrá a casa cuando tú lo decidas, aunque yo tenga que enseñarle el camino mientras lo apunto con una pistola por la espalda.

Alice soltó una risa temblorosa.

—Suena agotador, tanto para ti como para mí.

—Lo será. Yo soy un hombre difícil.

—No me había dado cuenta —le dijo sin perder la sonrisa.

—Tienes un talento admirable para la ironía incluso después de haber hecho que dos hombres se peleen por ti.

—Él no cuenta, es mi hermano.

—Ah, pero yo no lo sabía cuando he abierto la puerta y lo he visto abrazándote. No sabía que fuese un hombre tan posesivo; confío en que puedas aceptarlo.

—Me gusta que te muestres posesivo, Oliver.

Gabriel dejó escapar un sonido que pudo haber sido un gruñido feroz.

—Por Dios, vais a conseguir que me enferme.

El duque no apartó los ojos de Alice. Tal vez ni hubiesen escuchado la reflexión del señor Hope.

—¿Quieres casarte conmigo todavía?

Ella lo miró con lágrimas en los ojos.

—Después de esto, más que antes. Tenía fe en ti, amor mío. Sabía que no me había equivocado contigo.

—Bien. Porque yo voy a estar furioso contigo durante mucho tiempo por lo que me has hecho pasar hoy.

—¿Cuánto?

—Hasta que me beses lo suficiente para que se me olvide la parte más grave.

—Eso parece un chantaje.

—Estoy aprendiendo a negociar dentro del matrimonio.

Gabriel se pasó una mano por el rostro.

—Me niego a presenciar esto en mi propio despacho. Me vuelvo a la cama.

Alice se volvió hacia él, emocionada y arrepentida.

—Gabriel, gracias.

Él negó con la cabeza.

—No llores más o acabaré pegándole otra vez a tu duque, y me temo que sería incómodo porque empieza a caerme un poco menos mal de lo que pensé. Solo un poco. No se emocione, Su Gracia.

Oliver inclinó la cabeza.

—Trataré de sobrevivir a su moderada aprobación.

Gabriel gruñó, recogió la bata del suelo y caminó hacia la puerta. Antes de salir, miró a Statony con fijación.

—Si le rompe el corazón, no podrá esconderse de mi ira. Me importa muy poco que sea un duque. ¿He sido claro?

Oliver le sostuvo la mirada.

—No le romperé el corazón.

—Más le vale —lo amenazó sin sutilidad y luego salió y cerró tras de sí.

Alice y Oliver se quedaron solos en medio de un despacho que parecía el mismo infierno debido al destrozo que allí dentro imperaba a causa de la pelea.

Ella se cobijó en su abrazo. Él no le negó el refugio.

—Lo siento, Oliver.

—No vuelvas a probar mi amor con una daga contra tu propia reputación.

—No lo haré.

—Dímelo otra vez y usa eso de «amor mío».

—No lo haré, amor mío —lo complació.

Él se separó un poco de ella y le sostuvo el rostro con ambas manos. Alice se fijó en que su duque tenía un pequeño corte junto al pómulo y que sus ojos la miraban con una intensidad que le hizo olvidar el club, el miedo y cada sombra con la que había cargado hasta llegar a sus brazos.

—Eres mía para protegerte y no para encerrarte. Para amarte y no para juzgarte. ¿Lo entiendes ya?

Alice se separó un poco y apoyó las manos sobre su pecho.

—Empiezo a entenderlo.

—Entonces dame lo que ahora quiero de ti. Bésame.

Y lo besó. Alice se aferraba a él sin reservas, entregándose sin fisuras. Oliver la sostenía contra su cuerpo con fuerza. Había tenido tanto miedo de perderla…

Epílogo
Un día inolvidable

Tres semanas después, con las amonestaciones leídas, las lenguas de Londres alimentadas hasta el hartazgo y lady Ashbury satisfecha de haber conducido aquella campaña matrimonial con una eficacia que, según ella, merecía gratitud, un monumento y una discreta ovación parlamentaria, lady Alice Fairfax llegó a la catedral de San Pablo para convertirse en la duquesa de Statony.

El día amaneció claro para sorpresa de todos, porque la ciudad solía comportarse con la misma falta de delicadeza que ciertos caballeros orgullosos y no siempre elegía el mejor clima para los momentos importantes. Sin embargo, aquella mañana la luz caía sobre la piedra de la catedral con suavidad, y las enormes puertas estaban abiertas para recibir a una mujer muy dichosa.

La novia se veía deslumbrante. Su vestido era de seda celeste, tenía una caída elegante y estaba bordado con diminutas estrellas en hilo de oro alrededor del escote y de los puños. No llevaba muchas joyas, solo unas perlas antiguas que lady Ashbury había insistido en prestarle. El velo, fino como una promesa

susurrada, le caía desde un tocado de flores blancas y pequeñas hojas de mirto, y el cobre apagado de su cabello brillaba bajo la luz.

A su lado, Eleanor Fairfax lloraba como lo haría una madre emocionada, pese a que se había prometido no hacerlo. El señor Hargreaves permanecía unos pasos más atrás, solemne y dispuesto a ofrecer un pañuelo cada vez que lady Fairfax perdiera la batalla contra las lágrimas.

Gabriel Hope había acudido también.

No ocupaba un lugar destacado ni buscaba reconocimiento alguno. Se mantenía en uno de los bancos laterales, vestido de negro, con una corrección ruda. Alice lo vio al entrar y sintió que el corazón le daba un vuelco. Él no le sonrió. Gabriel no regalaba esos gestos delante de desconocidos. Se limitó a inclinar la cabeza de un modo sutil cuando sus miradas se cruzaron.

Era una bendición bastante propia de él.

Lady Ashbury, colocada en un punto estratégico desde el que podía verlo y dirigirlo todo, observaba a Alice con mucha emoción. Había en su sonrisa una clara victoria. A su lado, algunas damas susurraban sobre el esplendor de la ceremonia, la belleza sobria de la novia y la evidente devoción del duque. Margot no necesitaba escucharlas para sentirse orgullosa de su hazaña.

Oliver la esperaba al pie del altar.

Alice había creído conocer ya todas las formas que tenía aquel hombre de robarle el aliento. Se equivocaba. El duque de Statony no parecía frío en aquel instante, ni fiero. Seguía viéndose imponente, desde luego; alto, impecable, elegante hasta la médula,

pero en sus ojos había tanto amor que… la hizo suspirar de inmediato.

Alice avanzaba hacia él sabiendo que había tomado la mejor decisión sobre su futuro.

Al fin era la novia que había elegido la felicidad.

Cuando su mano pasó a la de Oliver, él cerró los dedos con firmeza sobre los suyos.

—Estás preciosa —murmuró, tan bajo que solo ella pudo oírlo.

Alice alzó apenas la vista hacia él.

—Procura no parecer tan satisfecho o lady Ashbury cobrará entrada para contemplarte. Estás formidable, mi duque.

La boca de Oliver tembló con el amago de una sonrisa secreta.

—Digamos que tú brillas por mí y yo resplandezco por ti.

La ceremonia comenzó antes de que Alice pudiera responder. Las voces se elevaron bajo la cúpula, con un carácter solemne y sagrado. Oliver respondió con claridad, sin apartar del todo la mirada de ella. Alice pronunció sus votos con una serenidad que no sentía al principio, aunque fue creciendo palabra a palabra, porque cada promesa era una elección. Su elección.

Cuando el duque deslizó la alianza, se sintió aliviada. Estaba cumpliéndose su mayor sueño.

Oliver inclinó la cabeza después de que los declarasen marido y mujer.

El beso fue discreto por respeto al lugar, a la solemnidad y a una sociedad que se habría escandalizado encantada de tener motivo. Pero no fue frío. No podía serlo entre ellos. Fue breve, sí, aunque lleno de una ternura tan cálida que Alice tuvo que cerrar los ojos un instante para no olvidar que seguían en una catedral y no estaban solos en el mundo.

En algún punto de los bancos, lady Ashbury suspiró con profunda satisfacción.

Gabriel Hope murmuró algo que probablemente no habría sido aprobado por ningún obispo.

Eleanor siguió llorando muy a su pesar.

Y Eveline Hartwell, que había asistido a la ceremonia con gran esperanza, intentó inclinarse hacia delante para ver mejor el rostro de su hermano. Entonces una mano masculina, de un compañero al que ella no quería prestar atención, le frenó el gesto. Se trataba del conde de Arden.

—No hace falta que me trate como una chiquilla que no sabe comportarse, lord Arden —susurró ella, sin mirarlo—. No pensaba abalanzarme sobre el altar.

—Me tranquiliza saberlo, milady, aunque en una dama con su historial, cualquier previsión resulta insuficiente.

Eveline volvió despacio el rostro hacia él.

—Ya entiendo. Mi hermano le ha ordenado que hoy sea mi niñera.

—Prefiero escolta.

—Carcelero es lo que está resultando, pero admito que niñera se ajusta mejor a la falta de dignidad de su cometido.

Arden mantenía la vista al frente, donde Oliver y Alice recibían las primeras felicitaciones con una felicidad que, en el caso del duque, había necesitado desde hacía muchos años.

—Su hermano me ha pedido que la acompañe durante la ceremonia y el desayuno nupcial para asegurarme de que ningún caballero, especialmente un vizconde de moral endeble, se acerque a usted.

—Qué generoso por su parte aceptar tal misión. Casi había pensado que había decidido ser mi acompañante porque disfruta de mi compañía.

—He aceptado porque aprecio demasiado a Statony como para permitir que su boda termine con usted subida a un carruaje rumbo a Gretna Green.

Eveline entrecerró los ojos.

—No pensaba fugarme durante la boda de mi hermano. Eso hubiese sido tremendamente descortés; por lo menos, lo hubiese planeado todo para hacerlo al día siguiente —le dijo sin despeinarse.

—Me alegra descubrir que existen límites incluso para usted. —Arden no pensaba entrar en la refriega tan abiertamente

como sospechaba que lo deseaba la dama.

—Y a mí me alegra comprobar que sigue siendo tan insoportable como lo recordaba. Temí que el ambiente matrimonial lo hubiese vuelto sentimental.

El mejor amigo de su hermano la miró entonces, y, durante un segundo muy breve, tan breve que Eveline no supo si lo había imaginado, algo en su expresión cambió. ¿Qué estaba viendo? No lo sabía. Seguro que solo se trataba de la profunda irritación que él siempre le transmitía.

—No tema, milady. Evitaré hasta el fin de mis días que cometa cualquier locura. Sospecho que ahora tendré más trabajo que antes, dado que su hermano parece decidido a dedicarse por completo a su duquesa, y alguien tiene que vigilarla a usted por él.

—¿Le he dicho alguna vez que lo detesto, milord?

—Cada vez que puede. Por favor, no se prive de seguir haciéndolo. Si dejase de escuchar tan bellas palabras, comenzaría a pensar que en verdad me aprecia.

—Dios me libre de sentir algo más que desprecio por usted —le dijo, al tiempo que le mostraba una encantadora sonrisa.

El conde suspiró. Muchacha terca y obstinada, pensó.

La comitiva empezó a moverse hacia la salida de la catedral. Eveline intentó adelantarse para alcanzar a Alice, pero el conde de Arden le frenó el paso y le ofreció el brazo antes de que pudiera escaparse.

—Milady.

Ella miró el brazo como si él le hubiera ofrecido un grillete.

—¿Tengo elección?

—Siempre. Puede tomar mi brazo con elegancia o puede obligarme a escoltarla con mayor firmeza, lo que nos daría a ambos un motivo para lamentarnos.

—Es usted un hombre terrible.

—Y usted imprudente. Al parecer, el día exige sacrificios por ambas partes.

Eveline apoyó la mano sobre su brazo con una sonrisa dulce en exceso.

—Le advierto que pienso pisarle durante el próximo baile que me pida.

—Ya lo hizo en el anterior.

—Entonces me esforzaré por ser más dolorosa en la próxima ocasión.

—¿Sueña con que le pida un baile, milady?

—Lo deseo tanto como acabar en el infierno durante toda la eternidad.

—Al menos es ingeniosa. Insoportable, pero ingeniosa.

La risa que se le escapó a Eveline fue involuntaria, y su propia reacción la irritó muchísimo más que cualquier insulto. Arden, por su parte, no sonrió, pero la línea de su boca se volvió menos dura.

Los invitados salieron hacia la luz del día entre saludos, felicitaciones y murmullos complacidos. En la escalinata de la catedral, Oliver retuvo la mano de Alice un instante más de lo necesario. Ella notó la presión y se volvió hacia él.

—Duquesa de Statony —le dijo su esposo para probar su nuevo título.

—Su Gracia —respondió ella, con una sonrisa—, espero que sepa en qué se ha metido.

—Tengo cierta idea.

—Lo dudo.

—Entonces será un placer descubrirlo.

Alice vio a su madre recibiendo la atención solícita del señor Hargreaves, a Gabriel apartándose de una dama demasiado curiosa con una mirada capaz de congelar el Támesis, a lady Ashbury fingiendo modestia mientras aceptaba elogios por una boda que consideraba prácticamente obra suya, y a Eveline junto a Arden. La joven sonreía, pero no se veía nada contenta.

Después miró a Oliver.

—Vamos a ser muy felices —observó la nueva duquesa.

Él le acarició los nudillos con el pulgar.

—No creo que haya alternativa, Alice. Me he propuesto conseguirlo.

—Suerte la mía.

—Ya lo creo —afirmó con arrogancia varonil.

Alice soltó una risa suave, y Oliver, que durante años había desconfiado de todo cuanto no pudiera ordenarse, medirse o imponerse con su voluntad, comprendió que aquella risa era el único triunfo por el que habría merecido la pena perder todas sus fuerzas.

La ayudó a subir al carruaje entre vítores y pañuelos agitados.

Y cuando la puerta se cerró, cuando la catedral, los invitados y el mundo entero se quedaron al otro lado, el duque de Statony le dio un tirón a su esposa para dejarla colocada sobre su regazo.

—Ahora sí —murmuró—. Ven aquí, duquesa, y bésame de verdad.

Alice sonrió antes de inclinarse hacia él.

—Con mucho gusto, esposo.

Segundo epílogo
Una noche memorable

Alice había imaginado que la habitación de la duquesa de Statony sería fría y demasiado hermosa para que una mujer pudiera sentirse en ella algo más que una invitada tolerada por los retratos de generaciones anteriores.

Se había equivocado.

La estancia era amplia, desde luego, y cada detalle hablaba del poder de la familia Hartwell. Los cortinajes eran de seda; en un lateral había una cama enorme con dosel, la chimenea estaba encendida, las alfombras eran gruesas y preciosas y el tocador, donde las velas multiplicaban su resplandor sobre la plata de los cepillos, era precioso. Sin embargo, no fue el lujo lo que la hizo detenerse al entrar, sino el ramo de flores blancas colocado junto a la cama y una nota de lady Ashbury apoyada contra el jarrón.

¡Esa mujer tenía espías en todas partes!

Alice se acercó a leer el texto de su amiga:

Querida, ningún duque debería tener derecho a quitarle el aliento a una dama sin que esta vaya vestida para someterlo.

Alice cerró la nota con la cara roja como un tomate maduro. No por las letras, más bien fue por el regalo que descansaba extendido sobre la cama.

¡Santo Dios!

El salto de cama era de seda roja, lleno de transparencias, y tan fino que parecía haber sido tejido para una cortesana. Tenía encajes discretos en las mangas y en el borde del escote. Lady Ashbury, bendita y condenada fuera a partes iguales, había acertado de lleno. Oliver se volvería loco en cuanto la viese, y ella deseaba llevarlo al límite esa noche.

Su noche de bodas debía ser algo memorable e inolvidable.

Alice se lo puso y después se miró en el espejo. No veía a la solterona sencilla de la que Londres había murmurado durante años, ni a la contable que cruzaba la ciudad de noche para sentarse ante los libros de Gabriel.

Era una mujer dispuesta a seducir a su esposo. Y esa idea, en lugar de asustarla, le provocó una emoción tan profunda que la hizo sonrojar de nuevo. Había pasado tantos años diciéndose que no necesitaba casarse para ser feliz, que justo cuando había alcanzado su mayor deseo, no podía creérselo. Se pellizcó en el brazo para ver si lo que estaba viviendo era real o un dulce sueño.

No tenía la menor idea de lo que le esperaba en el lecho nupcial, aunque Margot le había dicho algunas cosas que… Al final, su amiga le recomendó que confiase en su marido. Eso haría.

La puerta que comunicaba ambas recámaras permanecía cerrada.

Alice la miró por tercera vez en menos de un minuto.

—Esto es absurdo —murmuró—. Me ha besado hasta hacerme olvidar mi propio nombre, y aun así una puerta cerrada me intimida. Soy valiente y puedo hacer esto. Margot ha insistido en que si él es competente, lo encontraré agradable, y si tengo suerte, más que agradable. Oliver no me parece la clase de hombre que haga nada a medias, así que esta noche será formidable.

La puerta se abrió antes de que pudiera arrepentirse de haber hablado en voz alta.

Oliver apareció en el umbral.

Y Alice olvidó de inmediato cualquier reflexión.

Llevaba una bata de seda burdeos, anudada sin demasiada firmeza a la cintura, y nada más. Al menos nada que ella pudiera ver. El cabello, siempre tan correcto durante el día, estaba algo revuelto, y la sombra de barba en la mandíbula lo hacía verse menos duque y mucho más hombre. Un hombre primitivo que había ido a buscarla para cobrarse una deuda. Al menos eso parecía.

Él se había detenido nada más verla.

No hablaba, solo la observaba de arriba abajo con la boca entreabierta.

Durante un instante, Alice creyó que quizá el salto de cama de Margot había sido excesivo. Entonces él sonrió.

—¿Lady Ashbury? —preguntó él al fin, con una voz algo ronca.

—Sí. ¿Lo apruebas? —Ella se dio la vuelta para que pudiese verla bien. Algo en su interior la empujaba a ser coqueta y atrevida.

—Que Dios bendiga la audacia de esa mujer. Estás espléndida, Alice.

La duquesa de Statony bajó la vista hacia la seda.

—¿No lo encuentras terrible?

—Terrible no es la palabra que habría elegido. No…

—¿Y cuál elegirías? —siguió ella con el coqueteo.

Oliver cerró la puerta tras de sí con cuidado.

—Infame y delicioso a la vez.

Aquello la hizo sonreír, aunque el pulso le latía en la garganta con demasiada fuerza. Oliver cruzó la estancia despacio. Se veía como un depredador y sabía que ella era su presa.

Cuando estuvo frente a Alice, no la tocó. Su expresión se veía extraña. Entre angustiada y… ¿qué? ¿Llena de necesidad? Sí. Se trataba de eso.

—Alice… —Solo usó su nombre, pero la manera en que lo pronunció le dijo muchísimas cosas.

—Estoy muy nerviosa —le confesó.

El deseo se intensificaba en los ojos de Oliver.

—Lo sé. No quiero que tengas miedo. Seré paciente, pero habrá un momento de dolor que no se puede evitar. Solo te dolerá hoy. Te lo prometo.

—¿Será agradable?

—Haré todo lo posible para que lo disfrutes. Tienes mi palabra.

Alice asintió. Le habría gustado mostrarse más segura, más mundana, pero eso era imposible. Nadie les enseñaba a las mujeres qué les esperaba en la gran noche de bodas. Margot había sido bastante paciente al tratar de explicárselo, aunque Alice al final se había hecho un lío.

—No tengo miedo de ti. Solo es que no sé qué hacer.

—Yo sí lo sé. No te preocupes. Únicamente tienes que sentir y disfrutar lo que te hago. Te gusta cuando te beso, ¿cierto?

—Oh, sí. Muchísimo.

—Esto será más íntimo, pero más placentero. —Oliver alzó una mano y le acarició la mejilla—. Debo confesar que también soy un manojo de nervios.

Alice parpadeó, sorprendida.

—¿Tú?

—Yo —admitió él—. He comparecido ante hombres que deseaban destruirme políticamente con menos inquietud de la que siento en esta alcoba.

La risa de Alice resultó suave.

—Espero que eso que acabas de reconocer sea algo bueno.

—Estoy seguro de que todo irá bien mientras no arruine el momento con una frase sobre la importancia de cumplir con las obligaciones matrimoniales.

—Si lo haces, pediré la anulación antes del desayuno.

—No me imagino mi vida sin ti.

Oliver inclinó la cabeza y la besó.

Al principio fue un beso lento. No quería apresurarse con ella. Alice cerró los ojos y se dejó reconocer por él. Ya conocía su boca, la manera en la que su lengua la saqueaba. Oh, sí. Él había aumentado el ritmo del beso, así que la estaba provocando de un modo delicioso.

El duque la rodeó por la cintura y la atrajo contra sí para pegarla contra su torso. La seda de la bata masculina rozó la roja de ella, y Alice sintió la dureza que él escondía bajo la única capa de ropa que los separaba, pues su salto de cama no contaba.

—Mi esposa al fin —murmuró contra sus labios.

Alice apoyó las manos sobre su pecho, allí donde la bata se abría lo suficiente para revelar la piel caliente bajo sus dedos. Le

acarició el vello que sobresalía.

—Soy tuya.

—Mía y solo mía. Y por fin puedo adorarte como siempre he querido hacerlo.

Se puso de puntillas y lo besó ella. Oliver gimió sin contención. La bata de él cedió bajo las manos de Alice antes de que ella comprendiera del todo su propia audacia. Cuando la prenda cayó al suelo, la dama no miró hacia otro lado. Se ruborizó, sí, pero no apartó la vista. Él era un ejemplar magnífico. Viril, duro y seguro de sí mismo. Se detuvo en esa parte de él que se suponía que acabaría alojada en su interior.

—Amor, si me miras así, voy a necesitar toda la disciplina que me quede, y sospecho que no es mucha ya, dado que he gastado una parte considerable durante las últimas semanas.

—Oh, cielos… *Eso* no va a caber.

—¿Caber?

—Margot me dijo que…

—No quiero que te angusties por eso —la cortó, porque se imaginaba lo que su dulce esposa estaría pensando.

—Eres demasiado grande, Oliver.

—Estoy hecho para ti, del mismo modo que tú eres perfecta para mí. Encajaremos, te lo aseguro.

Entonces, antes de que ella comenzase a sentir miedo, volvió a besarla con intensidad. Alice le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar hasta la cama. No hubo prisa al tenderla sobre las sábanas, aunque el deseo de Oliver se notaba en cada gesto, pausa forzada y en todas las caricias que le ofrecía para nublar su juicio y hacerla jadear sin vergüenza.

Él se inclinó sobre ella, apoyado en un brazo para no aplastarla, y le acarició el borde del escote con tal deleite que la hizo cerrar los ojos.

—Mírame —pidió. Alice obedeció—. No quiero detenerme, pero si te sientes incómoda en algún momento me frenarás. Esto es para los dos, no quiero gozar si tú no me acompañas. ¿De acuerdo?

—Oliver, quiero esto. Llevo muchos años esperando para conocer lo que es el placer entre un hombre y una mujer.

—Y te lo mostraré, pero nunca haré nada que pueda hacerte sentir incómoda.

—¿Qué podrías hacer que yo no aprobase?

Él suspiró.

—Como no eres una mujer con una extrema sensibilidad femenina, te lo diré. Ardo en deseos de saborearte.

—Ya lo has hecho más de una vez —tuvo que recordarle.

—No, Alice. Es cierto que quiero besarte, pero no en los labios. Deseo poner mi lengua aquí. —La mano de él se posicionó directamente sobre su feminidad.

Ella lo entendió entonces. Ese hombre, el mismo que había publicado un anuncio sin su consentimiento porque no sabía pedir, estaba esperando que ella le concediese permiso.

Alice le sostuvo el rostro entre las manos.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras. ¿No es acaso eso el matrimonio? ¿Dar y recibir? Yo confío en ti.

Él besó sus palmas, después su muñeca, y luego el interior del codo, con una lentitud que la hacía estremecerse. Alice descubrió que la vergüenza podía deshacerse cuando la lujuria hacía acto de presencia. Oliver, tan exigente en todo, estaba siendo paciente y humilde mientras le hacía el amor.

La seda roja fue quedando atrás poco a poco. Entre besos y caricias, Oliver desenvolvió su regalo. La dejó gloriosamente desnuda sobre la cama. Alice se sintió expuesta y muy deseada. Su esposo la miraba como si estuviese viendo a la misma Afrodita.

—Eres tan hermosa —dijo él.

—No lo soy.

—No vuelvas a contradecir a tu esposo en asuntos donde su juicio es impecable.

—Tu juicio no siempre es impecable.

—En esto sí. Hermosa y mía.

La besó antes de que pudiera discutir, y Alice decidió que, solo por esa noche, le concedería la victoria.

La fue besando desde el cuello para llegar a sus senos. Los acarició con las manos primero. Luego usó la boca para mamar de ellos. Los adoró sin reservas. Engulló primero el pezón derecho. Alice arqueó la espalda ante ese contacto. Él soltó un gemido animal lleno de orgullo. No se detuvo ahí. Probó el pecho izquierdo para saber si tenía el mismo sabor que su hermano. Su mujer estaba desquiciada mientras él chupaba y la acariciaba. Las manos de ella vagaban por su pelo sin darle tregua.

Oliver comenzó el descenso hasta la fuente de vida. Besó su ombligo y luego pasó la nariz por el nido de rizos cobrizo, donde su feminidad iba a quedar a su alcance sin reservas.

Cuando apoyó la boca, sintió que ella saltaba hacia atrás.

—No huyas de mí. Esto te encantará. Me pedirás cada noche que te lo dé y yo, siervo de mi dulce esposa, complaceré tus más secretos deseos.

Y para honrar sus palabras se perdió en la humedad de los exquisitos pliegues femeninos. La encontró tan húmeda y resbaladiza que volvió a gemir de modo primitivo.

El deseo se hacía más profundo. Oliver la estaba volviendo completamente loca. Eso no podía estar permitido por Dios. Oh, pero era tan maravilloso sentirlo *ahí*. Y no solo su lengua la complacía. Él hundió un primer dedo en su cavidad, y ella pensó que se moriría de puro placer.

—Oliver…

—Tengo que hacerlo. Debo ensancharte un poco, amor. Vas a ser una buena duquesa y albergarás otro dedo por mí. —

Entonces ella se sintió llena. No acusó incomodidad alguna porque la lengua de su marido era pecaminosa y certera.

—Oh, Dios, oh, Dios… Oliver… Oliver… —Algo llegaba para llevarla a un lugar que…

—No lo fuerces —le ordenó.

—Oliveeerrrrr. —Y la ola de placer que sintió fue tan cruda y gloriosa que la dejó sin respiración durante lo que pareció una eternidad.

Era el momento de reclamarla. Él trepó por su cuerpo y cuando ella lo tuvo a su altura le echó las manos al cuello.

—Ahora serás valiente por mí. —Él se había convertido en un tirano de nuevo. Ella lo veía más apuesto que nunca.

El duque cerró los ojos durante un segundo. Se le veía tenso. Maniobró con su erección y logró introducir la punta de su virilidad en la vaina de Alice. Ella se preparó para lo peor. A medida que él avanzaba con delicadez —toda la que era posible ofrecerle—, ella sentía un ardor incómodo que nada tenía que ver con el placer que le acababa de proporcionar. Cerró los ojos con fuerza y se recordó a sí misma su valentía. Oliver comenzó a besarle la frente, los párpados y al final la boca. Alice se aferraba a sus hombros tan fuertemente que ni tan siquiera se dio cuenta de que le estaba clavando las uñas.

—¡Ay! —exclamó cuando el dolor picó más.

—Ya está. Ya ha pasado lo peor. Por lo que más quieras, dime que estás bien y que puedo seguir o me consumiré por ti, amor.

—Estoy bien —susurró, aunque tuvo que respirar varias veces para estar segura de que era cierto.

—Gracias a Dios… —rezó él.

La duquesa abrió los ojos y lo encontró mirándola con una preocupación tan franca que el miedo terminó de abandonarla. Estaba lleno de deseo, pero Alice era consciente de que también se preocupaba por no hacerla sufrir más de la cuenta.

—Te amo, Oliver.

—Ahora y siempre, Alice. Nunca nos separaremos ya.

Su duquesa sonrió, y él empezó a moverse con lentitud. Al ver que su esposa toleraba el movimiento, el duque comenzó a dar mayor profundidad a los envites.

El cuerpo femenino abriéndose para su esposo y el deseo cumpliendo lo que había prometido desde el primer beso, eran un sueño hecho realidad. Oliver estaba allí. La rodeaba, la miraba, la esperaba…

No había podido pedir un esposo mejor. Cuando la emoción volvió a sobrepasarla porque él había llevado una mano donde sus cuerpos se unían, Alice comenzó a suplicar piedad.

—Ven conmigo al cielo, mi amor.

—Siem…pre —murmuró justo antes de que el éxtasis volviese a tocarla con fuerza.

Y ahí él tuvo el permiso para dejarse ir. Su semilla salió caliente y espesa. El duque de Statony sintió que había llegado a

casa por fin.

Mucho después, cuando el fuego de la chimenea ardía más bajo, Alice permanecía recostada sobre el pecho de su marido. La bata de seda de él seguía abandonada en el suelo, y el salto de cama que le había regalado Margot a la duquesa descansaba perdido en algún lugar del lecho.

Oliver le estaba acariciando la espalda distraídamente en esos instantes.

—¿Ha sido muy doloroso?

La pregunta llegó en voz baja, con un resto de inquietud que le apretó el corazón. Alice levantó la cabeza y apoyó la barbilla sobre su pecho.

—Un poco.

Él se tensó.

—Alice…

—Me has hecho muy feliz. No arruines la segunda parte preocupándote solo por la primera. Ha sido más de lo que esperaba. Margot me dijo que si eras competente nuestra intimidad resultaría agradable.

—¿Y juzgarías que he sido competente?

—Muchísimo más que eso, Oliver. Nunca me imaginé que esto pudiese ser así. Tan perfecto, íntimo y sensual que… Me has dejado sin palabras.

—Haré que seas feliz todos los días que me queden.

—Eso suena como una promesa ducal que sé que cumplirás.

—Es la promesa de un esposo. Cuando estemos en esta cama o en la mía, seremos solo un hombre y una mujer. Despojados de toda obligación.

—¿Eso significa que dormiremos siempre juntos en la misma cama?

—¿Quieres?

—No lo sé. Mi madre dormía en su habitación y mi padre en la suya.

—Preferiría abrazarte todas las noches.

—También preferiría que lo hicieses.

—Decidido, pues. Elige dónde quieres que durmamos.

—¿Cada día en una cama para que no se pongan celosas de no ser testigos de nuestra felicidad?

—Buena propuesta.

Ella le rozó la boca con la suya.

Oliver la estrechó contra sí y besó su frente después.

Alice cerró los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, no pensaba en cuentas, secretos o en el miedo a decepcionar a quienes amaba. Estaba concentrada en la respiración de Oliver bajo su mejilla, disfrutando del calor que le daban esos poderosos brazos masculinos.

—¿Duquesa? —murmuró él, con la voz somnolienta.

—¿Uhm? —Ella estaba agotada también.

—Mañana le escribiré a lady Ashbury.

Alice abrió un ojo.

—¿Para agradecerle el regalo?

—Para advertirle que no vuelva a comprarle prendas así a mi esposa salvo que desee hacerme faltar a mis deberes ducales durante una semana entera. Mañana por la noche te lo volverás a poner. —Evitó decirle que ese era el motivo por el que no se lo había arrancado, porque cuando la vio, se sintió como un león capaz de devorarla como un animal. Tenía que ir con cuidado de no perder la disciplina con ella. No deseaba asustarla, aunque sospechaba que ella era una mujer mucho más fuerte de lo que él ya la creía.

—Qué hombre tan débil ha resultado ser el gran duque de Statony.

Oliver la giró con cuidado hasta dejarla bajo él, y sus ojos, todavía llenos de ternura, recuperaron un brillo muy poco inocente.

—Solo contigo, Alice.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, feliz de descubrir que la noche aún no había terminado del todo. Ya descansarían en otro momento.

—Entonces ven aquí, mi duque. Creo que tu duquesa necesita más instrucción en asuntos íntimos.

—¿No estás dolorida?

—Podemos hacer otras cosas muy interesantes durante el resto de la noche, ¿o no?

—Cielos, ¡sí! —exclamó lleno de lujuria.

Fin.

La **bilogía** completa

«Tentar a una Dama»

Link: https://mybook.to/7AIf0x



Un duque que lo exige todo.

Una dama que no piensa hacer concesiones.

Un matrimonio destinado al fracaso.

Londres, 1820.

Oliver Hartwell, duque de Statony, se enfrenta a una catástrofe de proporciones bíblicas cuando un escándalo lo salpica de lleno. Como hombre sensato y práctico que es, y tan acostumbrado como está a triunfar siempre ante cualquier adversidad, encuentra una solución infalible.

¡Esa misma temporada se casará!

Pero su futura duquesa no puede ser cualquiera.

Necesita una esposa irreprochable, de firme temperamento, respetada por la sociedad y extremadamente capaz. No tarda en elegir a la candidata perfecta. Y esa no es otra que **lady Alice Fairfax**, una solterona sencilla de voluntad férrea.

Statony está tan convencido de que la dama aceptará el inmenso privilegio de convertirse en la madre de su heredero que comete un pequeño error. O quizá no sea tan minúsculo.

Envía el anuncio de su compromiso a los principales periódicos de la ciudad antes de recibir su respuesta.

¿Qué sucederá cuando el duque reciba una negativa a su proposición?

Una dama con talento para meterse en problemas.

Un conde intachable empeñado en salvarla.

Un matrimonio de conveniencia que puede destruirlos a los dos.

Londres, 1824.

Lady Eveline Hartwell no tiene ninguna intención de convertir su vida en un caos. Ella no crea escándalos. Los escándalos la persiguen. Después de convertirse en el quebradero de cabeza favorito de su hermano, lo único que desea es recuperar el control de su vida antes de que todos decidan por ella.

¡Y de nuevo no podrá hacerlo sin ayuda!

Nathaniel Greystoke, conde de Arden, jamás ha sido un hombre que permita que sus emociones lo dominen, pero cuando se trata de la hermana de su mejor amigo parece que no puede hacer nada para remediar la catástrofe. Lo último que desea es que lo conviertan en la niñera de una mujer tan imprudente. Sabe que aceptar la tarea de vigilarla y protegerla podría terminar muy mal y, pese a esa certeza, no se atreve a rechazar el encargo porque comete el error de creer que será capaz de manejarla.

¿Quién iba a imaginar que terminaría casado con ella por un desliz?

No obstante, la respuesta que importa es si pueden olvidar sus diferencias y seguir adelante para conseguir que su matrimonio se sustente en el amor.

Sobre la autora y la historia

Soy Anne Lovelace, una escritora que se divierte imaginando las historias de amor de damas y caballeros en la época de la Regencia Inglesa.

He decidido seguir escribiendo porque me habéis dado muchísimo apoyo. El asunto de los matrimonios forzados es mi tropo favorito y no me he podido resistir a hacer algo así. ¿Y quién no ama a los duques severos y estirados que se derriten finalmente?

Esta historia ha sido cortita y bastante directa. Sobre el asunto picante, debo decir que últimamente vengo algo saturada; por ello, como la historia no me lo iba pidiendo, no abusé más que de un beso incendiario y cerré la historia con un poco de deporte de cama por si alguna se quedaba con las ganas de ver su amor culminar.

Espero que os haya entretenido, porque mi única pretensión es esa. Me he ceñido bien al contexto histórico y al manejo de los títulos nobiliarios, así como a la ambientación, pero sin excederme para no hacer la historia demasiado pesada. Soy partidaria, para los manuscritos más ligeros, de hacer

conversaciones más que narrativa descriptiva. Y si tienen un poco de chispa, las disfruto más.

Pronto llega la historia de la segunda heroína. Saltan las chispas entre Eveline y Arden, ¿verdad? Ay, es que también me gusta que sean enemigos y se conviertan en amantes… ¿Y a vosotras? Y si encima es el mejor amigo de su hermano…

¡Jopeta, es que no me pude contener al idear así la historia de Eveline!

De nuevo, son novelas autoconclusivas, pero que están hiladas porque cuando aparece un secundario interesante es necesario escribir su historia.

Confío en que tú, querida dama, hayas pasado otro rato agradable, entretenido. Insisto en que esta autora no pretendía nada más.

Gracias por leer una nueva historia que ha sido hecha desde el cariño, y donde el amor y un poco de desamor eran lo principal.

Sigo pensando en escribir algo, igual de ligero, con una casamentera y un grupo variado de caballeros y damas que nos diviertan a todas, pero todavía no lo tengo bien perfilado, de ahí que haya hecho un pequeño salto con esta bilogía. Si me seguís dando cariño me pongo de inmediato.

¡Prometido!

Besos, preciosas mías.